Eligio Damas

Los perdedores

EL PERRO y LA RANA

narrativa

Los perdedores

EL PERRO
y LA RANA

1.ª edición impresa Fundación Editorial El perro y la rana, 2022
1.ª edición digital Fundación Editorial El perro y la rana, 2022

© **Eligio Damas**
© **Fundación Editorial El perro y la rana**

Edición y corrección:
Luis Miguel Enríquez

Diagramación:
Odalis Vargas

Imagen de portada:
Detalle del cuadro *El último tiro* (1840).
Autor: Charles Robert Leslie

Diseño de portada:
Arturo Mariño

Hecho el Depósito de Ley
ISBN: 978-980-14-5085-6
DL: DC2022001212

Eligio Damas

Los perdedores

A mi compañera de toda la vida, recientemente fallecida.
A mis dos hijas y tres nietas.
A los compañeros con quienes he compartido mis sueños,
pese a que en algunas cosas hayamos
tenido diferencias, dado que eso forma parte de la vida.
A la bella ciudad de Cumaná y al barrio "Río Viejo",
donde nací y me crié, espacios que nunca olvido,
tanto que para mi son inagotables fuentes de inspiración.

LOS PERDEDORES

Papaíto se ganó la lotería y se fue a celebrar con sus amigos

Era un martes cerca del mediodía, cuando repuntó, en la esquina de los "Dos corrales", un hombre que nunca antes habíamos visto, portando los implementos de Papaíto. Se dispuso a subir a lo alto del poste allí instalado, donde la noche anterior, la del lunes, se había producido un cortocircuito y dejado al barrio sin alumbrado.

Como era habitual, pues había pocas cosas de que ocuparse. La presencia ajena, la alarma ocasionada y la explosión de la noche anterior no pudimos escuchar a Pancho Pepe Cróquer, narrar el juego de Caracas Magallanes, unos cuantos de los muchachos de nuestro barrio y del vecino, nos aglomeramos alrededor del poste y del nuevo electricista. Pero en aquel momento, más que observar al hombre subiendo con su manea a lo alto del poste, lo que para nosotros era como un espectáculo de circo, tan atractivo como ver a Cristobita

subir a lo alto de las matas de cocos sin manea, sino a brazos y patas limpias, nos atrajo, fue el nuevo hombre y hasta más que eso, no ver en aquella tarea a Papaíto, lo que uno siempre esperaba y esto ya, de por sí, era como un espectáculo y algo digno de presenciar.

Ver aquel hombre subiendo al poste con sus macundales de trabajo y pensar o mejor presenciar que no era el de siempre sino otro, era algo trascendente, un espectáculo, digno para estar allí y luego contarlo a quienes no lo vieron, particularmente esa misma noche de tertulia, debajo de los postes más adentro del barrio.

Pero por aquello distinto, el no ver subiendo al poste, a Papaíto, generó comentarios y preguntas. Hubieran preferido que fuese él quien subiese aquel poste, pues aparte de tener la garantía que todo quedaría igual que antes, como que la luz volvería de inmediato y hasta más radiante que cuando se fue por el cortocircuito y que este no volvería a repetirse por lo menos en lo inmediato, ya sabían cómo manejarse con él en aquello de pagar la luz mañana o pasado porque hoy me falta medio o un real para completar el real y medio. Esto significaba como un volver a empezar. Pero también porque todos tenían al ausente como parte del paisaje y a quien por los favores recibidos le brindaban generosamente su afecto. Por eso, Papaíto, cuando se retiraba de sus habituales tareas en el barrio, regresaba a su centro de trabajo con una buena sarta de pescado que le regalaban los vecinos.

—¿Y qué pasó con Papaíto?
—¿Está enfermo, le despidieron del trabajo?
—¿No volverá más por aquí?

El difícil arte de la predicción

Papaíto tenía unos cuantos vicios, como cualquier mortal, entre estos estaba el de beber caña, lo que hacía, sin fallar, todas las tardes, cuando al fin terminaba su tarea de subirse a los postes y cobrar el servicio de luz de casa en casa. Pero, además, estaba el de jugar la lotería, con la misma puntualidad que subirse a el poste a corregir alguna falla o cortar la luz a quien rompiese lo con él acordado.

Por el juego ponía atención especial, acuciosa, a cualquier señal que percibiese, como que si de repente, en el camino se le atravesaban dos burros, sacaba sus cuentas, como que ello le sugería de inmediato el 2, el 4 y el 8 por las patas de los animales, las orejas y hasta el rabo. El día del cumpleaños suyo, de un familiar o amigo, proporcionaba oportunidad para distintas combinaciones. El número de cortes de luz, averías y hasta la suma recaudada durante el proceso

de cobro y también la no recaudada, porque los usuarios no tuvieron la plata al momento o les faltó algo, también le servía para sus cálculos y acomodos. Hasta las cantidades, de quienes pagaron y no, las utilizaba para hacer sus predicciones y jugadas. En base a esos cálculos y aquellos como que el día amaneció lluvioso o soleado, en cuyos casos a esos fenómenos les asignaba números, hacía sus combinaciones al momento de jugar a la lotería.

Por lo general, siendo el salario de Papaíto muy recortado, solía comprar unos dos –solo eso–, que llamaban quinto o quintico en la jerga del juego, pese a que no era ese el término apropiado, pues el billete de lotería que, estaba identificado con un número de cinco cifras, no estaba dividido en cinco partes sino en veinte aproximadamente, pero era así como lo designaba el pueblo. El premio gordo estaba asignado a un billete completo, quien comprase un quintico, de salir premiado su billete, sólo se haría acreedor a la vigésima parte del mismo.

No era fácil ganarse la lotería, tomando en cuenta que el número de billetes que emitía cada una de las casas que se ocupaban del juego, tanto en Caracas como en Maracaibo, en un país donde muchos ataban su destino a esos números, tanto que, en las noches, la gente se agolpaba a cualquier radio para escuchar el "cantar del número ganador". Muchos estaban pendientes de la emisora que podía estar ocupada transmitiendo un

juego de béisbol o una novela, lo que para ellos eso no tenía interés alguno, sólo por escuchar cuando alguno de los locutores anunciase los números ganadores de los premios principales de la lotería.

—¡Coño la pegué! –gritaba alguien alegre– ¿Ganaste la lotería? ¿Cuántos quintos compraste?

Se daba por un hecho que aquel tipo solo podía comprar uno o dos quintos, no tenía para más.

—Vamos, enséñame los quintos.

—No. No los tengo, sólo tengo los números anotados, porque entre Juan, el tuerto y yo, hicimos una vaca y compramos dos quintos...

¿Y que pasó con Papaíto?

—A Papaíto, no lo van a vé más por aquí y menos en esta vaina, porque se sacó la lotería.

Eso dijo el nuevo electricista después de bajar del poste habiendo dejando resuelta, según él, la avería que dejó sin luz la noche anterior a todo el barrio. Si era como él decía, habría que esperar la llegada de la noche, entrada la oscuridad. Durante el día, la falla dejó sin electricidad a la casi totalidad de las casas del barrio aunque no hacía falta, pues la única familia que disponía de nevera no tenía problemas, pues ese artefacto funcionaba con querosén y la mayoría cocinaba en base al mismo combustible y unos pocos, con leña, por lo que en las bodegas bastante de esta se hallaba y también a lo largo de la sabana, en aquellos pequeños oasis abundaba la leña. Por eso, nadie preguntó nada al respecto, bastó que el electricista al llegar al suelo y reponerse dijese, después de tomar aire:

—Ya todo está listo y arreglado como estaba.

Eso sí, después de oírle decir aquello, como en coro, unos más adelantados que otros, se les escuchó la pregunta:

—¿Y, qué es de Papaíto?

Nadie pensó en preguntarle, si todo había quedado bien o si podía asegurar que a la noche llegaría la corriente y si el farol del poste al cual se había subido y los de a lo largo de la calle principal, la que llevaba a La Quinta, el barrio próximo, menos a los hombres y muchachos que allí estaban y alguna que otra de las mujeres, si entonces esa noche podrían escuchar la transmisión del juego entre "Cervecería y Venezuela", que tenía un interés particular, pues en ella, a Pancho Pepe, le acompañaría el cumanés Foción Serrano, que ya en Caracas, comenzaba a abrirse espacio como narrador de béisbol. Parecieron no percatarse de lo que había dicho, aquello de, "se sacó la lotería".

Para ese momento, como en otros cuando la luz se "iba", hasta por una ventolera que entraba de golpe, teníamos planificado entre los muchachos y los adultos, que en eso compartíamos los mismos gustos, irnos cuando arribase la noche, a la Plaza 19 de abril, aquella cercana a la Catedral y el Liceo Antonio José de Sucre, a escuchar la trasmisión del juego. En la esquina de aquella plaza, frente a la iglesia, había un enorme árbol y de una de sus robustas ramas pendía una corneta de la "Publicidad Sol". Era esta una emisora de circuito

cerrado que, además de otras cosas, como difundir noticias que llamaban la atención, pasaba sus cuñas comerciales, entre estas las películas a exhibirse en los cines "La Glaciere", "Paramount" y "Pichincha", difundía la señal correspondiente a las narraciones de los juegos del béisbol caraqueño. Eso sí, si las lluvias, como ya era habitual, a partir de octubre, amainaban y dejaban espacios secos para el tránsito.

"Ya les dije", volvió a hablar el hombre pausadamente, sin dejar la gritería, la misma que usaban quienes con él hablaban, y no por estar en un grupo, sino por lo que dijimos de las olas del mar, la fuerza y persistencia de los vientos y por eso nadie se sintió ofendido ni agredido, era lo habitual. Y continuó hablando:

—Papaíto, no volverá por estos lados a hacer este trabajo, se sacó la lotería, el billete completo, y ahora tiene más real que el dueño de la planta. En este momento, está en Caracas, cobrando su premio, pues eso es tan grande que aquí nadie lo paga y por eso, antes de viajar, renunció. Ya no le verán más por aquí, por lo menos en esto de subirse a un poste a poner o cortar la luz o cobrarle, de eso, de ahora en adelante, me encargaré yo. Me llamo Juan Lucero, para servir a todos ustedes. Antes de irse, Papaíto me puso al tanto de todos sus asuntos y me pidió que todo siguiese igual.

¡Papaíto se ganó el premio gordo de la lotería!

Estábamos ya a mediados de diciembre y entre la gente toda, sobre todo entre los más jóvenes, además del béisbol, del Cervecería Caracas, del "Chico" Carrasquel, del Magallanes y Vidal López, "el muchacho de Barlovento", se hablaba de las misas de aguinaldos, las que ya habían arrancado y de los premios gordos de la lotería, lo que llamaba mucho la atención, hasta a quienes nunca jugaban, pero por el estruendo publicitario y los gastos que demandaban aquellas fiestas y hasta por asuntos relativos a la fe religiosa, se arriesgaban a jugarse aunque fuese un quinto para asegurar unas fiestas por demás alegres. La llegada del niño Jesús con sus regalos en las casas de los ricachones y más tarde en enero, cuando los padres de los pobres se sentían más holgados, los tres reyes magos, quienes debían regalar, esperaban que la lotería fuese un regalo para ellos a su vez poder regalar a sus hijos, ya que no les llegó el niño

Jesús y estos esperaban que, también a ellos, la lotería les premiase para la navidad y hasta el día de los reyes. Y, como se tiene la idea que la navidad es dadivosa, por algo llegan el niño y los reyes, quien quita que nos premie ganándonos la lotería.

Pero Papaíto, era mucho más que eso. Un jugador, apostador empedernido, de quienes en eso estaba todo el año y dos veces a la semana, una con la de Caracas y otra con la del Zulia. Pero eso sí, en cada caso, sólo compraba un quinto, pues su ingreso no daba para más, por lo que no se sabía de dónde sacaba para tanto, después de hacer sus cavilaciones y combinaciones como si fuese un alquimista, con cábalas, señales y números.

Pero para ser justo, Papaíto no llegaba al exceso, a algo que estuviese por encima de sus posibilidades, ni ponía en riesgo lo poco que tuviese como para quedar en la ruina, indigencia o endeudado.

Cuando estaba desocupado, cosa poco frecuente, se le veía en la plaza, alrededor de las agencias de loterías, observando el movimiento, las tendencias de los jugadores y haciendo pronósticos, a los que casi nadie le atendía, pues si bien es verdad, de vez en cuando pegaba su "quintico", más eran las veces que perdía y había quienes en eso tenían más "suerte", si se puede hablar así, dado que, en eso, tener suerte, no ha habido nunca como la "casa". Esa sí es verdad que no pierde nunca, salvo que suceda un fenómeno, algo poético.

El Primo, pierda o gane se goza

El Primo, le decía todo aquel que le conocía fuera de la empresa donde hacía de gerente, por ser esa la palabra que utilizaba para dirigirse a todo el mundo.

"Oye primo, necesito que mañana me acompañes a tal cosa", se le oía decir hablándole a un amigo o a un trabajador bajo su supervisión y hasta a un desconocido: "¿primo puedes decirme donde hallar tal cosa?"

Además de aquel trabajo, que ocupaba gran parte de su tiempo, era aficionado a cuanta cosa le ofreciese la oportunidad de apostar, en principio y por años, de manera discreta. Lo suyo era gozar del placer de apostar, la emoción que producía, ganar o perder daba igual, mientras los caballos se desplazaban por la pista, los dados corrían sobre la mesa o se cantaba la lotería. Más de una vez dio muestras que lo ganado poco le interesaba, pues bien podía gastarlo en el mismo sitio donde se lo ganó brindándoles a los amigos que, con

él, aquello celebraban. Ninguna mujer era capaz de tentarle más que la oportunidad de gozar el placer lúdico del dado o los caballos, no por estos mismos, sino sentir la emoción de sentirse en la competencia, como montado sobre aquellos caballos o desplazándose de espaldas sobre las caras de los dados y al final celebrar los resultados reconociendo al ganador, pese no fuese él, la audacia o la simple suerte de acertar.

Lo primero a resaltar del Primo es que, en materia de mujer, nunca tuvo preferencia, le daba igual una que otra, como le daba igual con quien habría de jugar y apostar, lo importante para él, por encima de todo, era jugar, el resultado no importaba. Si acaso alguien le atraía, eran aquellos jugadores y mujeres que más le sacaran y le dejaran de madrugada sin siquiera con que pagar el café del amanecer, con tal que aquello se lo hubiese gozado.

Una de las mujeres que más le atrajo, fue una que conoció en el mercado municipal de la ciudad, en donde ella regentaba un pequeño quiosco, en el cual, aparte de alguna mercadería insignificante, se servía café, vendía justamente billetes de lotería, colocados al lado de un espacio donde se adquirían y sellaban los cuadros o formatos para apostar al juego del 5 y 6 en base a las carreras de caballos del Hipódromo "La Rinconada" de Caracas.

Para él, aquello se convirtió en un oasis, pues aparte de acudir allí en la mañana a tomar café, después de escaparse por largos ratos del trabajo formal que

desempeñaba en una empresa del Estado. Se informaba acerca de los números ganadores de las distintas loterías, de las cuales siempre compraba algunos, justamente aquellos que nunca salían, volvía a comprar y cambiaba impresiones, intercambiaba "datos", con quienes aquel espacio y al local del sellado de caballos acudían, acerca de las posibilidades de ganar de los distintos animales en competencia. Pues más que la lotería, su pasión eran los caballos y el juego de dados.

Como dicen los orientales, "todos los piojos llegan al peine". La joven que regentaba aquel quiosco, vendedora de café, chucherías y billetes de lotería, quizás no por casualidad, también era una jugadora empedernida y, fue por lo lúdico como empezaron a relacionarse más íntimamente. Pues si bien es verdad, llegó allí por azar un día domingo, de visita al mercado municipal de la ciudad donde estaba el quiosco, a comprar alimentos para su casa, pues casado, con una mujer y dos hijas, debía ocuparse de esas actividades y obligaciones a las cuales su esposa nunca se sintió obligada, más si él, aparte de aportar el dinero para la manutención de la familia, no asumía ninguna otra responsabilidad, dado que el trabajo y el juego le consumían la vida, y para aquella, "eso es un asunto de los hombres".

Al tomarse el primer cafecito del día, descubrió algo para él de mucho valor y utilidad. Allí en el quiosco, que de paso no quedaba muy distante de su centro de trabajo, no sólo podía tomarse un buen café, de los cómo hechos

en casa, no el de esas máquinas que poco le agradaban, sino que podía comprar su billete de lotería, cuando tuviese un dato confiable. Pero al poco tiempo, se percató que allí mismo, con los visitantes que acudían por lo que a él le atrajo, abundaban los visitantes portadores de datos de distintos orígenes, procedencias y fuentes, como la llamada de Caracas, de allá de los lados del espacio mismo donde se hacía el sorteo, el del pálpito de algún amigo pernicioso jugador, el número soñado por alguien, el derivado del cumpleaños de quien allí acudiese o él supiese y la joven misma dueña y regente, con quien en poco tiempo logró establecer una buena amistad, que por sus relaciones con quienes trabajan con las casas de las loterías y le llevaban los billetes para que los vendiese, recibía abundantes informaciones que alguna que otra vez, por el azar mismo, acertaban. Solo que todos ellos, cuando esto no sucedía, para conformarse no perder la esperanza y hasta la certeza que estaban ligados a "fuentes confiables", propio de un jugador que conserva algo el orgullo de serlo y la justificación para seguir siéndolo, aunque en ellos perdiese hasta a dignidad, lo atribuían a cambios de planes de última hora o asuntos seguridad. Porque, terminaban creyéndose, sin prueba alguna para ello, ni nada convincente para demostrar a aquello, sino como quien sueña o se inventa una historia hasta infantil para justificarse, formaban parte de una red oculta, íntima, misteriosa que decidía aquello de la lotería, los caballos y hasta las vueltas del dado.

El señor Carlos y los fuegos artificiales

Un buen amigo se hallaba en aquel pueblo de paso. Eran tiempos de clandestinidad y de lucha armada, de cuando se soñaba con un plan infalible. Había que subir a las montañas vecinas, en este país de eso sobró bastante, unos muchachos, sobre todo universitarios, de esos lectores voraces de folletos, novelas y ansiosos de "mostrarle a la carajita aquella que me gusta, cuánto hay de héroe en mi" y a la que se le decía, "me voy a la lucha por la revolución y mi pueblo. Espérame que de allá volveré a buscarte". Y él y ella, soñaban juntos antes que se fuese con su fúsil al hombro, su boina y su incipiente barba de tres semanas, en la que puso empeño en dejarla crecer con tiempo. Anhelaban el momento cuando bajase glorioso y poderoso y ella lo estaría esperando a un lado de la avenida por donde entraría a la ciudad a tomar posesión de los centros de mando.

De aquel pueblo, a otro, al pie de la montaña donde se hallaba el grupo guerrillero, había poca distancia. En los alrededores de este último estaba prevista una reunión con la comandancia y representación del Comando Político Nacional para resolver algunas diferencias, sobre todo de carácter personal surgidas entre los "combatientes", porque para fortuna de ellos, la pertinencia de la forma de lucha, los éxitos alcanzados, avances, les parecían tan demasiados evidentes, como que uno de eso nada percibía y la multitud a quien supuestamente estaba dirigida aquella tarea y estando en la obligación y el derecho, según los manuales y, en este caso, hasta la realidad misma, de intervenir con protagonismo, tampoco siquiera estaba informada y menos interesada. Pues era también aquello algo lúdico, cada quien veía el dado correr al ritmo y tendencia que la convenía o gustaba, imaginaba el número ganador de la lotería y hasta veía ganadores a todos sus caballos anotados en el cuadro del 5 y 6.

Este amigo, combatiente clandestino en el sector urbano, de donde según los sueños y la imaginación se dirigía una lucha armada en las sierras, cuando la realidad era que los guerrilleros generalmente todos los días hacían lo que les venía en gana, todo eso impuesto por la realidad, como el tener que moverse incesantemente para evadir la persecución y el carácter sedentario que les imponía la misma subsistencia, para recoger frutos o todo lo vegetal comestible y hasta vivir de la caza y la inusual pesca en algún remanso de río.

En su camino a aquella reunión llegó al pueblo, uno petrolero, a casa de un amigo de la infancia de la ciudad donde ambos habían nacido y crecido juntos. Planificó el viaje, de manera que pudiese llegar al pueblo cerca del cual se realizaría la reunión, prevista para las primeras horas de la mañana. De esa manera evitaría dormir y amanecer allí, lo que a su parecer y las normas más elementales era demasiado riesgoso. Pero, además, gozaría del placer de estar unas horas con su viejo amigo y su esposa donde siempre era bien recibido.

Justo aquella semana, era sábado, se celebraban las fiestas patronales del pueblo que, habían comenzado el lunes, y era aquella, en verdad, la noche de máximo esplendor y alegría, pues entre otros eventos, se escogería la reina de las fiestas del año siguiente y estaba previsto la jornada de fuegos artificiales, para lo que se hacían los acomodos desde la mañana, pues los fuegos estaban ya, llegados desde el occidente, en un depósito en los alrededores.

Con su amigo y la esposa, salieron a recorrer el pueblo y llegaron, como era casi obligatorio, a la plaza, en cuyo centro estaba la estatua de uno de aquellos tantos heroicos guerrilleros del llano en la lucha por la independencia y donde a medianoche, después de la coronación de la nueva reina, se celebraría el encendido de los fuegos artificiales, acontecimiento que, ya en aquellos alrededores, gozaba de gran fama y atractivo. Por eso, se le dejaba para esa noche, dado que las

fiestas, culminarían al día siguiente, el domingo, más por el cansancio de todos que por lo dispuesto por los organizadores. El lunes, todo y todos, volverían a la rutina habitual y obstinante del pueblo. Mientras que los visitantes saldrían a primera hora y las calles del pueblo quedarían solitarias como siempre.

Todo aquel espacio estaba ocupado de mesas de diferentes tamaños donde se jugaba de todo. En unas se apostaban a los dados, en otras alguno hacía malabarismos con cartas. Al lado se ofrecía al apostador, si le acompañaba la suerte –la que muchos creen siempre dispuesta a servirles–, la oportunidad de sacar de una bolsa un premio exhibido en unos estantes en la parte de atrás y hasta unos gitanos allí estaban para leer las manos.

Dándole vueltas a la plaza y luego caminando una cuadra más al norte, se halló ante un local, al parecer un bar, por lo menos así le pareció a la primera mirada, en la puerta del cual se hallaba parado un hombre de avanzada edad. Le pareció conocerle, pese la ligera oscuridad allí prevaleciente y que, el ala del sombrero, por aquel portado, en buena medida, le ocultaba el rostro.

Le miró fijamente, se acercó lentamente para no producir ningún sobresalto y menos una reacción adversa del individuo a quien creyó identificar:

—Señor Carlos, –así gritó muy quedamente cuando tuvo la certeza que se trataba de la persona en quien había pensado al ver aquel hombre y de seguida agregó:

—¿Cómo está usted? ¿Qué hace por estos lados? ¿No sabe la alegría que me da verle?

El aludido, tomado por sorpresa, volteó rápidamente hacia la dirección de donde había salido la voz que le llamaba la atención y respondió, al percatarse de quien se trataba:

—Más es la alegría que me da tu presencia, hallarte aquí. Me has llegado como anillo al dedo, para me sirvas como antes lo hiciste. Pues ya voy a entrar allí a meterme entre los dados y necesitaré tu ayuda, como antes.

El señor Carlos dijo todo aquello mientras señalaba hacia el bar. Al hablarle, le estaba recordando, como cuando era apenas un muchacho, solía encomendarle llevarle a su casa fuertes cantidades de dinero ganadas en los dados y en las peleas de gallos, para evitar la tentación de perder lo ganado en cualquiera de esas malas rachas que de repente entran. Cuidaba que, cuando esta le llegase, por alguna razón que él mismo desconocía, aunque pudiera ser, sobre todo, por la pérdida de la concentración debido al cansancio, a los rigores del ambiente, como el exceso de ruido, humo, calor y hasta el consumo de alcohol, lo que no ponía interés en precisar, tuviese a mano la menor cantidad de dinero disponible para hallar en ello la excusa de retirarse a tiempo y habiendo ganado ya lo suficiente.

Y para eso, se valía de alguien de su confianza a quien entregar el dinero sin contar para que lo pusiese lo más lejos posible de él. Y en su caso, siempre se encargó

de llevarlo a su casa, dada la confianza de que gozaba también de la esposa del señor Carlos, a quien entregaba aquel dinero tal como le fue encomendado. Unas veces, cuando el señor Carlos regresaba a casa, lo hacía limpio, habiendo perdido todo lo que conservó para seguir jugando, pero en otras, con una mayor cantidad de lo que siguió ganando. Esa práctica inusual, muy racional, le hizo un hombre "exitoso" más allá de lo que sus actividades comerciales le hubiesen permitido.

Era tan cuidadoso, tanto como los luchadores clandestinos en no dejar cabo suelto. Se apegaba a sus reglas para no incurrir en debilidades, como que solía llegar al sitio de juego siempre llevado por un taxi, que tomaba al azar en la calle y a cuyo conductor proponía buscarle a determinada hora para que lo llevase de regreso y, con él se llevaba a alguien, para que, en el momento determinado por las circunstancias del juego, se llevase el dinero que creyese necesario y prudente a casa, para evitar "las tentaciones y no ceder cuando la mala racha se presentase de repente".

El señor Carlos, le echó el brazo por el hombro a su joven "viejo" amigo, después que este le presentase al amigo y su esposa con quienes allí estaba y les condujo adentro del bar y antes de dirigirse al espacio donde estaba la mesa de dados y los jugadores, le llevó a la barra y pidió tragos para todos. Hablaron algunas cuestiones habituales: "¿en dónde andas? ¿Qué te ha traído por aquí? ¿Cómo está la familia?" Y hasta algunas ligeras

cosas sobre el pueblo, la temperatura, las fiestas y los fuegos artificiales de esa noche.

Después de consumido el primer trago, el señor Carlos, ordenó al hombre del bar, sirviese, al amigo de su amigo y su esposa, lo que pidiesen, mientras al primero volvió a echarle el brazo sobre los hombros y le pidió le acompañase a la mesa de juego.

Los dados: ciencia y método

El viejo asumía aquello como creyente verdadero que entra al templo y hasta como científico dentro del ámbito de una investigación rigurosa. Su habitual locuacidad desaparece y se sumerge en un estado de observación del espacio todo, registra cada cosa, el tenue movimiento de la atmósfera, su densidad, la temperatura, la cantidad de humo que exhalan los allí fumadores. Observa con detenimiento el piso y su nivel. Es capaz de detectar la más mínima inclinación y como se expresa esta en la mesa. Percibe si la inclinación de la mesa hizo más pronunciada la del piso o se equilibran. Por encima del paño que pudiera cubrirla, detecta sus irregularidades, rigurosidades y contextura. Si es plástico o de tela y cada detalle que en él hubiere, para calcular, con precisión, velocidad y alcance del movimiento en el correr de los dados. Registra detalles como, la mano con la que el lanzador toma los dados, los movimientos

que con ella hace, si los pasa a la otra y en qué forma, observa y calcula el peso y tamaño de los mismos. Mide mentalmente la fuerza que el lanzador les imprime en cada lanzamiento y la distancia que estos recorren hasta detenerse. Mide el comportamiento de la gente alrededor de la mesa mientras los dados corren. El hablar y gesticular de los allí presentes que pudieran alterar la atmósfera y, con ello, el correr de los dados.

Después de hacer todo aquello y observar al menos diez lanzamientos de los dados, comienza a intervenir en las apuestas contra la mesa. Al principio, hace apuestas módicas, luego comienza a subirlas y se cuida de perder más de las veces. Su estrategia es pasar desapercibido y confundirse entre los tantos que allí se encuentran y sobre todo apuestan.

Mientras los dados corren, en su intimidad detalla cada cara, como si los detuviese y luego ve al rotar con lentitud, a su voluntad, las caras que se suceden unas a otras, las del primer giro hasta los tres últimos antes de detenerse sobre la mesa y dictar la sentencia. Y va contando el número de rotaciones que dan los dados hasta el final. Vio con claridad, la disposición de las caras de los dados desde el momento de salir de las manos del lanzador y como este, de manera premeditada, los dispone en sus manos.

En los juegos de dados sólo pierde de manera planificada, para eso que, en el lenguaje coloquial llama, "cebar a la presa", dejarla que entre en confianza y

le permita dar los zarpazos certeros en los momentos precisos y cuando el monto de la apuesta y la fortaleza de la casa lo hacen propicio. Y mientras va jugando y ganando, alguien que cerca de él anda, recibe el dinero para llevarlo a casa en el momento que él mismo lo determine, antes de entrar en cansancio, descuido u opte por darle un respiro a la casa y devolverle la confianza, como suele hacerlo.

No obstante, en muchos sitios ya se le conoce. No hace trampas que se le puedan demostrar y menos echárselas en cara. Lo único que, en muchas casas hacen, es permitirle que apueste poco, como para que ella no se quede con las manos vacías o el regente opte por cerrarla. En otras, valiéndose de artimañas inteligentes y hasta graciosas, simplemente le piden y en muchos casos hasta le ruegan que no juegue, que se vaya al bar y beba todo lo que quiera por cuenta de la casa y hasta cobre una comisión por abstinencia, no de beber sino de apostar.

Por eso, ahora, viaja a cualquier sitio donde sepa hay unas fiestas patronales y espacios para jugar, y ciudades donde sabe que el juego es permanente. Abundan los espacios dedicados a ellos, nadie le conoce, puede estar una semana rotándose y hasta volver tiempo después, cuando ya nadie le recuerde.

Esta es la razón por la que estaba en ese pueblo, en el cual llevaba tres días apostando en cada mesa de juego que, en los distintos bares del pueblo, habían

organizado con motivo de las fiestas patronales. Es decir, ya había cumplido en gran medida el trabajo de rutina que precede al gran momento. Había ganado una cantidad discreta, para dar, en la última noche, esa noche, el golpe contundente, de manera que, al día siguiente, ya estaría muy lejos y apenas allí quedaría el recuerdo de sus pasos y aciertos contundentes en la mesa y en el pueblo todo.

Papaíto toma una gran decisión

El nuevo agente, cobrador, cortador del servicio eléctrico, reparador de cualquier desperfecto y hasta instalador de los nuevos servicios, que la gente debía solicitar directo en la oficina, pues eso si no entraba en sus funciones, se sintió obligado a repetir lo que había anunciado y mirando a todos quienes allí estaban:

—Vayan y díganlo a toda la gente de estos barrios, de aquí hasta el Dique, pasando por las Palomas y hasta a la de Punta de Mata, que también entra en mis dominios –repitió, esta vez pausadamente, como contando las palabras:

—Me llamo Juan Lucero, para servir a todos ustedes. Antes de irse, Papaíto me puso al tanto de todos sus asuntos y me pidió que todo siguiese igual.

Y volvió a repetirse la pregunta:

—¿Qué pasó con Papaíto?

Y fue natural que de esa manera procediese, ya que el personaje era como uno más del barrio y de los barrios vecinos, pese a que en ninguno de ellos había nacido ni vivido nunca, pero un asiduo visitante, por lo relacionado a su trabajo. El no tener luz, significaba para los mayores no poder escuchar por la radio caraqueña que reproducía la local, que entraba con claridad, la novela *El Derecho de Nacer*, aquella en la que hacía de Albertico Limonta, Luis Salazar, un hijo, motivo de orgullo de la ciudad y luego a Pancho Pepe Croquer narrando el juego de béisbol, más si jugaban Magallanes y Cervecería Caracas y, mucho más todavía, desde cuando el también nativo de allí, Foción Serrano, se incorporó a narrar.

Escuchar a algún cantante que llegaba a la ciudad y se presentaba en la radio como Benito Quiroz, Sergio Mejicano o Rubén Osuna o aquellos de la ciudad que incursionaban en esa profesión, los muy jóvenes María Josefina Rojas, una muchachita de Caigüire Arriba y Enrique "Quico" Rivas, aquel que se hizo conocer, en buena medida, por la canción *Puerto Abandonado*. Los muchachos –pues también éramos aficionados a aquellos programas de la radio–, no teníamos mayores problemas porque para jugar bastaba la luz brillante de la luna y a veces, era hasta más ventajoso y divertido. Además, teníamos el hábito de hacer las tareas escolares en las horas de la tarde, precisamente previendo la falta de luz y no perdernos los programas radiales.

Lo que convertía además al electricista o liniero en alguien indispensable. Tanto que, cuando ocurría una avería a alguna casa, a el barrio todo o a los barrios vecinos "se le iba la luz", lo primero en quien todos pensaban era en Papaíto. Su imagen se hacía presente de manera mecánica con cualquier apagón. Y si él estaba enfermo, estarían sin luz hasta tanto se sintiese en condiciones de subirse al poste o llegarle a la línea donde se produjo la avería. Es decir Papaíto era un personaje necesario, indispensable y muy importante en aquellos espacios. Por eso, la insistente pregunta y la demanda de una respuesta convincente y detallada. Papaíto era como un mago que, con un rayo de luz, una tea encendida, recorría nuestro barrio y los vecinos.

Aquella vez, Papaíto tuvo un "pálpito", según sus explicaciones, las que dio a sus amigos, a la empresa y, la que Juan Lucero, trasmitía ahora a la gente del barrio que le rodeaba, no por encargo, sino por la insistente pregunta y la satisfacción que producía contar aquello.

—Aquí tiene la cuenta de lo que cobré esta semana.

Le habló Papaíto al dueño de la empresa eléctrica instalada en una esquina de la "Calle Larga", en la parroquia Altagracia, el mismo que todas las semanas, el sábado por la tarde, recibía de él lo recaudado desde lunes.

Así siempre había sido por largos años. Por cada recibo entregado el lunes, debía devolver el dinero de lo que hubiese cobrado o los recibos de lo que no,

de aquellos clientes que no pudieron pagar y hasta le dijeron déjelo para el lunes, en cuyo caso advertía a quien le recibía la cuenta, que alguna que otra vez podía ser el hijo del dueño, que no le alcanzó el tiempo para cobrar ese u otro, porque "perdí mucho tiempo arreglando una avería que por esos lados se produjo." Se había vuelto habitual que el receptor de la cuenta, centrado en otro menester, le dijese:

—Deje eso allí sobre la mesa. Que más tarde o mañana domingo, con tiempo, chequearé lo que hay. Eso sí, coja de allí su semana.

Y a eso se había llegado porque, a Papaíto, nunca le habían fallado las cuentas, por cada recibo faltante había en ellas la cantidad de dinero correspondiente. Por eso, aquella tarde, casi comenzando a anochecer, recibió aquella respuesta, muestra de confianza, del propio dueño de la pequeña empresa eléctrica de la ciudad.

—No señor, no. Esta vez no será así como antes. No quiero se vaya a sorprender cuando haga la cuenta y se ponga a pensar mal de mí. ¡Saque su cuenta ahora!

El viejo dueño levantó la cabeza con lentitud, le había escuchado perfectamente, pese el enorme ruido que emanaba de las máquinas generadoras del fluido eléctrico. Se pasó también con parsimonia las manos por la frente para retirar el sudor que por ella corría a causa del enorme calor que allí hacía y miró, no sin asombro, a quien le hablaba.

No era aquello nada habitual y por eso mismo despertó su curiosidad. Lo que había escuchado era extraño y antes de optar por revisar la cuenta, miró a quien le habló como para asegurarse era la persona habitual, la de todos los sábados al atardecer y durante largos años.

—¿Qué me estás diciendo Papaíto?

Le llamó por el nombre con el que todo el mundo le conocía y llamaba.

—Lo que acaba de oír. Saque la cuenta que aquí espero para que hablemos.

Juan Lucero, hizo un paréntesis para seguir ordenando su equipo y colocarlo dentro del gran bolso que luego guindaría a sus espaldas, mientras pidió que alguien le suministrase un vaso de agua, pues entre el subir al poste, estarse allá arriba trabajando bajo la tensión inherente a un electricista, sentirse observado por un pequeño grupo desde abajo, bajar, acomodar los corotos y ponerse hablarle a aquella gente y el calor habitual, la sed le había llegado a tal extremo que no podía esperar más.

El nuevo amor del Primo

El Primo, no sé si por los vínculos estrechos que estableció con la joven del quiosco, o por compartir con ella los datos, informaciones acerca de los números de la lotería, las "fijas", "líneas" o "batacazos" de última hora en las carreras de caballos, hasta llegar a hacer apuestas en compañía, compartir las mismas amistades, porque las de él se hicieron de ellas y viceversa y hasta por la buena figura de la "chama", terminó en amoríos con ella. Llegó a ser mucho mayor el tiempo que compartía con aquella joven que con su esposa, a la que veía sólo al despertarse en la mañana, los momentos mientras se preparaba para irse a la oficina y a veces, buena parte de las mañanas de sábado y los días domingo, antes de ir al mercado, del cual regresaba a casa con prontitud a llevar lo comprado para regresar al quiosco y a los espacios habituales de juego. Porque al salir del trabajo, todas las tardes, se dirigía a una de las tantas casas de juego, la

mayoría de ellas clandestinas, que habían en la ciudad y donde era por demás conocido. A partir de cierto momento, después de haber amistado íntimamente con aquella joven del mercado, solía encontrarse con ella en alguno de aquellos lugares habiéndose puesto previamente de acuerdo y, en virtud, que logró entusiasmarle, para que también incursionase en aquellas actividades lúdicas.

Él no era hombre apasionado, que perdiese los sesos y ni siquiera el tiempo con una mujer. La mujer para él, era ni más ni menos para satisfacer una necesidad de momento, le diese unos hijos, cuidara su ropa, todo a tiempo y a mano para vestirse bien y mantuviera la casa pulcra, pues en todo eso, era meticuloso. Y en su casa, donde vivía con su esposa e hijos, nada de eso faltaba, pues no se quedaba corto en suministrar el dinero necesario para lograr todo aquello. Pero lo suyo era jugar –y tal vez su mayor deseo era perder–, era como un estado orgásmico, por lo que en lo de las mujeres no perdía mucho el tiempo ni ponía particular atención en ninguna. Se casó porque siendo muy joven, todavía no metido tan hondo en los asuntos del juego, recién llegado a la ciudad donde vivía, rodeado de amigos ajenos a eso, todos casados, lleno de afectos y alegría, conoció a aquella muchacha y estando en aquel ambiente, como con demasiada prontitud, en los momentos de mayor entusiasmo y emoción y hasta atracción, se sintió como obligado a "empatar la partida".

La relación con su esposa, a lo largo del tiempo, sobre todo a partir del nacimiento del segundo de sus hijos, se volvió rutinaria, insuficiente y convencional. Salía por la mañana, de lunes a viernes a trabajar y regresaba a casa a muy altas horas de la noche, cuando ella y los hijos estaban dormidos. Eso, sí. Ponía mucho cuidado en no alterar la tranquilidad del sueño de aquellos, quienes parecieran no esperar de él otra actitud más generosa en ese caso.

Además le ayudó, –si es valedero decir eso–, que su esposa tampoco era muy apasionada con el marido o "extraño" alguno, pues su verdadera y casi única pasión aparte de sus hijos, era su familia. Vivía muy cerca de sus padres, a cuya casa iba con excesiva frecuencia, como decir que allí vivía metida, como todos sus hermanos y hermanas, pues se trataba de una familia numerosa y más los fines de semana, de manera que no sentía ausencia alguna. Más bien parecía gozar de disponer todo el tiempo necesario para estar con ellos sin limitación. Tanto que, no pasó mucho que empezase a llegar a casa de su madre el viernes en la noche y regresaba a la suya con sus hijos, el domingo también a la misma hora que había llegado él, después de cansarse de jugar, ganar y sobre todo perder, al fin, "se acordaba de ellos" y acudía allí a recogerlos, a hacer los preparativos para iniciar al día siguiente la agotadora jornada semanal.

La nueva compañera se convirtió en un atractivo, pues aparte de los ratos del quiosco, comenzó a disfrutar

de su compañía en la vivienda de ella, compartida con un niño, todavía en edad escolar y en las casas de juego. Más que otra cosa, le unió a ella, desde el principio, la afición por el juego, porque aquello se volvió un amor lúdico desde el principio, lo que llegó a su mejor momento, cuando ella se convirtió en su compañera de nocturnales correrías en busca de donde apostar y jugarse la suerte y el dinero en los dados y las barajas.

Y empezó a cambiar su conducta en lo relativo a eso que comúnmente llaman vida privada, íntima y familiar. De repente, comenzó a dormir en casa de la nueva compañía en cualquier noche de la semana. Había empezado haciéndolo los viernes y sábado, cuando su esposa, distraída y entusiasmada con sus familiares de eso no se percataba, pero por la fuerza de la costumbre, se sintió tentado, sin meditarlo mucho, a quedarse con su nueva compañera una noche cualquiera. La primera vez, inventó una excusa, como que de repente, por emergencia, tuvo que viajar a una ciudad vecina a atender un asunto del trabajo y ayudado porque la esposa tampoco estaba muy preocupada por aquello, el incidente pasaba desapercibido. Luego aquello se volvió cotidiano, la esposa y él mismo ignoraban todo aquello. Se fue mudando poco a poco hasta que, sin que ninguno de los envueltos en aquel proceso se diesen cuenta. Hasta que una mañana, muy al amanecer, al despertarse se percató de su nuevo estado e intentó reflexionar sobre todo aquello, pero no pudo, todo

había sido tan tenue, sutil, que no halló la forma de distinguir una cosa de la otra. Le resultó difícil entender que antes vivía en otro sitio y con otra mujer. Y un buen día se halló frente ella, a la que llevaba días no veía, como tampoco a sus hijos y estando a su lado la nueva compañera:

—¡Hola! ¿Cómo estás? Días que no te veía. ¿Cómo están los muchachos?

—Bien chico ¿y tú? ¿Y quién es ella, me la presentas?

—Sí, claro. Ella es mi nueva compañera.

Y él, dirigiéndose ahora a esta última:

—Mira, te presento a mi esposa, la mamá de mis hijos.

Y él a la esposa:

—¿Y cómo están tus viejos? Espero que bien y les lleves mis mejores deseos.

Eso sí, lo único digamos normal que allí hubo es que las dos damas no se saludaron con mucho agrado, ni hubo abrazos ni siquiera sonrisas y cada una miró y remiró a la otra de arriba abajo, como capturando el más mínimo detalle para en su intimidad decirse: "¿Qué tiene ella que no tengo yo?"

Aquí falta un realero

—Papaíto, he sacado la cuenta 4 veces. Las mismas veces que he contado el dinero, sumado lo que debiste recabar, según los recibos que se te entregó el lunes y haciendo sumas y restas, la misma cantidad de veces y he concluido que te faltan 1200 bolívares y como bien sabes, eso es una fortuna.

—Justamente señor, por eso le pedí que contase de inmediato, para que cuando salga de aquí, las cuentas queden claras y usted no vaya a pensar mal de mí.

Así hablaron el dueño de la empresa eléctrica y su trabajador, siempre mirándose de frente. Uno esperando aclarar aquel asunto, el comportamiento de un trabajador que siempre había sido de extrema confianza y dado demasiadas pruebas de decencia y respetabilidad y el otro ya llenándose de interrogantes, pero sin atreverse a elaborar respuesta alguna hasta que el otro diese sus razones, pues esperaba y, casi sabía, las tendría para dar.

—Pero le diré más, –continuó hablando el empleado a su patrón– Si vuelve a contar y sacar cuentas por quinta vez, se percatará que falta más de eso, pues también me cobré la semana de trabajo. O sea, faltan 1270 bolívares.

Miró al patrón de frente y le continuó hablando:

—No le oculto esto para que vea que no intento mentirle, ni sacarle el cuerpo a mi responsabilidad.

El patrón que tenía un gran respeto y confianza en aquel empleado, que trabajaba con él desde los viejos tiempos, siendo ambos casi muchachos, cuando su viejo montó aquella empresa para darle servicio eléctrico a la ciudad, respiró hondo, bajó la cabeza, la levantó de nuevo lentamente, mientras recuperaba el equilibrio y le dijo con cordialidad y ánimos de entendimiento:

—Bien Papaíto, vayamos por parte y lentamente, explícame que es todo esto. ¿de qué se trata? Toma en cuenta que hay un faltante y que es mucha plata –y agregó:

—Sí, cierto, sé exactamente que esa es la cantidad que falta, pues di por un hecho, pese no es lo que aquí acostumbramos, que habías cobrado de una vez, por lo de los 70 bolívares.

Papaíto al ser requerido por su interlocutor, no se amilanó. Ya estaba preparado para afrontar aquello. Lo venía planificando, para "cuando el momento, se presentase", como solían decir en el pueblo, ante situaciones como esas.

Llevaba tiempo escrutando las nubes, sacando cuentas, haciendo cálculos, contando los luceros cada noche, observando y tomando nota de los números que en la lotería salían en los primeros cinco lugares, los que repetían cada cierto tiempo y los días de la semana asociados a aquellos números y cantidad de días que transcurrían entre una oportunidad y otra. Hasta sus sueños le traían señales y nuevos pálpitos. Miraba al río y veía pasar, arrastradas por la corriente, las guamas y las contaba, como contaba el número de "promontorios" de guamas que pasaban mientras observaba. Estudió los números que él solía jugar, así por antojo, porque tuvo un pálpito, "una vaina que me vino de adentro, una voz que me gritó este es el número" y encontró que, de todo aquello, resulto una combinación de números que le indicaba que el próximo premio de la lotería sería el 00828.

Estaba "convencido" que había llegado su momento, era esta la oportunidad que esperaba, como había oído decir una vez a un tipo que se la daba de brujo y de adivino, "todos los astros se cruzaron". Pues sus combinaciones, cálculos, observaciones, anotadas en perfecto orden y cuidado en aquella libreta desde tiempo atrás, le indicaban que ese sería el número ganador.

Pero estaba obligado a cuidarse las espaldas. Cada billete completo costaba 450 bolívares y él no tenía tanto real para comprar uno. Pero, además, sus cálculos, le indicaban que el segundo premio sería el 00878.

Se sentía obligado a comprar los dos. Si los pegaba, o sea, si ganaba los dos premios, podía hasta comprar la empresa eléctrica, aunque el primer premio bastaba.

—Pero, si no ganó el primero, porque me cae una pava, me cubro con el segundo. Pues no creo que mis cálculos, pálpitos y hasta las señas que me hacen, se pelen de un todo. De esa manera, al cobrar el segundo premio, devuelvo a la empresa lo que tomé prestado. Pero, ¿cómo hago para comprar esos dos números? Puede que a esta ciudad llegue uno de los dos, pero difícil que lleguen los dos. La única alternativa que tengo es darle unos reales al "Negro" Subero, el de Caigüire Arriba, el chofer de carro que viaja a Caracas para que me los compre en la lotería, antes que de allá salgan. Eso es posible, porque ese negro tiene un hermano que trabaja en la agencia principal.

Todo lo anterior lo había contado Papaíto a su jefe, quien le escuchaba con muy particular interés, ya no tanto por el dinero, sino por la historia misma y ansiaba el final del cuento, tanto como le dijese dónde estaba su plata.

Papaíto se tomó un ligero descanso, que le sirvió para observar en la cara de su jefe la reacción ante lo que estaba contando y al verle interesado y sin ninguna muestra de enojo ni fastidio, se animó más y continuó con su historia.

—Solo tendría que pagarle unos reales al "Negro" Subero, para él y para quien en Caracas a este consiga

los números, le doy una muy pequeña parte anticipada para cebarlo y la otra cuando me entregue los billetes. Entre el comprar los billetes en Caracas, el ir y venir y los 5 o 6 días del sorteo nos da tiempo y nos sobra. Es vital conseguir esos números, pues no juego a la suerte, sino con la certeza de ganar y esto pasa inevitablemente por conseguir los billetes con esos números. Es un asunto de cálculos precisos, como que, si pego los cables como es debido y paso el "suiche" guindado en el poste, la luz llegará a todas las casas conectadas a esa red.

—Eso sí Subero, te pago si me traes esos números que aquí te anoto. Si no los hallas no compres nada y me devuelves mis reales, aunque te quedes con la comisión que te adelanté.

Había buscado al "Negro" Subero para esos fines, no solo porque este viajaba a Caracas a cada momento a llevar pasajeros, sino por lo de su hermano que trabajaba justamente en la agencia principal de la lotería, tanto que era de los de adentro y podía conseguir le vendiesen esos números antes de salir a la calle y, según sus conocimientos, eso era posible. Sabía de gente que eso conseguía, dado que el número escogido, por una razón u otra, podía y era lo más seguro, no llegar a ninguna de las agencias donde vivía y hasta era posible que, habiendo llegado, antes que él, otro lo comprase, esto le había sucedido a Papaíto muchas veces.

El "Negro" Subero debía salir para Caracas al día siguiente de esa tarde de sábado que Papaíto entregaba cuentas a su jefe. Estaría en Caracas el domingo en horas de la tarde, para comprometer a su hermano le consiguiese los billetes escogidos por el apostador, de lo que ya este algo sabía, pues para eso le había enviado un telegrama para asegurarse que, el domingo en la noche, cuando llegase a su casa, lo encontrase.

Estaba previsto que el lunes muy temprano, antes que saliesen hacia las distintas agencias, tanto de Caracas como el resto del país, el encomendado para eso comprase los números convenidos de la correspondiente al sorteo de San José que sería el domingo siguiente, 19 de marzo. Pero al narrarle a su jefe lo programado, por primera vez, dijo una mentira.

— El "Negro" Subero salió esta mañana temprano para Caracas y ya debe estar allá.

Lo contó así para evitar que su jefe, de alguna manera, lo obligase a que saliesen en lo inmediato a buscar al conductor para les entregase el dinero y evitase hacer lo por él planificado.

Después de escuchar aquel relato y justificación, siempre impávido, el dueño de la empresa, se mantuvo callado un breve tiempo, mientras se estrujaba la barba con la mano derecha y la misma se la pasaba por la cara, como intentado aclarar su visión y entendimiento, empezó a hablar pausadamente, con lo que daba a entender que no estaba alterado y si en disposición de

llegar a algún acuerdo con su empleado. Al poco rato, mientras Papaíto, de pie frente a él, esperaba le dijese lo que tendría que decir, comenzó a hablar:

—Bueno Papaíto, tú por demás sabes, cuánto te apreciamos en esta pequeña empresa y hasta en la intimidad de nuestra familia. Trabajas con nosotros desde que éramos muchachos y el viejo, que Dios le tenga en la gloria, no me perdonaría que ante tu único y primer acto de falta a las normas del trabajo y de la empresa, además cometido ya a avanzada edad, no encuentre la forma de acordarme contigo y hacer que pagues, de la mejor manera para todos, lo que hiciste.

Escuchando aquello, el electricista se mantuvo sereno, aparte de estar decidido a todo, pues su convencimiento que estaba en los umbrales de lograr su sueño, ganar el primer premio de la lotería, era absoluto, también le tranquilizaba que, por su ya vieja conducta en el trabajo, los largos servicios prestados a la empresa y la familia, la mayor de las veces desinteresadamente, la afectuosidad siempre presente entre él y sus patronos y hasta el manejar bien las relaciones de la empresa con su clientela, lo que era reconocido por todos, le ayudarían a enfrentar esta situación. Estaba seguro que el jefe buscaría alguna salida al asunto para no afectarle en mayor grado, cómo acusarle ante las autoridades por ladrón y despedirle deshonrosamente.

En su intimidad, el dueño se había sentido embelesado por aquella historia, sin duda real, verdadera, porque

sabía que aquel hombre no era embustero, más bien se desbordaba en sinceridad, en ser abierto y cristalino. Se había ganado, como decía su padre, para siempre, la confianza de la familia. Por eso, se mantuvo todo el tiempo tranquilo y escuchando con atención. Sin duda Papaíto, le había fascinado y hasta despertado interés no sólo por los detalles de la historia sino por lo que pudiera suceder al final. Además, hallaba encontrar en sus explicaciones fundamentos para acordarse con él, en virtud de lo que significaba para la empresa, la familia y para él mismo que con él había compartido abundantes instantes agradables y placenteros.

—Vamos a hacer una vaina Papaíto, un acuerdo personal, íntimo entre tú y yo. Esto no tiene porque saberlo nadie.

Papaíto respiró hondo. Presintió que sucedería lo que esperaba, imaginaba, que su patrón le daría una tregua para devolver el dinero faltante. Porque "de qué me gano la lotería, me la gano".

—Si tú, para la semana que viene arriba, pues el sorteo al cual te refieres es el de la semana próxima, concretamente el domingo 19 de marzo, día de San José. Para el día lunes 20, no tienes como devolverme el dinero faltante, seguirás trabajando en la empresa como si nada, eso sí, no vas a cobrar salario. Lo que recabes, como lo haces usualmente, lo entregas completo y nada de esto que inventaste ahora de pagarte tú mismo el salario semanal. Vas a trabajar horas extras,

hasta el domingo y las noches, cuando se produzca alguna emergencia, de esas cuando acudimos a trabajadores fuera de nuestra empresa, como es el caso de Juan Lucero, hasta que, sacando cuentas, hayas devuelto lo que ahora te faltó por entregar.

Papaíto sonrió con discreción y hasta humildad. Se cuidó que el dueño, "su amigo", no creyese se burlaba de él. Más bien intentó demostrarle su agradecimiento y muestra de confianza, por lo que le dijo quedamente, pero con firmeza:

—No se preocupe. No habrá necesidad de hacer eso que propone. Al día siguiente que canten la lotería le devolveré su dinero y hasta le haré un regalo, como una invitación a celebrar conmigo, porque voy a ganármela.

El jefe, sin desconcertarse ante tanta audacia y seguridad o infantil fe, no pudo sino sonreír también discretamente como lo hizo su empleado y hasta por los mismos motivos que él, le tendió la mano y le dijo:

—Te deseo mucha suerte.

La medida exacta de la sorpresa

Después de cumplir su habitual ritual y comprobar por última vez lo que antes había medido milimétricamente. El correr de los dados y hasta el tamaño de las agallas de quienes rodeaban la mesa en actitud de apostadores y sabiendo que la casa a él, en el momento que optase por apostar fuerte, como nunca lo había hecho desde que comenzaron aquellas fiestas patronales, lo habría de subestimar por creerlo un jugador timorato. De esos tantos que la última noche tira una parada a lo loco, "a ver qué sale", teniendo en su contra todas las posibilidades, como caras tiene los dados y las vueltas que dan desde que salen de las manos del "crupier". Decidió acercarse a la mesa a jugar aquella última noche.

Durante todas las noches que se acercó a jugar, haciendo siempre apuestas discretas, mediante las cuales generalmente ganaba para terminar perdiendo parte de

lo ganado y a veces un poco más, en las dos últimas, hizo todo por ganarse la confianza de los apostadores que allí acudían. Pues aparte de ser visto como un tipo "correcto", sin mañas, ni secretos propios del experto, sino una buena persona en busca de matar el tiempo en las noches, mientras en el día visitaba las fincas de los alrededores del pueblo en busca de buen ganado para comprar, pues "esa era la razón que le llevó allí y no el juego", como divulgaba, diciéndoselo a todo aquel con quien hablaba, necesitaría el apoyo de todos ellos en el momento que lanzase su zarpazo. Era necesario forjarse la imagen de un "inocente comerciante", jugador ocasional y de poca monta que, en un momento, inducido por los efectos del alcohol, "tiró una parada a lo loco" que le salió de lo mejor. Además, los dados serían los responsables de todo al caer tal como él, íntimamente, al hacer su última y crucial apuesta, lo pronosticó. Él no tocaba los dados para nada.

Es más, sabía que todos los dados de la casa estaban arreglados y las "mañas" o derrotes de cada uno. También como el crupier les tomaba. Colocaba, fuerza que imprimía y el resultado en cada lanzamiento. Pero sólo él, allí, en ese espacio, el de los apostadores, lo sabía. Pero le era necesario el apoyo, la simpatía de ellos, víctimas de aquellas mañas, que todo lo juzgaban limpio, azaroso, hasta el proceder de la casa, para que, en el momento del gran golpe, dado que en la casa se prendiese alguna sospecha, en virtud de la magnitud

del mismo y se resistiese a responder y pagar, saliesen en defensa suya.

El señor Carlos, tomó a su amigo y paisano por el brazo izquierdo a la altura del codo y le dijo:

—Vente conmigo, ponte detrás de mí y de allí no te apartes ni un momento. Quiero que ellos se formen la idea que no ando sólo; al contrario, debo mostrarles que tengo respaldo y cuando sea necesario, si es que de eso voy a necesitar, incitarás a los demás a respaldarme. No olvidemos que estaremos rodeados de perdedores que desean ver a alguien "limpiar la casa".

La juventud no tiene remedio

Mientras aquello sucedía dentro del bar que, también hacía de casa de juegos, dentro de una población anclada en el llano oriental, en una franja por donde se desplazaban incesantemente, todos los días del año, apostadores, cantantes y grupos musicales del folclore, desde el pie de monte andino, allá en la frontera con Colombia, seguían hasta la desembocadura del Orinoco, desviaban hacia Ciudad Bolívar o, en cualquier punto ribereño, se embarcaban en la primera lancha que hallasen para internarse en las zonas mineras, en un sitio no muy lejano, quizás un kilómetro y medio de distancia, en un estrecho espacio, una vivienda usualmente usada como depósito de uno de los comerciantes del pueblo, unos trabajadores habían comenzado a extraer de unas cuantas cajas que dos días antes, habían desembarcado de un camión, llegado de

occidente, unas más pequeñas con una grande cantidad de fuegos artificiales de todo tipo.

Sería el utilizado para despedir las fiestas y alegrar con sus truenos y luces incandescentes, figuras atractivas y usualmente alegres, la vista, oído y el alma de todo aquel que el bello y original espectáculo observase. Con anticipación, los organizadores de la fiesta, cuidaban de encargar a los fabricantes aquellas luces acordes con la cultura del llano y que fuesen distintos a los usados antes en otras fiestas, hasta en la del pueblo mismo en años anteriores. Cada encendido debía ser un verdadero espectáculo, una fiesta y una sorpresa, como para que los habitantes de aquel espacio y quienes allí estaban de visita, además de distraerse, alegrarse con la furia del sonido y el despliegue de luces y figuras novedosas, quedasen impactados para hablar de eso todo el año, como en un permanente esperar el venidero y llevar la información a cada sitio del llano y fuera de él donde fuese posible.

Los trabajadores comenzaron a organizar las cajas más pequeñas de acuerdo al material que cada una de ellas contenía y, en distintos espacios del local, como muy reducido para ese menester, las colocaban en lotes, para posteriormente, en el momento indicado, para lo que ya no faltaba mucho, a cada uno de estos, previo un plan, una rutina que, durante años, distintos trabajadores habían ejecutado sin inconveniente alguno, llevarlos a los sitios desde donde serían encendidos. Había que

ordenarlos para luego llevarlos desde el depósito a su destino. No debía haber confusión alguna ni pérdida de tiempo. Se formaron entonces varias "torres" de cajas, unas al lado de la otra, a pocos centímetros de distancia en un espacio estrecho y cerrado.

Por supuesto, por todo el ajetreo, que comenzó desde el mismo momento que en la fábrica almacenaban aquellas cajas, el trasladarlas a los camiones que las llevaron al pueblo, de estos al depósito y en última instancia este último de organizarlas para sacarlas en el orden convenido, algunas de ellas se deterioraron y dejaron salir, quizás con timidez, algo de lo que llevaban dentro, por demás sensible y predispuesto a dejarse tentar por alguna imprudencia.

Entre quienes hacían aquel trabajo, un grupo de unos cuatro hombres, había dos jóvenes, que por primera vez participaban en aquella tarea por demás "simple" de tomar unas cajas de un sitio y colocarlas en otro, una encima de la otra. Quizás, el capataz o el simple encargado de manejar aquella tarea, no advirtió con suficiente convicción a todos acerca de la delicadeza de aquella y lo estricto de las medidas a seguir a aquellos muchachos. Tal vez justamente por su juventud y falta de experiencia, no le dieron importancia a las instrucciones.

En un instante, aquellos dos infortunados jóvenes, sintieron necesidad de poner alto por un momento a la tarea, para dedicarse al descanso, recomponer fuerzas,

para seguir en lo que venían haciendo y el trabajo todo que duraría casi hasta el amanecer. Para ello, se sentaron en el suelo, uno al lado del otro, apoyando ambos sus espaldas a una viga de hierro que, en una esquina, servía de columna y sostén del techo en aquella construcción estrecha.

Uno le pidió al otro, después de respirar hondo ambos, obligados por el cansancio del trabajo y el esfuerzo para sentarse y relajarse en la posición que asumieron:

—¡Coño mano! Bríndame un cigarro.

Pese a lo estrecho del local, no lo era tanto como para impedir que, quien aquella operación comandaba, escuchase lo que esos dos muchachos hablaron. Además, la altura de las columnas de cajas de fuegos artificiales, levantadas entre ellos y donde aquel en ese momento se hallaba, impedían fuesen observados. Se les había advertido reiteradamente la prohibición absoluta de encender fósforos, fumar mientras estuviesen en eso, pero los jóvenes por el hecho mismo de serlo, suelen hacer en casos como esos todo lo contrario, el cansancio, fastidio que generaba aquella rutina y hasta la inexperiencia, no les incitaba a retar aquel peligro, sino simplemente lo subestimaban y olvidaban. Ni un instante, les pasó por la mente lo que aquel desliz o debilidad significaría en su vida y la de otros.

Además, quienes, de hecho, estaban encargados de la seguridad, no revisaron previamente a aquellos jóvenes o no les solicitaron dejasen fuera lo que implicase un

riego, peligro, violación de las normas de seguridad inherentes a aquella tarea.

Ante la inesperada solicitud, mecánicamente, el aludido llevó la mano al bolsillo del lado izquierdo de la camisa, extrajo una caja de cigarrillos, tomó dos de estos, uno lo entregó a su compañero y el otro lo colocó en su boca y la caja la devolvió a su lugar habitual.

Mientras su acompañante buscaba la cajetilla de cigarrillos, él extrajo del bolsillo derecho del pantalón una de fósforos.

Tomó el cigarrillo que, a petición suya, le fue cedido, se lo llevó a la boca, procedió en primer término a ofrecerle fuego al otro, luego encender el suyo y en un gesto habitual, impensado, por la fuerza de la costumbre, lanzó el fósforo todavía encendido por encima de su hombro derecho hacia sus espaldas, justo hacia donde estaban dispuestas, en columnas, las cajas con fuegos artificiales que ellos habían ordenado, según su contenido, tomándolas del enorme arrume de las mismas que estaban apenas unos 8 o 10 metros más allá.

El fósforo encendido tomó vuelo, subió unos pocos centímetros con dirección hacia donde estaban las cajas ya ordenadas, mientras los dos muchachos inhalaban el humo de sus cigarrillos, lo regodearon unos breves segundos en los pulmones y se dispusieron a exhalarlo. Al mismo tiempo, el fósforo encendido, una vez alcanzada la mayor altura que le permitió la fuerza del lanzamiento fue, como escrutando cada espacio,

deteniendo en veces la marcha por la oposición de los factores propios del ambiente, acercándose a una de las cajas rotas que dejaba salir algo de lo que portaba adentro.

La nueva vida del Primo

El Primo no volvió a vivir más en su anterior casa y menos con su esposa e hijos. Con estos, la relación se mantuvo como siempre fue, que pudiera describirse de manera muy concreta y rápida en:

—Bendición papá. ¿Cómo está usted? ¿Cómo le ha ido?

—Muy bien hijos míos, hasta ahora mejor que antes, porque no me siento solo. Tengo compañía. ¿Y ustedes cómo están? ¿Cómo les ha ido? ¿Cómo van los estudios? Espero que bien.

Y sin esperar ninguna respuesta, ni pedir información o explicación alguna, sólo como quien cumple un ritual, se acercaba a ellos y les abrazaba por un breve tiempo, para terminar, diciendo:

—¿Para qué me necesitan?

Y sus hijos, como siempre –afortunado él– nunca le necesitaban para nada, salvo que les diese dinero,

ahora mucho más allá de lo acordado con su madre para satisfacer unas "necesidades", que son distintas a las que uno entiende normalmente al escuchar esa palabra. Pues son esas que la gente se inventa o les "inventan" desde fuera. Y él satisfacía con goce y esplendor lo que los muchachos le pedían. Y él y ellos se separaban y despedían felices, hasta el próximo encuentro, que sería un repetir exacto de lo anterior, como si la vida fuese eso. Como quien compra una patente o un certificado.

De manera que estabilizó su vida con la nueva compañera, para lo que, valiéndose de los planes de la empresa para sus trabajadores, y él pese todo lo anterior, era muy bien evaluado, dentro de un régimen exigente, lo que siendo lo que sabemos, debía alcanzarlo al máximo esfuerzo y disponiendo de espacios muy estrechos, compró un apartamento dentro de un condominio en una zona muy costosa. Una vivienda de gran lujo, con todo el confort que eso significa, incluyendo su seguridad y espacios de recreo, como piscina y hasta para invitar allí a algunos amigos, sólo a divertirse, pasar el tiempo y hasta, dadas las circunstancias, empatar una jugada de barajas o dado.

Siendo ella su esposa, pues al poco tiempo, previo acuerdo amistoso, se divorció y se casó con la nueva compañera y, siendo él, alto gerente de una reputada empresa, no podía ella estar al frente de un quiosco de lotería, incluso del local de animalitos, por lo que

decidieron alquilarlo al mejor postor y de confianza que hallaron.

De allí en adelante, la muchacha pasó a ser la esposa de un jugador empedernido, pero también la del gerente de una importante empresa y habitante de un condominio lujoso, ocupado por gente muy distinta a la que ella estaba habituada. Por el confort que allí había, el espacio era asiduamente visitado por gente del mismo nivel y carácter de quienes allí vivían, sobre todo jóvenes "de muy bien ver".

Pasado el tiempo necesario para eso, tuvo también dos hijos con su nueva compañera, quien ahora comprometida con sus labores de madre y, habiendo establecido unas relaciones que le obligaban a ser más cuidadosa y ejemplar para ganarse la aceptación y el respeto de su entorno, olvidó eso del juego y por supuesto el acompañar al marido en sus persistentes visitas a las casas y cualquier espacio, sin importar nivel, categoría del mismo y de la gente, donde se pudiese apostar, mucho o poco, lo importante era sentir la emoción que dispensa el jugar y poner lo que sea al azar. Sentir la emoción que producen los dados al correr, desde que sale de las manos de quien los lanza hasta que dan la última vuelta y se detienen y, entonces, mirarles las caras y contar con detenimiento, con goce, uno a uno, los puntos negros que en cada cara de arriba están grabados y luego sumar los de todos y sacar la cuenta definitiva y "¡gané!".

—Me ganaste, pero no importa, pese haya perdido siento como si hubiese gastado todo mi dinero por pasar la noche haciendo el amor, hasta el amanecer, con una mujer que siempre he deseado.

Y la cosa es igual si se trata de las barajas o esa lotería de manos afuera y bolsa al aire que juegan entre los grupos familiares.

Es grande la emoción que siente, indescriptible, hasta jugando "pico pico". Pero ella se sintió atraída por otras cosas, nuevas personas y ya aquella vida de antes le resultaba como importuna y hasta de mal gusto.

El Primo, pues, siguió en lo suyo, entre el atender sus deberes en la empresa, que eran por demás abundantes y exigentes y el jugar todas las noches y los fines de semana; como a la esposa anterior, muy pronto comenzó a olvidar la segunda.

Recomponía su vida tal como la había llevado al principio. En efecto, a su nueva compañera, como a la anterior, sólo le hablaba, exclusivamente para ponerse de acuerdo sobre asuntos de la vida cotidiana de quienes comparten el mismo espacio y tienen unos hijos, al levantarse y un rato, en las primeras horas de la mañana, los fines de semana, antes de salir hacia donde acostumbraba o algún sitio nuevo del cual supo por los amigos y compañeros de juego y hasta pudiera ser que, alguna que otra vez, debía viajar a otra ciudad a cumplir labores para la empresa, circunstancia que también aprovechaba para visitar nuevas casas de juego. Y no

era extraño que, con amigos, viajase exclusivamente a jugar a sitios donde, por una u otra circunstancia, habría alguna jornada atractiva para las apuestas, por lo que no tendría tiempo para atender a la esposa, ya totalmente desinteresada en los asuntos del juego y más estando los dos hijos de por medio que demandaban atención.

Su nueva compañera no sentía el atractivo y hasta el "encebamiento", como él mismo solía calificarlo, en los pocos momentos que protestaba por algún inconveniente que le afectaba, de las relaciones familiares de la anterior esposa, quien hasta sin darse cuenta, por la fuerza de la costumbre, un atavismo muy común, encontró una salida feliz, nada de consuelo, a la soledad que, apenas a los pocos días de casada, empezó a rondarla.

La vida, en aquel condominio, dados sus espacios recreativos, como la piscina, el bar al que sólo bastaba llevar lo que se habría de consumir, la pequeña plaza con unos asientos muy cómodos y diseñados para hacer al mismo tiempo parte de la atracción visual, pues eran por demás originales y con mucho de arte y creatividad. La tenue luz, necesaria para ver allí lo que hubiese que ver y ocultar aquello que se hiciese con discreción, los espacios llenos de árboles que proporcionaban sombra y fresco a cualquier hora del día y la gente que allí habitaba, como una buen cantidad de jóvenes elegantes, cordiales, alegres, atentos y particularmente atractivos, era por demás placentera y dada a no desear estar en

otros espacios, por lo menos con demasiada frecuencia y por mucho tiempo.

Para ella, que se había criado y convivido por años en un mundo distinto, el cual ahora se le antojaba nada atractivo, como antes pudo creerlo, rodeada, como estaba en su nueva vida, de gente parecida a esa que había visto en algunas películas y al cual soñó siempre entrar, donde los hombres y sobre todo jóvenes, la tratasen como una dama, le hablasen con dulzura, de manera elegante, le lisonjeasen con elegancia y nada de rudeza. Le parecía innecesario, por los momentos, abandonar aquellos espacios para volver a lo mismo o, aquellas casas de juego, donde a la mitad de la jornada todos los hombres y las pocas mujeres que allí acudían estarían borrachos, todo el tiempo hablando con rudeza y mal gusto, según su parecer de ahora.

Además, casi todas las noches y los fines de semana, en la plaza, alrededor de la piscina y bajo aquellos acogedores árboles, había reuniones más agradables, sanas que aquellas de las mesas de juego, donde abundaban los gritos, insultos y hasta más de una vez, hombres se iban a las manos o se amenazaban con armas de cualquier tipo, aunque nunca, en su presencia, se produjo ningún desenlace fatal. Además, toda conversación giraba alrededor del juego y alguna que otra vez, acerca de algún negocio fácil que realizar, a lo que aquella gente prestaba particular interés, pues servía a su vez para financiar el juego.

Allí en el condominio, todo era cordialidad, risas discretas, hablar quedo, escuchar piropos que los jóvenes de ambos sexos se dirigían mutuamente y ella, siendo aún muy joven, comenzaba a recibir, sobre todo viéndola entre ellos, ya con demasiada frecuencia y siempre sola, pues a los hijos les dejaba, salvo los domingos, en la casa cumpliendo sus labores escolares.

Además, ya no era aquella jovencita del quiosco, bonita, atractiva dentro de aquel espacio poco exigente, donde su excelente rostro y cuerpo eran más que suficientes para fascinar a la mayoría de los hombres que la miraban, sin fijarse en detalles y menos de esos artificiales y comprados.

Ahora era una bella mujer de acuerdo a los cánones de aquel espacio, como el buen peinado de peluquería, retocado las veces que fuese necesario, ropa de marca que destacaba sus excelentes cualidades físicas, las que no tuvo necesidad de comprar sino con las que la naturaleza y la herencia familiar premió. A lo que le ayudaba su discreta manera de actuar, como hablar poco, sólo lo indispensable, lo que la defendía de las indiscreciones y expresiones que fuesen de mal gusto en aquel espacio y siempre pendiente de escuchar y observar lo que los demás hacían para disolverse con lentitud y cuidado en el mismo.

Por todo eso, el esposo se prodigaba que en su casa nada faltase, pues era una de sus fortalezas para garantizarse una vida plena de "libertad", su compañera de

ahora, como la anterior esposa, comenzó a sentir que él no le hacía falta para mucho, sólo lo indispensable, lo que ella no se pudiese prodigar, pues si bien no tenía familia que visitar o eso no le era muy atractivo, dado que su vida había sido distinta, empezaba a hallar allí lo necesario para distraerse y llenar cualquier necesidad.

Al Primo, su trabajo de gerente le permitía un ingreso suficiente para satisfacer aquellas necesidades y las obligaciones que le imponía la vida. Y en el juego, pese su pasión por él, era por demás discreto y cuidadoso, para que no le causara problemas, como pérdidas no costeables para él. Tanto era cuidadoso que generalmente sus apuestas solían ser de poca monta y así sus ganancias y pérdidas. A veces pasaba noches, una dos y tres seguidas sin hacer apuesta alguna, disfrutando de la emoción del juego, viendo a otros apostar y hasta sirviendo de asesor gratuito y de los "favores" que generosamente prodigaba la casa a su asidua clientela.

Con el rápido correr del tiempo, el Primo, se entusiasmó con otra joven con quien, de manera azarosa, sin previo acuerdo, comenzó a coincidir en las salas de juego y, de lo más rápido y sin complicación alguna, estableció con ella una relación "íntima", que por lo antes hemos dicho acerca de las exigencias y expectativas suyas en ese ámbito, que no iban más allá de encontrar alguien con quien compartir la emoción del juego y todo lo derivado del mismo; por las compañías, reuniones furtivas, imprevistas que surgían de

aquellos encuentros demasiado frecuentes, con tiempo y disposición para acompañarle y acompañarse, de no ventilar otro asunto que no fuese sino eso y no lo pesado y destructivo inherente a una relación formal entre quienes comparten casa y familia.

En ese ámbito y mundo, su escape al exigente y obligado del trabajo empresarial, buscaba alguien que, en su poco tiempo disponible, le hablase del juego por hacer, las partidas y sitios para ellas donde acudir, la estrategia entre el jugar y observar con deleite mientras eran otros los que jugaban, los detalles del juego, las jugadas, las emociones experimentadas por los jugadores y él mismo y su acompañante. No estaba interesado, ganado y menos predispuesto para eso de hablar y entregarse a la de la rutina de una casa y familia, ya le bastaba y aburría la empresa. La compañera ideal era aquella que le acompañase a jugar, compartiese con él, el placer del juego y hasta las relaciones íntimas se vinculasen al juego y fuesen como un apostar y unos dados que corren sobre una mesa y se encuentran, golpean y ellos viajando de espaldas a los dados que les atrapan y apretujan y el orgasmo compartido con un gritar "¡ganamos!" y hasta "¡perdimos!", pero igual lo disfruten en común. Que viese en el As de bastos lo que él miraba en el As de oro, una hermosa vagina dorada, de las que tanto gustaba, tanto como que, cuando con aquella carta tenía en la mano, se sentía invencible y todas sus jugadas las hacía en función de ella, mientras

la acariciaba con lujuria, sin dejarse ver por nadie la debilidad de su juego.

Una mujer que con él al lado, al final de una partida, la llegada de los caballos, ya cansados, a la línea final o al oír cantar los números de la lotería, sintiese el besarse en los labios y apretar el cuerpo de uno al otro y como si uno se disolviese en el otro, se mezclasen. Así estuviesen por un rato y luego la delicia del regreso cada uno a su cuerpo, lentamente y a recoger sus cosas y volver a como antes estaban, celebrarlo con un trago y disponerse para la próxima partida o jugada, aunque en algún u otro caso, que pudiese ser toda una y dos noches, ninguno de ellos apostase, sino sólo mirasen a otros jugar, de igual manera sucedería y sentirían todo aquello. El sentimiento y la emoción de ambos permanecían intactos. Esa era la mujer ideal y la que en verdad falta le hacía.

Su primera esposa, si acaso alguna vez le entusiasmó el jugar, fue en aquellas partidas de lotería casera, hechas en la intimidad de su familia, donde cada quien adquiría por una módica suma –según su percepción–, que solía ser muy discreto y cuidadoso. Y eso no parecía tener nada de lo que llaman lúdico, palabra para él llena de magia, misterio y de cosas que llevaban a lo oculto, misterioso y hasta placentero. Como entre el bien y el mal, lo pecaminoso y todo lo hermoso dispuesto por el Creador a disposición del hombre con su anuencia y sin sanción. Porque hay, llegado a este punto que, para

él, el juego debía ser limpio, honrado, en su cultura lúdica no había cabida para las trampas y los engaños, eso le quitaba emoción, misterio y el alma hermosa al juego y al jugador.

La segunda –la actual pero no por mucho tiempo–, aunque le gusta jugar, pues en su quiosco no sólo vendía billetes de lotería, también de animalitos, ella participaba como apostadora y compartía comentarios sobre datos y sueños, y compartió con él jornadas inolvidables, pero se dejó atrapar por eso de la casa, los hijos y ahora el atractivo del condominio y unas amistades demasiados cursis y formales para él, donde hasta la palabra juego causaba como alergia y a los jugadores no les miraban bien, no les veían como él se miraba, un artista, orfebre fino, cantante clásico, soñador de los mejores sueños, sino como potenciales tramposos, tipos nada dignos de confianza y poco respetables. Allí prevalecían otros valores, como el comprar y vender. Y guardar lo comprado a espera que suba de precio para ganarle más, las inversiones en la bolsa, cazar a alguien que necesite vender algo agobiado por alguna circunstancia y de eso valerse para imponerle un precio que produzca una alta ganancia y hasta prestar un servicio encareciéndolo con alguna bambalina. ¡Pero juego! No. Eso es indigno.

Y esa cultura, más la casa y los muchachos, lo desprendieron de ella y se lanzó a jugar sólo por un tiempo, percatándose que aquello le restaba placer al juego y

él no parecía disfrutarlo en esas condiciones, estaba hecho para hacerlo emparejado y con el sexo opuesto.

La primera noche que la vio, en uno de aquellos espacios por él frecuentados, le llamó la atención. Era una joven hermosa. Andaba dentro de un grupo de amigos que lo eran también de él a fuerza de verse y compartir momentos como el de esa misma noche. A medida que pasaba el tiempo y las jugadas, comenzó a percibirla como alguien que no estaba allí por casualidad, por pasar una noche con los amigos, sino porque sentía necesidad de estarlo. Eran un peces llegando a el mar.

Además, de tanto observar a la chica, pudo convencerse que, pese estaba en medio de aquel grupo, andaba sola. Quizás, juzgando por sí mismo, pensó que estaba allí, rodeaba de amigos que le hablaban, comentaban sobre el juego, le hacían observaciones, le susurraban al oído algún detalle, de esos que los jugadores expertos saben atrapar y hasta simplezas, como que quien está ganado siempre juega invirtiendo los números como el 62 y el 26 o el 66 y 22, pero estaba sola. Le hacía falta alguien que, con ella se montase de espaldas sobre los dados o mirase las cartas más allá del simple significado, el común, de lo lúdico.

Hablando con los amigos supo mucho de lo que ella era. La joven no vivía del juego, pues aparte de ser muy pocos quienes de eso viven, por aquello de que la "única que siempre gana es la casa", no dispondría de suficiente dinero para invertir, ganar y de allí poder

cubrir sus necesidades. Y estas, al parecer, eran algo muy por encima de un simple jugador sin capital ni maña, como tener un pequeño automóvil, vestir de lo mejor y hasta sin caer en exageraciones, ni tentaciones para los delincuentes, exhibir ciertos detalles, como collares, prendedores y hasta relojes, si para hacerse más atractiva hasta al más exigente que la mirase en los espacios donde iba. A quien, con todo aquello, además, advertía y a ella pretendiese acercarse con la intención de establecer alguna intimidad.

Pero también disponía de recursos para apostar en el juego en lo que otra vez invertía cantidades que hablaban de un muy envidiable ingreso o de recursos.

Al fin pudo descubrir sus secretos, una noche, ya entrada la madrugada, saliendo del local donde habían estado jugando esa noche, se pusieron a conversar de manera distinta y de cosas diferente a las que habían venido hablando desde la primera que se vieron y, pese, desde bastante tiempo atrás, le venía prestando interés, pero el placer y hasta el poder y la atracción que el juego ejercía sobre él, le desviaba de la atención hacia ella, de quien pronto se olvidada, hasta la próxima que la encontraba.

—¿Te vas sola, no temes que algo pueda sucederte? Recuerda que a estas horas esta ciudad se vuelve peligrosa.

Así habló a la joven, quien ya en la calle, procedía a abordar su vehículo. Tanto él como ella, además de

la embriaguez del juego, portaban la de las copas que habían consumido. Uno y otro, además del cansancio y la tensión que el juego demanda, estaban también afectados por los tragos, pero todavía les quedaba fuerzas para intentar una nueva aventura. Y justamente, eso lo supo esa noche, de eso vivía la chica, del juego, al que era aficionada, pese se cuidaba de no cometer excesos, le servía de oportunidad para hallar su clientela.

Y fue aquella la primera vez que no volvió a su casa de madrugada desde que vivía con su segunda esposa.

Y esta vez, los acontecimientos se desarrollaron con la misma velocidad con que los dados corren sobre la mesa y los galgos en el canódromo, visto el asunto desde la perspectiva de quien poco interés o ninguno les presta, de manera indiferente, que está allí como se dice por no dejar o por acompañar a alguien sólo por tomarse unos tragos, por simple casualidad, haber ido en busca de alguien por razones ajenas al juego, como caballos que corren exigidos por los jinetes a fuerza de látigo y espuelas o, galgos, tras la liebre, siempre programada para escaparse a mayor velocidad que ellos y hacerse inalcanzable.

El Primo, en breve tiempo, se mudó con su nueva compañera a una casa muy modesta, de esas enclavadas en una urbanización construida por el antiguo Banco Obrero, habitada básicamente por la clase trabajadora.

Y, pasó el tiempo, se divorció y volvió casar; la nueva compañera se cuidó de no tener hijos y él mismo puso

empeño para que aquello no pasase y pudiesen los dos disfrutar juntos el placer de estar tanto tiempo como fuese posible, en las casas de juego.

—Voy al trabajo, ya sabes, a la seis de la tarde nos encontramos en el sitio acordado. Vete en taxi.

—Está bien, allá nos vemos. Cuídate. Eso sí, no te olvides de llamarme al mediodía.

Y esa escena y parlamento se repetía todos los días, de lunes a viernes. Y juntos dormían donde les agarrase la hora de hacerlo, que podía ser su casa u otro sitio.

Un bien día, al Primo, le llegó la comunicación que le informaba había sido jubilado, pasase por donde en estos casos se hacían los arreglos correspondientes. Y entonces, quedó libre, para entregarse por completo al juego y estar más tiempo con su nueva compañera, montados sobre los dados, aprisionados entre ellos, estrujándose entre el as de basto y el de oro de las barajas españolas de "Heraclio Fournier". Sintiendo la sensación de ir los dos montados en la silla del caballo de adelante o del que marcha más atrás, al cual apostaron y al final, sin importar quién hubiese llegado de primero, sentirse ambos jineteando, como si fuesen los dos uno sólo, al caballo que primero rebasó la línea de llegada.

El señor Carlos, con su joven amigo y paisano quien se colocó –muy estudiadamente– a su espalda, se dirigió a la mesa de dados. Desde que comenzó a acercase saludaba a todo aquel que encontrase a su paso y sin aspavientos, pero con estudiado entusiasmo, movimientos de cabeza y, de brazos, a aquellos que desde lejos identificaba, como a los tantos ganaderos, dueños de fincas que en esos días había visitado y muchos conocido o simplemente vistos en aquel mismo espacio u otros y hasta en la calle, restaurantes y bares y sitios de juego. Eran todos ellos como él, hasta ese momento, perdedores y sabía que, en la intimidad de cada uno, se anidaba el deseo que alguno los vengase a todos.

Fue esa su manera al inicio, no sólo de hacerse notar, sino de asegurar su simpatía, recordarles del lado que estaba allí cada uno de ellos y garantizar el respaldo que habría de necesitar de todos los perdedores, en

el momento de la venganza, el que, según sus planes, estaba por llegar.

—Hola, ¿Cómo está don Fernando? Recuerde la propuesta que le hice. Espero que para mañana haya tomado una decisión sobre el negocio que le propuse.

—Descuide Don Carlos, para mañana seguro cerraremos ese negocio. Tengo ya una respuesta que sé le gustará, pero es asunto de hablarlo con detenimiento y cuidado.

Y así, habló con cuantos pudo, de un asunto u otro, hasta convenir un encuentro para el día siguiente, después del último fuego artificial y haber descansado un poco, reunirse para echarse unos tragos y hablar antes de la despedida y dejar firmada y sellada la amistad nacida en esos ajetreos de fiesta y juegos, hasta la próxima visita o, quizás al siguiente año, cuando se repitan las fiestas.

Llegó a más, en su camino, desde la barra del bar hacia la mesa donde los dados corrían alegres, como si estuviesen conscientes del placer y beneficio que le producían a la casa desde que comenzaron las fiestas, y esperasen alguna compensación parecían decir: "estamos ganando y mañana nos toca a nosotros", dándose por desentendidos de la carga extraña que alguno portaba o el vacío de otro que en alguna esquina aumentaba o disminuía sus pesos, la pequeña desviación de un tercero en alguno de sus planos, mientras hacia todo aquello antes descrito, logró reunir un pequeño grupo de "amigos" de esos días, entre aquellos que veía como

más propensos a manifestarse con la voluntad e indiscreción necesaria para lo que tenía previsto, sin que nada supiesen y menos fuesen cómplices, sino simples solidarios con alguien que le ganó a la mesa, cosa poco frecuente y allí, brevemente, les habló, abrazó, como en una despedida adelantada, por si no nos vemos mañana, hasta les hizo un chiste y a cada uno, con las manos, le dio muestras de cariño y buena voluntad.

Y, a cada uno y hasta en un tono ligeramente alto, como para ser escuchado por buena cantidad de gente que se mantenía alejada de la mesa y en veces hasta como quien se confiesa privadamente con alguien, le decía:

—Aquí estoy otra vez. Dispuesto a perder algo, pero todo sea por las fiestas.

Al fin, después de todos aquellos arreglos, llegó al borde la mesa y en los primeros momentos se dedicó a observar los detalles de ella misma, cada una de sus patas, el mantel, que era el mismo de los días anteriores; con disimulo, miro hacia el piso, intentando cerciorarse todo estaba como antes y luego a las personas que estaban dispuestas a participar en la jugada.

Había observado antes, sin preguntar nada para no llamar la atención de quien estuviese prevenido frente a algo, en actitud de desconfianza, que allí no se practicaba lo de lanzar los dados por parte de quienes participaban en la jugada. Pero había dos hombres que se rotaban. Estaban encargados por la casa de dirigir

y controlar el juego, manejar las apuestas, cobrar por la casa, pagar a los ganadores y escoger, –como si lo hiciesen improvisadamente–, entre los participantes, quienes se encargasen de hacer de lanzadores, en algún caso especial y como una gracia, un espectáculo. Es decir, aquellos dos, eran los "crupieres" oficiales. Y había un tercero, que fingía estar desligado de aquellos y aparecía como uno de los jugadores, quien alguna que otra vez hacia apuestas de poca monta. Esa era la rutina.

Los dos primeros, según su observación, hacían de lanzadores, dos veces seguidas cada uno. Cumplido este ritual le correspondía al tercero, salvo que, procurando siempre hacerlo de manera jocosa, simpática, dejaba que aquella tarea la cumpliese cualquiera de los jugadores. Y esto ocurría siempre que las apuestas eran de poca monta. Es decir, había tres lanzadores por parte de la casa, lo que garantizaba que esta estuviera metida en la mayoría de los lanzamientos.

A estos tres, a quienes identificó desde la primera noche, particularmente al tercero, porque los dos "oficiales", no fingían, sino al contrario aparecían identificados, por obligación a sus labores. Detalló casi milimétricamente, hasta el más mínimo detalle, gesto y movimiento, las maniobras que realizaban al lanzar los dados. Como les tomaban, acariciaban, pesando cada uno, dándoles la colocación convenida y la fuerza del movimiento inercial que les llevaba a correr sobre la mesa, las irregularidades del paño, el número de vueltas

que daban y el sitio donde siempre terminaban su carrera. Cada lanzamiento, por ellos ejecutados, obedecían a unas establecidas leyes físicas, con pequeñas variantes que él pudo también precisar.

Desde la segunda noche, haciendo anotaciones en instantes que iba al baño –más con ese fin que por otra cosa–, pudo precisar y predecir con anticipación cómo caerían los dados al ser lanzados por cada uno de los tres.

Además, jugador al fin, de quien nadie sabía nada en aquella sala, salvo el joven amigo que marchaba a sus espaldas disimuladamente, cargaba en los bolsillos de sus pantalones dos juegos de dados, hechos a la medida idénticos a los que allí usaban, con iguales mañas, sus leves e imperceptibles veleidades, que le permitían a quien les conocía, saber del lado que caerían, casi le hablaban y le decían sonrientes sus secretos.

¿Y cómo hizo eso Papaíto?

—¿Señor Lucero? –preguntó alguien entre las personas que le rodeaban– ¿Y Papaíto pudo conseguir los dos números de lotería que pensó debían ganar el primero y segundo premio? ¿Y cómo hizo, si eso es tan difícil?

—Sí eso es difícil. Pero Papaíto tenía todo cuadrao.

—El "Negro" Subero, el chofer de Caigüire Arriba que hace viajes a Caracas, se encargó de ese mandao.

En efecto, el chofer arribó a Caracas el domingo, el día siguiente de cuando Papaíto rindió cuentas a su jefe.

Después de repartir los pasajeros, se encaminó hacia Petare donde vivía su hermano "Estebita" Subero, quien desde hacía unos años, había entrado a trabajar en la Agencia Principal de la Lotería, donde había alcanzado un cargo de relativa importancia, conocía bien los asuntos relacionados con ella y tenía excelentes relaciones con todo el personal.

—Bueno Estebita, el asunto es este. Necesito que mañana mismo tú me compres los números 00828 y 00878. Los dos billetes completos.

A lo que Estebita respondió:

—¡Claro! Tienen que ser completos. En la Agencia Principal, donde trabajo, no se venden por quinto, ni medio billete.

—Sí, eso lo sé. Pero métete esta vaina en la cabeza, –continuó hablando el "Negro" Subero–. Por nada del mundo compres otro número que no sean esos. Si compras otros seré yo quien pierda los reales, porque a quien le hago este mandao me lo advirtió.

—¿Y cuánto hay exactamente pa eso? –preguntó Estebita a su primo.

—Bueno está cuadrao. Te pagaré 150 bolívares por ese trabajo hecho como debe ser. Ahorita mismo te adelanto la mitad y la otra mitad cuando mañana en la tarde, al regresar del trabajo, me hagas entrega de los números.

Estebita se sintió entusiasmado por la oferta y, sobre todo, por los 75 bolívares que su primo le estaba entregando, pues todo eso, comparado con su ingreso mensual por trabajar en la lotería, era algo como lo correspondiente a un poco más de una quincena.

No obstante esto, se sintió tentado a preguntar a su primo por lo misterioso y hasta sugestivo que había en aquello.

—¡Coño hermano! ¿De dónde sale esta vaina? ¿Usted está loco? ¡Arriesgando tanto real sin sabé si va a ganá

y cuando lo más seguro es que no gane! ¡Eso no es sino una pará a lo loco!

—Tranquilo, hermano, esos reales no son míos, ni soy yo quien va a comprá esos billetes. ¿Tú estás loco o crees que yo lo estoy? ¡Ni pendejo que fuera! ¿De dónde voy a sacá yo tanto real pa eso?

— ¿Y entonces? –insistió Estebita.

—¿Tú te acuerdas de Papaíto, el de la planta eléctrica?

— ¡Claro! –contestó Estebita.

— Bueno, –siguió hablando el "Negro"– tú sabes que ese carajo se la pasa en esa vaina de jugar la lotería y pensando en los números que van a salí y de cualquier vaina se pega pa imaginá el número ganador, aunque nunca pega una.

Tomó un poco de aire y siguió explicando:

—Tu bien sabes que allá, no es posible que él consiga estos números que inventó qué van salí y por eso me pagó, para que también a ti te pagara, pues sabe que tú trabajas en la lotería y puedes comprar esos números.

—¿Ese carajo se volvió loco? ¿De dónde sacó tanto real? ¿De dónde saca que esos números van a salí, si eso no lo sabe aquí nadie? ¿Si esos números los saca gente de la calle, del primero que pase, que el presidente de la lotería invita el día del sorteo una por una, a varias personas para que saquen los números? ¡Eso, primo, no lo sabe la virgen del Valle y menos Papá Dios!

Todas esas preguntas y opiniones, una tras de otra, casi sin respirar, emitió Estebita, asombrado por aquella

loquera de Papaíto, poniendo al final, oriental al fin, por delante de Dios a la Virgen del Valle, la del Valle del Espíritu Santo de la isla de Margarita.

—Si hermano, todo eso mismo pienso yo. Pero ese no es problema nuestro. Lo tuyo y lo mío en este asunto es que, nos vamos a ganá unos reales y, como él me dijo, casi con seguridad, si gana nos da otra parte, quien quita que, sin arriesgar nada nos ganemos algo más. En todo caso, tú y yo nada vamos a perdé.

—Claro está bien, no nos vamos a poné a buscarle cuatro patas al gato, allá él con su rollo y sus loqueras. Vamos a lo nuestro. Mañana en la tarde cuenta con esos números para que se los lleves.

Al día siguiente, lunes, Estebita llegó más temprano de lo acostumbrado a la oficina, antes se había tomado su café abajo y esperado que llegase a ese mismo espacio, donde tenía previsto abordarlo, el encargado de la distribución de los billetes a partir del mediodía, los que había recibido el sábado.

Cuando propuso aquella extraña cosa al funcionario competente, este reaccionó de la misma manera que, cuando su primo, el "Negro" Subero, se la hizo a él. Y la pregunta inicial fue la misma y la respuesta:

—Ese un loco, pero buena vaina, que allá, se le metió en la cabeza que se iba a ganá la lotería y me pidió el favor se los consiguiera.

—Es un buen amigo y, pese sé, es una locura, si no se los consigo va a pensá que me porté mal con él y no quiero eso ocurra.

—Tranquilo –le respondió el amigo– dame los números que ahorita, al subir, te los aparto para que, en media hora, vayas a buscarlos. Eso sí, lleva la plata.

En la tarde, de acuerdo a lo convenido, Estebita tuvo en manos los dos billetes, numerados tal como lo solicitó Papaíto y, en las primeras horas de la noche, se los entregó a su hermano, el "Negro" Subero. La primera parte del plan se había cumplido, ahora había que esperar lo que decidiese el destino. La vida de Papaíto, estaba marcada, a partir de ese momento, para transcurrir como en un regresar a la niñez, la juventud, experimentar deseos insatisfechos, contrarrestar frustraciones, una vida como irreal, comprada, acomodada por un cineasta, novelista de folletín, llena de fantasías, para más tarde, despertar de nuevo a su irrenunciable realidad.

Juan Lucero, volvió a solicitar le diesen otro vaso de agua, parecía sentir un gran placer y como obligado, en nombre la empresa y de sí mismo, en ser portavoz de aquella historia que hablaba del amigo, de la osadía de quien montaba los postes con enorme rapidez y agilidad, arreglaba las averías con prontitud y eficiencia y siempre dispuesto a colaborar con la comunidad en lo que fuese necesario, más allá del deber, como aceptar posponer el pago de los recibos para cuando la gente dispusiese del dinero.

Ahora, sin que nadie le preguntase, se explayó a hablar de Papaíto y de las confesiones íntimas que este le había hecho que explicaba aquel gesto que fue como una manera de alzarse contra le empresa en la cual trabajaba casi desde niño.

Papaíto, antes de salir para Caracas a cobrar sus dos premios, el primero y el segundo, como hombre

responsable y respetuoso con sus obligaciones y deberes, el lunes muy temprano, habiendo escuchado por la radio los resultados de la lotería, se presentó a la empresa a informarle a su jefe acerca de aquello y sobre lo que se proponía hacer, como renunciar al trabajo que venía haciendo, responder por la deuda que había contraído, ya que allí y en esos tiempos, los trabajadores no gozaban de ningún beneficio que no fuese el mísero salario y entregar lo que era menester, como las herramientas y útiles del trabajo que no eran suyos y hasta a ofrecerse para instruir a su sucesor acerca de los detalles del trabajo que no pudiesen estar en lo inmediato a su alcance.

—Buenos días jefe. ¿Cómo amaneció hoy?

—Bien Papaíto. ¿Y tú cómo estás?

Hablaba sonriente y su jefe le notó particularmente extraño, por lo que preguntó:

— ¿Tú qué te traes entre manos? Te noto extraño. Muy alegre y hasta como con una sonrisa medio irónica. Es más, has llegado más temprano de lo habitual.

—No jefe, olvídese, no hay ironía en mí. Sucede que vengo a decile que, en dos o tres días, cuando regrese de Caracas, le pagaré su deuda. Y desde ya lo invito pa qué, en el Bar Sport ese día, nos tomemos una botella o las que usted decida.

Ahora fue el jefe quien sonrió ampliamente y pregunto:

—¿Qué quieres decirme con todo eso?

Papaíto se había sentado, como de costumbre, del otro lado del escritorio, sonrió ahora con amplitud, se levantó bruscamente, pegó un salto y le grito, mientras extendía las manos hacia su interlocutor:

—¡Coño, jefe! ¿Qué me gané el primero y segundo premio de la lotería!

Mientras decía lo anterior, dando cortos saltos y bordeando el escritorio, se fue acercando a su jefe y ambos se fundieron en un abrazo.

—Bueno Papaíto, no es que te esté echando, pues esta siempre es y ha sido tu casa, te puedes ir si quieres y volver cuando te parezca, al fin y al cabo, aquí estás en lo tuyo, pero necesito saber de tus planes.

Sin quererlo, porque eso es bueno decirlo, el jefe le estaba recordando a su empleado y subalterno que ese había sido su lugar y seguiría siéndolo, pese las vueltas que diese el trompo y por eso:

—Aquí Papaíto, las puertas siempre estarán abiertas para ti.

El jefe no era un filósofo, astrólogo o adivino, sólo que era esa la habitual formalidad de despedir a un amigo y más cuando este, como Papaíto, había servido a la empresa con tanta diligencia, dando todo lo mejor de sí pese, aparte del tratamiento "amistoso y respetuoso" que se le daba, no era bien recompensado. Pero al decir aquello estaba como dictando una sentencia, algo así como:

—Volverás sobre tus pasos, a lo que te corresponde hacer y aquí, con los brazos abiertos, te estaremos esperando, pues nos haces falta. Eres parte de este espacio. Este es tu lugar.

No obstante le comentó:

—Siendo así, como dices, que ganaste el primer y segundo premio de la lotería, eres rico y millonario. Podrías hasta invertir en la empresa, para ampliarla y seríamos socios. Piénsalo. Cuando vuelvas de Caracas, mientras nos echamos esos tragos, podríamos hablar de eso.

—Por supuesto –dijo Papaíto, sin mucha convicción– hablaremos de eso.

—¿Papaíto con quién crees podría sustituirte? –preguntó el jefe.

—Dentro de la empresa hay dos o tres, pero si piensa meter a alguien de fuera, yo le recomendaría a Juan Lucero, el electricista que usted contrata cuando hay emergencias. Conoce bien el asunto y es muy buena gente. Es de confiar. Se lo recomiendo.

Era en Juan Lucero, justamente, en quien el patrón estaba pensando.

— Bueno, ¿qué te parece si ya lo mando a llamar, porque ese anda por aquí cerca, para que hables con él, le entregues esos implementos que trajiste y, por lo menos, le pongas al tanto de los detalles que crees debe saber?

—Esta bien, pa luego es tarde, porque mañana mismo salgo para Caracas con el "Negro" Subero a cobrar

mis premios y quizás vuelva el fin de semana y usted necesita se ponga a trabajá ya.

Juan Lucero extendió la mano para recibir el nuevo vaso de agua que le ofrecían, hizo una pausa, y como gozando que su amigo y colega ahora tenga tanto real para convertirse en socio de la planta y yo trabajando a su lado como hombre de confianza, pero también por el privilegio de sustituirle y ser el portavoz de aquella noticia, sonrió con amplitud y hasta evidentes muestras de alegría.

Cuando Juan Lucero llegó a la planta que fue casi de inmediato, pues siempre por allí rondaba atento le saliese algún trabajo, el jefe le informó que había decidido contratarle en sustitución de Papaíto, para lo que solicitó le diese de inmediato una respuesta.

—Bueno –le dijo el jefe– entrarás como personal fijo, con el salario que conoces, el mismo de Papaíto, 10 bolívares diarios y trabajarás 8 horas diarias de lunes a sábado. Si estás de acuerdo manifiéstate, porque eso hay que decidirlo ya.

—Bueno jefe, claro que sí. ¿pero puedo preguntarle qué pasó con Papaíto?

—No, Juan Lucero, eso no es asunto de mi competencia. Si quieres saber pregúntale a él que está allá atrás esperándote para ponerte al tanto de los asuntos del trabajo.

—Bueno Juan, ya sabe lo que tienes que hacé. Llévate bien con la gente, porque así te ladillan menos

y hasta te ayudan a cuidá las líneas. Si les tratamos mal se vuelven contra la empresa y esta, aunque no lo sea y ni siquiera lo parezca, para ellos somos nosotros. Y toda su inconformidad la pagamos tú y yo. Ya sabes sobre la rutina, los puntos donde siempre habrá sobrecarga y todos los detalles que te hablé. Y a la gente me la saludas. Que los voy a extrañar mucho y que a lo mejor volvemos a vernos porque "el hijo bueno siempre vuelve a casa".

Así, tan largo, habló Papaíto a Lucero después de instruirlo en detalle sobre los asuntos del trabajo.Al final, antes de la despedida, Lucero le preguntó:

—¿Qué vas a hacer ahora Papaíto con tanto real? Ahora eres otra persona. ¿Cómo se te ocurrió esa vaina de echá el resto, jugarte el todo por el todo, corriendo el riesgo de terminar en la cárcel por ladrón?

—¿Quieres sábelo Juan Lucero? Pues, te lo voy a decí y si quieres cuéntaselo a quien puedas a lo mejor creamos entre los dos una religión. Y hazlo, dilo porque si no, no valdría la pena habételo dicho.

—Mira Juan, cuando comencé a trabajá en la empresa yo era un carajito, se estaban tirando las primeras líneas. Mi jefe, el padre de tu jefe ahora, era sólo un poco mayor que yo. Yo he llevado sobre mis hombros esta empresa y pese eso, el trabajo no me ha ayudado mucho, estoy como en la misma orilla de cuándo arranqué.

Papaíto siguió hablándole, mientras Juan Lucero escuchaba hasta más atentamente que cuando le explicó

lo relativo al trabajo que debía hacer desde ese momento en adelante.

—He terminado creyendo, por lo que veo, que el trabajo no lo hace todo, como me dijeron en mi casa y en la poca escuela que tuve. A la vida hay que hacerle sus trampitas como hacen los tiradores de dao y los mismos de la lotería que, con los reales de uno, pagan los premios, a quienes le trabajan y, todavía, la mayoría de los reales de por medio, les queda a ellos.

Papaíto le explicó y aclaró:

—Si Juan Lucero, yo creo eso y lo he intentado toda la vida. Pero aprendí dos cosas, que por mucho que uno trabaja no gana lo que debería, mientras otros, si y bastante. Eso como que funciona para unos y para otros no. Tú y yo estamos entre los últimos.

Y dijo Papaíto:

—Eso sucede porque uno aprendió y porque eso le enseñan, los padres de uno y las escuelas, que son buenas, pero tienen, como todo, sus caídas, que trabaje duro para ganase la vida y a otros que vigilen de cerca a los que trabajan para sacarles el futre.

—Juan Lucero, si fuera por el sólo trabajá tú y yo deberíamos estar llenos de real.

Juan Lucero recordó haber escuchado mucho de eso a Federico Rondón, obrero como él, de quienes promovieron la huelga de los trabajadores de la fábrica textil, aquella cuyos restos todavía quedan dentro de aquel lúgubre edificio que está a lo largo de la calle que

por eso se le llama "de los telares". Lo ha escuchado, cuando por casualidad se la ha hallado en algún parte de la ciudad, siempre rodeado de gente que le pregunta y él se explaya a explicar su causa. Y lo ha escuchado cada noche que se acerca a la plaza 19 de abril, donde los muchachos del Liceo Antonio José de Sucre conversan, siempre en voz baja lo que no impide que, gente como él, por ellos conocido, pueda escucharles. Es más, en veces, parecieran poner interés se les escuche y encontrar quienes lleven más allá ese mensaje. Por eso mismo, Papaíto le dijo:

—Si quieres cuéntaselo a quien puedas y dilo porque si no, no valdría la pena habételo dicho.

Por supuesto, Papaíto no era un militante como el sindicalista que mencionó Juan Lucero, sino un soñador que se cree con derecho, por su esfuerzo, a recibir, de alguna manera los provechos del trabajo y por eso cree, que no basta con trabajar, pues eso bien lo sabe, hay que ayudarse con unas trampas, como lo hacen los jefes y los trabajadores deberían intentar hacer las suyas.

Y dijo Papaíto:

—Sabes Juan Lucero, los obreros hacen sus huelgas para intentar les paguen algo de lo que siempre hacen. Lo que no es nada comparable con lo que ellos producen a la empresa. Pero esas huelgas no traen buenos resultados.

Y le contó cómo no solo por la huelga, la empresa terminó cerrada. Las máquinas se las llevaron para

Caracas y con ellos a aquellos obreros que, en aquella acción no participaron, para seguir pagándoles lo mismo. Muchos quedaron desempleados y más pobres que antes y otros hasta terminaron en la cárcel porque el gobierno, que "no sé por qué" siempre se pone de parte de los dueños, juzgó aquello como un delito y dijo Papaíto:

—A aquella huelga, el gobierno la calificó como un acto de rebelión, un alzamiento contra el orden y, entonces, también un delito. Y por eso, los cabecillas y los cercanos a estos, todos están presos en la cárcel al final de aquella calle en la subida que lleva al cementerio.

Papaíto dijo que él había tomado otro camino. Buscar la manera de ganarse lo que el trabajo no le había permitido.

—Dios no tendrá otra cosa que hacer que perdonarme, porque "ladrón que roba a ladrón tiene cien años de perdón". No he robado. Si perdía, de todos modos, iba a pagar una deuda en la que me metí con el patrón, a pesar que él tiene una mayor conmigo. Sabe el "Señor" que buscaba la justicia, quizás por mi propia mano, pero si espero la de otro me iba a quedar viendo pa arriba. A veces creo que Dios también está de parte del patrón.

Eso sí, Papaíto advirtió que eso no era nada personal con su patrón a quien tenía mucho afecto y no dejaba de mostrarle respeto y amistad. Lo suyo era una venganza contra todo aquello que permitía e incitaba

al patrón, que tan buena gente es, que hiciese lo que todos ellos hacen.

—Mira Juan Lucero, el patrón es buena gente, mejor gente quizás que los otros patronos que conoces, se sacó una lotería. Entonces ¿por qué no podemos ganarla tú o yo? El asunto es atreverse y saber cuándo y cómo apostar en ella.

Y al final, antes despedirse, dijo Papaíto una cosa que dejó pensativo a Juan Lucero:

—Mira, Juan Lucero, yo pienso, poneme a viví un tiempo como los ricos. Claro, un rico que trabajó. Veré si me gusta y me quedo con ellos. Y para eso, pudiera aceptar la que me propone el patrón, pasame pa su lao. Voy a pensálo, pero primero a viví como es eso y ver si me lo aprendo. Uno con los años termina teniendo sus mañas, sueños dicen y a lo mejor vuelvo por lo que siempre he sido.

El Primo se sintió tentado por la oferta de un amigo.

—Primo, tengo un negocio para los dos, escucha esto y dame tu parecer.

—¿De qué se trata primo? Dime.

—Bueno, ¿sabes del local hípico que queda en la vía hacia el sur, aquel que está detrás la bomba de gasolina, esa donde hay un centro comercial?

—¡Claro primo! Yo he estado allí varias veces. Es espacioso para el ajetreo de la caja y los apostadores, hay un pequeño bar y un localcito más discreto para otro tipo de jugada.

—Bueno, escúchame, –continuó su amigo hablándole al Primo– El bar tiene licencia para expender bebidas alcohólicas. Bueno, me lo están vendiendo. Y por las informaciones que tengo, eso deja una bola de billete a la semana.

El Primo, reaccionó entusiasmado y agregó:

—¡Claro! Lo imagino. Por la cantidad y calidad de la gente que allí va a jugá, supongo eso. Además, el sólo alquiler debe ser caro, lo que también es bueno para calcular como se mueve allí la plata. ¿Pero por qué lo están vendiendo?

—Bueno chico, lo que sé y de muy buenas fuentes es que ese negocio es de dos hermanos italianos y tienen problemas entre ellos por el manejo del negocio. Parece que quien lo maneja, uno de los hermanos, juega mucho y en cada jornada de juego pierde más que la casa y no les está yendo bien y por allí hasta se prendió un brollo familiar.

—¿Qué te parece? –terminó preguntándole el amigo.

—Bueno, chévere. Me viene de perla ahora que estoy jubilado.

—En eso pensé yo. Para que tu manejes ese negocio, ya que por mis ocupaciones no puedo hacerlo y además tienes experiencia.

—Bueno chico, averigua los detalles del asunto y cuadramos el negocio entre los dos.

El amigo del Primo, pasó por alto un detalle importante y este mismo, también. La propuesta se hacía a quien, en cierto modo, era un jugador persistente, aunque controlado, siempre había estado del lado de los apostadores y sujeto a mecanismos que le ayudaban a ser discreto en la jugada. Nunca había estado del lado de la casa y por supuesto, no había experimentado que, del lado en el que ahora empezaría incursionar, no sólo

se participaba en el juego y las apuestas, sino que se optaba por ganar o perder, como cualquier jugador, aunque sabía por experiencia que, por distintas circunstancias, asunto ajeno al azar y si la realidad, "la casa siempre gana", porque generalmente son más los que pierden que los que ganan, como es mayor casi siempre la cantidad de dinero que la casa gana que la que debe pagar a los apostadores, tenga más opciones de ganar. Claro, hay sus momentos en que la casa pudiera salir perdedora, pero son tantos en los que gana que eso no le ocasiona inconvenientes ni pérdidas.

Se hicieron socios en aquel negocio, era un espacio grande, que formaba parte de un conjunto o Centro Comercial, de espaldas a una estación para surtir gasolina a vehículos, en una zona muy atractiva y frecuentada por gente de elevados recursos.

—Eso sí, Primo –le dijo su socio y amigo, hablándole a él y su compañera–, hay que tener claro un asunto. Cuando se está del lado de la casa, se juega y apuesta como cualquiera de esos que aquí llegue con ese fin.

Hizo un paréntesis, pues intentaba llegar hondo a la conciencia de su amigo, a quien sabía jugador, que asumiese aquel asunto con la debida ponderación y conciencia y luego agregó:

—Al desempeñar el rol de la casa, estás jugando. Ya no necesitas estar del otro lado. Ahora estás en uno, donde casi siempre ganarás. Habrá algún momento por demás azaroso, contingente en el que la casa pierda,

pero pasa las aguas, en ese mar, rápido y vuelven a su nivel.

—¿Me estás diciendo que no juegue, no apueste?

—No primo. No digo eso, pues al estar en el papel de la casa estás jugando. Lo que te digo, para que estés seguro de ganar, es que no juegues del otro lado. No apuestes contra la casa, pues corres un riesgo innecesario.

—Debes aprender rápidamente a sentir el placer, la emoción del juego, estando del lado opuesto al que siempre has estado. Es lo mismo, se trata de entender que juegas otro papel. Ellos apuestan y tu aceptas. Ganas tú o ganan ellos. Sólo que ahora, casi siempre ganarás tú.

El Primo intento, mientras escuchaba a su socio hablarle, ¿cómo emocionarse con el correr de los caballos, que pudiera ser los dados, sin montarse sobre ellos, lo qué más le gustaba, aunque perdiese y que al final terminase ganando un caballo o jugada que no fue a lo que apostó? Y luego en su casa, día tras día, mientras pasaban las semanas aquello intentaba y no podía lograr lo que su socio quería. ¿Cómo emocionarse sabiendo de antemano los resultados?

En efecto se trataba de un local donde se apostaba a los caballos, contaba con un amplio salón, y a lo largo de este, colocados con rigurosidad, tres televisores muy grandes, destinados a hacer que el apostador se sintiese dentro de la misma pista de carrera y hasta su olfato

captase el sudor de aquellos animales que se desplazan a gran velocidad y detrás de ellos, los apostadores para cerciorarse del orden de llegada. Y fueteaban a sus favoritos y apostados cuando les veían languidecer pese el empeño y tenacidad de sus jinetes. Seis mesas con cuatro sillas cada una, ocupaban el centro del salón. En las paredes que a este cercaban, estaban adheridas sendos mostradores, que servían para sostener el vaso y, de escritorio, para llenar las boletas para la apuesta. A lo largo de ellos, manteniendo una distancia estudiada, planificada, había varias sillas, de modo que, desde allí, también se podía mirar el televisor de enfrente y sentirse dentro del hipódromo. Para completar que el diseño del ambiente tuviese algo de la realidad y sólo faltase el estiércol de los animales, en lo alto de las paredes habían dispuestos seis cornetas que, en sonido estereofónico, transmitían lo que sucedía en tribunas, taquillas y pista de carrera, hasta los resoplidos de los caballos se escuchaba en aquel escenario que, cualquiera pudiera decir, era como el templo del juego, aunque en verdad era sólo una sala de juegos que intentaba que, los apostadores se entusiasmaran por algo más que el simple apostar, ver las carreras y ganar o perder. Quien que de esto último formase parte, al salir, no se sintiese derrotado, ni víctima, sino participante de un gran espectáculo: uno digno de experimentar, presenciar y al que había que volver, aunque sólo fuese por estar allí.

Al lado norte del salón, de cuyas ventanas podía verse la surtidora de gasolina y hasta el movimiento de la avenida, había un muro que hacía de mostrador partiendo del piso, encima del cual se apoyaban unos separadores de metal y vidrio que llegaban hasta el techo, dejando espacio que sirviese de mesón a los apostadores que se acercaban a la taquilla, colocada del lado izquierda y, tras esta, la caja registradora de las apuestas. Al lado derecho, una puerta daba entrada a un espacio más amplio, la oficina de la administración, con todos los equipos usuales para el caso y hasta para el descanso de los que en ella trabajaban.

Había allí un pequeño bar, manejado por el *barman* y dos mesoneros para atender los pedidos y prestar todas las atenciones del caso a la clientela. En ese pequeño espacio, separado del salón antes descrito, estaban dispuestas cinco mesas más con sus respectivas sillas. Detrás de la barra del bar había otro televisor del mismo tamaño de los instalados en el amplio salón.

En ese ambiente comenzó a desempeñarse el Primo, atrás quedó su vida dual de gerente de día, de lunes a viernes y jugador nocturno y de fines de semana, haciendo de manejador y administrador del área del juego de caballos. Su compañera asumió el rol de cajera, encargada de registrar las apuestas y liquidar lo correspondiente a los ganadores. El bar lo puso en arriendo en manos de un hermano suyo, también como él, jugador, pero con una visión más "realista", pues lo suyo era

intentar ganar siempre, con la certeza que, por ese medio, algún día, saldría de abajo, aunque nunca ganaba.

El Primo sabiendo eso, le llevó allí, sin que el socio de aquello nada supiese, porque por el tanto soñar, soñaba que en cualquier momento su hermano recuperaría el juicio, la sensatez y se abriría camino. Y era aquella, lo de manejar el bar por su cuenta, en un ambiente de gente propicia a pagar de la mejor manera el servicio que allí le prestasen, una "ideal", según su razonamiento, una gran oportunidad para que su hermano se resarciese de todos los fracasos que cargaba a cuestas.

—Coño Primo, –le dijo el socio– el domingo en la noche, después de cerrada la primera semana, según este balance, nos ganamos un realero, aun sacando los gastos y compromisos por amortizar, sin incluir el ingreso que nos corresponde por el bar.

En efecto, esa semana, todo funcionó a la perfección y según lo acordado y como debe hacerlo un negocio en manos de gente que es sensata. Y fue tan satisfactorio todo aquello que, el socio, sabiendo que el lunes era libre para ellos, exclamó con euforia:

— ¿Vamos a celebrarlo y aquí mismo?

Y por cuenta del negocio de caballos, pidió al bar los sirviesen a todos y hasta los que allí trabajaban se sirviesen.

—¡Todo va por cuenta de la casa!

Y celebraron todos quienes allí estaban, hasta un amigo de todos que por allí llegó a saludarles.

Poco tiempo después, unas tres semanas, durante las cuales se repitieron casi los mismos resultados, dando motivo a nuevas celebraciones, estando de descanso en casa, el Primo y la compañera conversaron.

—Sí, estamos ganando mucho dinero. Pero me noto cambiado y vacío. Como si esto no fuese suficiente. ¡Siento como si me faltara algo!

Y dijo el Primo, mientras la compañera le escuchaba con cuidada atención:

—Ya no siento la emoción de cabalgar el caballo, en cada una de las carreras, de espaldas al jinete, mientras este agita el látigo, clava las espuelas en el costillar del animal, le excita con sus gritos de ¡aja!¡aja! Y tú, frente a mí, sonriente, abrazándome en cada salto y al final el éxtasis de haber hecho el amor.

La compañera que le había escuchado, sentada al borde la cama, al lado suyo, suspiró hondo y dijo:

—Estaba por decirte lo mismo. Ahora ganas y gano y más de lo que esperaba. Esto le vengo pensando y diciéndome, falta algo que haga nuestra vida de ahora más placentera.

—Sí –intervino de nuevo el Primo– Esto está cambiando nuestras vidas para mal, nos quita algo y eso entristece y debemos defendernos.

—Cierto –respondió la mujer– volvamos a lo de antes, sin abandonar el negocio que es bueno, nos llenará de comodidad, al jugar con ponderación, pasar ratos en el bar y sala de juego, en nuestro trabajo. Pero

volvamos a sentirnos cabalgando sobre los lomos de los caballos, como antes, distinto al sólo tomar las apuestas, lo que nos aburre y al flotar sobre los dados y yo, aferrada al as de bastos y tu embelesado en el as de oro, sin abandonar al de copas, lo que necesariamente exige que juguemos como lo hemos sabido hacer.

—Sí –agregó él– juguemos con la prudencia de antes para sentirnos adentro, no como si hubiésemos desertado, pero con la fe, entusiasmo y el espíritu de antes.

Para darle libertad a estos sueños, previa consulta con el socio, ajeno a lo que detrás había, contrataron dos auxiliares, administrador y cajera, para ellos poder disfrutar del descanso, dado lo exigente del trabajo. Por lo menos eso fue lo que aquel entendió, de lo expuesto por sus socios, por parecerle justo. Y no había porque no aceptar aquello, dado lo exitoso que todo había resultado. Además, en verdad, por la seguridad misma y el rendimiento, aquella decisión le pareció prudente, pensando mejoraría hasta la atención al público, la necesaria vigilancia y, en definitiva, más ganancias.

El consejo del contador

—¡Cónchale! ¡Ese Papaíto, si tiene vainas! ¡Se le ocurre cada cosa!

De esa manera, detrás de una enorme sonrisa, como manifestación que aquello celebraba, habló Antonio Carvajal, uno de esos choferes que prestaban sus servicios en lo que llamaban "la parada de los carros", ubicada en los alrededores del Parque Ayacucho y la vieja Plaza Miranda, estando en el aeropuerto de la ciudad a donde había ido a llevar a Papaíto, quien, según él, viajaría a Caracas esa mañana.

Carvajal estaba rodeado por unos tres paisanos que prestaron mucha atención cuando percibieron se proponía comentar algo relacionado con el "electricista", el montador de postes, que, de la noche a la mañana, se había vuelto rico y en breve tiempo, algo así como un héroe y hasta vengador de buena parte de la gente que aquella ciudad habitaba.

—¿Qué pasa ahora con Papaíto, Carvajal? –preguntó uno de los tres que le rodeaban.

—Pues imagínense que ahorita, en el próximo vuelo de TACA, que sale a esta hora, a las 8 de la mañana, se dirige a Caracas porque debe estar allá al medio día para almorzar en un restaurante de lujo.

—¡Qué! ¿Tiene alguna reunión de negocio?

Así preguntó el contador de dos importantes firmas comerciales de la ciudad, egresado de la prestigiosa "Escuela de Comercio", profesor en la misma y de quien todo el mundo comentaba, sin dejar de ser discretos, en medio de la rigurosidad del gobierno militar de entonces, era comunista, respetado por su preparación y buen juicio, en lo que con frecuencia se desbordada y por lo que era como el consultor de todo el mundo, menos de Papaíto.

—¡No! ¡Qué reunión de negocios y ocho cuartos va a tené Papaíto! Él va, como lo está haciendo casi todos los días desde hace un mes, a esta hora, en este mismo vuelo, a Caracas, solo a almorzar y regresa en la tarde. Rara vez se queda allá, salvo algo lo divierta, en cuyo caso, duerme en un hotel y regresa en el mismo vuelo que está llegando.

—Él dice que quiere experimentá como se siente sé rico. Y dice más, pero pocas veces, como en secreto, entre quienes se siente en confianza, que es su venganza. La de viví con reales que se ganó, con reales de ellos, como viven ellos.

El contador que había escuchado todo aquello con interés, les comentó:

—Pero, los ricos, que yo sepa, no viven así exactamente, salvo los casos excepcionales, los grandes magnates ya retirados, cuyas empresas son manejadas por sus gerentes. Y él, por lo que sé, es ahora rico, se ganó una fortuna en la lotería, pero no como para sentirse un magnate y "vengarse" de quienes antes fue trabajador explotado. Él, por su dinero, podría pasar a formar parte de la clase de ellos, es decir, cambiar de rol, pero eso no es suficiente. Hay que tener algo más que Papaíto no tiene y, es tan así, que lo que hace lo denuncia. Rico de cuna, de empresa, no bota sus reales como un pendejo, una mojiganga.

Lo de "vengarse", lo remarcó el contador, con evidente ironía y sugiriéndole a quienes le escuchaban, que aquello no era sino una "pendejada" y un gesto infantil de Papaíto.

Luego continuó:

—Claro, es cierto, los ricos salen de vacaciones. Van a grandes y lujosos hoteles, pero eso es pocas veces al año. Una, dos veces, pero no lo hacen rutina, porque deben cuidar que sus capitales y negocios se reproduzcan y sacar el futre a sus trabajadores. Lo que puede suceder es, llegue el momento, que Papaíto se quede limpio y vuelva a ser lo que fue. Lo que significa para él, su venganza y a quienes quiera vengar, terminen de nuevo derrotados.

Al decir aquello de "sacar el futre a sus trabajadores", alude a un pescado al cual se le daba muy poco valor, para significar que con eso se acababa todo, "el contador", dejó ver el porqué, se decía que era comunista.

Pero los escuchas a su alrededor, quienes solían darle mucho valor a su palabra, no pensaban nunca eso pudiera suceder, que Papaíto con tanto real volviera a ser pobre, se quedaron pensativos y dudosos.

El contador, separado del grupo, habiendo levantado vuelo el avión que se llevó a Caracas a Papaíto, se quedó pensativo y se dijo así mismo:

—¿Cuándo entenderemos que, cambiar la sociedad e implantar la justicia, siendo esta una manera de vivir donde cada quien reciba lo que merece, de acuerdo a lo que aporta, el modelo pueda, según la productividad y todos contribuyan en esta, pasa no sólo por acumular fuerzas, entendiendo esto de manera mecánica, hasta cuantitativa, sino que todos cambiemos y entendamos que es la mejor manera de vivir? ¿Qué se hace con dinero, capital, obtenido así de manera azarosa, sino esto no va acompañado de una mentalidad y un plan, que no sea para gastarlo malamente?

Y agregó:

—Bien tonto es Papaíto, creyendo que se vengará de un modelo que lo explotó por años, habiéndose ganado la lotería, dedicarse a gastar a manos llenas lo que recibió por suerte o azar. El modelo y los suyos celebran que él eso haga, pues devuelve al torrente circulatorio de la

economía, o al de quienes cree vengarse, lo ganado. Lo más seguro es que termine limpio como antes estuvo y para más vainas enfermo.

La palabra "enfermo", cuando habló así mismo, la enfatizó como intentando darle una connotación distinta a lo habitual. Y para dejar aquello por cerrado remato diciendo:

—Papaíto, no tiene ni la menor idea, que el modelo lo tiene atrapado; pues le ayuda si invierte su dinero para producir cosas, emprender algo sustantivo que preste un servicio a la comunidad, sin que deje de producirle ganancia y, a él personalmente, lo beneficie; y también si gasta sus reales, aunque sea de manera alocada o como un niño. El mundo, el modelo, la sociedad, la manera de relacionarse los hombres, sólo cambian lentamente, no es suficiente que alguien ungido del poder decida lo que haya que hacer, los ríos siempre buscan sus viejos caudales y sus querencias. La velocidad de cambio en ella, la impone la que rige en el cambiar de los humanos. Los hombres tienen sus costumbres, todo eso que llaman cultura y le orientan y hasta determinan su conducta. Por eso, el cambio va más allá del deseo de cualquiera, del deseo del impostor y hasta del mejor de los hombres y la buena fe que arme a quienes creen poder imponer la justicia y el equilibrio, sin tomar en cuenta que, para todo eso, la gente debe cambiar y con su cambio va cambiando sus cosas. Detrás viene quien con sus normas a todo

eso le pone orden y concierto, de modo que cada quien encuentre su acomodo.

Para el Contador, no se trata de vengarse de nadie, cada quien ha hecho lo que le está permitido, es un asunto de acordarse y saber hacer las cosas en compañía, sin sentirse estorbado ni estorbar. Menos creer que los demás están puestos allí para servirte y que vivas sin aportar nada y ponerte a esperar que los demás lo hagan por ti y que quien hace, crea y en ello entrega su vida, deba regalarle todo eso a quienes sólo miran desde lejos. Como se dice en la playa, todos tenemos algo que aportar, aunque sea el aire de los pulmones. Tampoco se trata que, valiéndome de la fuerza, ponga a los demás a trabajar para mí. Eso, todo eso, hay que aprenderlo para vivir feliz, como hermanos y en sana paz.

Antonio Carvajal, convertido en transportista exclusivo de Papaíto, en sus traslados al aeropuerto de la ciudad donde tomaba cada día el avión hacia Maiquetía, para llegarse a almorzar en Caracas y luego en su retorno en horas de la tarde, como de costumbre, mientras esperaba que algún viajero, de esos recién llegados, solicitase su servicio para le llevase a la ciudad, en su habitual esquina, comentó con quienes se le acercaban deseosos de oír sus comentarios y enterarse de las aventuras de Papaíto, quien por lo que decía, se había convertido de electricista y hábil trepador de los postes del alumbrado, a una versión local de Robin Hood.

—Esto de Papaíto, se ha vuelto una fiesta. Todas las mañanas, aproximadamente de diez y media a once, el carro que le sube a Caracas, le deja en una esquina, donde le esperan 6 o 7 personas, de acá, que allá viven, para que les brinde el almuerzo en el restaurante de lujo que él, aún antes de salir, ya ha escogido. Aunque, él dice que, le esperan "para acompañarle"; es una "compañía" que no va más allá del comer y beber hasta que él diga basta, les invite para el día siguiente, por dirigirse a un sitio a descansar mientras llega la hora de volver a Maiquetía.

—¡Antonio! –le llamó la atención alguien para luego formularle la pregunta:

—¿Entonces él, todos los días va a Caracas, allá almuerza con unos amigos y vuelve en la tarde? ¿Sólo hace eso?

—Bueno, no exactamente así. Quizás exageré un poco. Eso lo hace unos dos días. A veces, se queda en Caracas varios días, siempre acompañado de gente que allá le espera y él escoge. Va de compras, juega, comparte con los amigos en distintos bares, siempre pagando la cuenta y hace cuanta cosa hacen los hombres y uno imagina. Eso sí, siempre con su corte, como queriendo dejar constancia de cómo y cuánto se venga en su nueva vida.

Al parecer, en Caracas, Papaíto ganaba adeptos para su causa, pues aparte de esos que, allá en la capital, le seguían y hasta sólo estaban pendientes de sus movimientos para estar a su lado cuando llegase, en su

pueblo le sucedía lo mismo. Y no sólo debía brindar, correr con los gastos de todos en aquellos avatares, sino también, en aquello que se multiplicaba y lo abordada a cada instante:

—Papaíto, no tengo para darle de comer a los muchachos.

El *Paralelo 38*, un burdel en las afueras de la ciudad, se convirtió en un espacio donde todos festejaban y hasta gozaban de los placeres de las mujeres a cuenta de Papaíto, a quien los dueños cobraban por cada "rubro" y él pagaba gozoso, antes de iniciar una nueva jornada.

Y así fue creciendo el fervor de la gente por Papaíto, mucho más que cuando acudía presuroso a atender algún reclamo por la caída de una línea o un cortocircuito y el montarse diligente a cuanto poste fuese necesario y hasta atender favores personales, lo que escapaba a sus responsabilidades y deberes, como el de resolver un problema de la misma naturaleza, pero dentro de las viviendas. Y nunca, ante solicitudes como esas, se negó o exigió alguna compensación, salvo un café, un vaso de agua, hasta un trago lo que le era ofrecido espontáneamente y por encima de todo, lo de ¡gracias Papaíto, Dios te lo pague!

El sueño que Papaíto se convirtiese en dueño de la planta eléctrica, algo así como que diese un enorme salto que al caer le convirtiese en otro y hasta como ellos intuían, por sus desbordados gestos de bondad y hasta solidaridad, hiciese que con él, ellos pasasen también

a ser dueños o por lo menos, a recibir el servicio de electricidad gratis, comenzó a disolverse porque pasado el tiempo, aquel ni siquiera había dado respuesta a la propuesta de quien fue su patrón y menos manifestación de invertir en aquello. Entonces siendo así y viéndole en la calle dispendioso, les parecía hasta mejor gozar del privilegio de, encontrándole en esos espacios públicos, alegre, servicial, acercársele con algún pedido, al que habitualmente Papaíto respondía, extrayendo de cualquiera de sus bolsillos una faja de billetes y la entregaba al solicitante con una sonrisa y un apretón de manos.

Entonces, no había motivos para pedirle otra cosa. Por esa vía, muchos podían conseguir con Papaíto, –quien no llevaba cuenta a quien le había dado–, mucho más que lo que significaba el costo de la electricidad.

Además, Papaíto había sido toda su vida el empleado al servicio del patrón y, pese haberse ganado una montaña de billetes, que le permitía aceptar la propuesta de este y entrar ahora a ser condueño de la empresa y hasta comprarla toda y volverse el jefe, llevaba días, meses, desde que ganó la lotería, pensando cómo ser aquello, el jefe, el dueño y, por los momentos, sólo se le había ocurrido hacer lo que venía haciendo: llevar la vida cómo él creía que la llevaba el dueño. ¿Y acaso, no era para eso, a lo que se llegaba a jefe y sobre todo dueño?

Y es que, como decíamos en el barrio, quien todo el tiempo ha estado buscando una "mariquita pa completá

un bolívar", cuando ve real se asusta y pese todas las necesidades que tiene, no sabe qué hacer con eso.

Ramona fue pa villa

Hay quienes andan buscando la manera de "salir de abajo", se la pasan soñando con hallarse un entierro y se les apareciese un alma en pena. Y si un cocuyo alumbraba en la parte de allá, en el fondo del patio, se acercaba con sigilo, para no espantar al difunto, a intentar conectarlo para que le dijese donde estaba el entierro y así, este pudiese ir en paz al cielo y él aquí quedarse con el mandado hecho.

Pero dado el caso que lo hallan, sin luz artificial ni de cocuyo, sino hasta en pleno sol, no saben qué hacer con todo aquello porque los reales por montón hasta asustan.

Ramona quedó viuda y con tres hijos a cuestas. Desde que tuvo aquellos muchachos bregó duro solo por mantenerles y al marido mismo, pues este se le fue tras unas fiebres y dolores en todo el cuerpo. El primero le reventó en la quijada derecha, se le pasó para la otra y de allí salto a las manos y, como raíces,

fueron creciendo, dentro de él, ya abrazándole, hasta que, con él a cuestas, los dolores se fueron. Y a Ramona dejó sola con aquellos tres muchachos.

—¿Qué te pasa Ramona, vienes como si hubieses visto a un muerto?

En aquel barrio no había nada que asustase más que un muerto. Era un atavismo enraizado, más por la vieja cultura de la muerte y las almas en pena, por la oscuridad de la noche, cuando presuntamente salen los muertos y sobre todo si la luz eléctrica, ya a las 10 de la noche, se ha ido. Y de eso también bastante hablaba la gente. De los muertos, porque hasta el hombre encapotado, el que se le aparecía a cualquier transeúnte en plena oscuridad de la noche, en medio de los cujisales o del bosque de la esquina de la plaza y hasta en mitad de la sabana, era un muerto, un alma en pena que buscaba descanso a pesar de mostrarse violento y atrevido. Y de los muertos que dejaron su fortuna enterrada para que nadie se las robase y se fueron sin poder rescatarla y habiéndose percatado de su error y por el reclamo en las puertas del cielo por aquel grave pecado, bajaban a la tierra en busca de alguien a quien donársela para ser perdonados. Y, pese a encontrarse un muerto con un entierro, era como ganarse la lotería, no dejaba de asustar. Tanto que, unos cuantos decían saber dónde había un entierro, porque el secreto le fue revelado, pero evitaban, por miedo encontrarse al muerto, pese sabían su horario y recorrido. Y hubo muertos tan constantes,

por desesperados, que al escogido se le aparecían de día, cuando casi nunca ellos salen, pues prefieren las noches y lo oscuro, como para darle más dramatismo y misterio al asunto, sin asustar tanto. Porque la oscuridad, por sí sola, solo aterroriza.

Ramona había llegado a su casa, a la que entró dando tropezones, se sentó en el primer banco que halló y hundió la cabeza entre las piernas. Así estuvo largo rato a solas, hasta que cuando se sintió menos agobiada, se cambió de puesto y se sentó en una mecedora próxima y comenzó a balancearse, mientras levantaba la cabeza y dejaba ver la lividez de su rostro. En efecto, Ramona estaba como si acabase de ver un muerto.

Ante la pregunta de su hermana Rafaela que entró casi detrás de ella, Ramona, intentando calmarse, le respondió:

—¡Cónfiro hermana! No sé si he visto un muerto, un entierro o toda esa vaina junta.

—Pero también creo que un muerto que no vi, puso en mi camino un entierro. Y para más, no me pidió nada a cambio.

Pensó un rato y ya más serena comentó a la hermana:

—Y es que, los muertos que, salen a entregar entierros para salvarse y poder entrar al cielo y dejar de vagar eternamente, alguna vaina piden como: "me mandas a hacé tres misas, un domingo tras otro a las seis de la tarde y durante un mes me rezas todos los moches, antes de acostarte, tres padres nuestros y tres Ave María".

Rafaela, ahora intrigada, ante aquella respuesta, le inquirió:

—Bueno mana, me asustas y hasta asombras. ¿Qué pasó? ¡Cuéntame!

Ramona se hundió más en el espaldar de la mecedora, la hizo mecer brevemente y dijo:

—Hermana, tú no me vas a creer lo que me ha pasao. Si te cuento, no me crees y si te lo digo, me vas a llamar de todo, de pendeja pa abajo. Y. lo peor es que tendrías razón.

Ramona volvió a callar, hundió la cara entre las manos, la movió de un lado a otro con energía, como queriéndose sacar algo o intentando acomodar las ideas para explicarse y explicar aquello que le había sucedido.

—Vamos mana –le dijo esta vez Rafaela con parsimonia, intentando tranquilizarla, mientras le pasaba la mano derecha suavemente sobre la cabeza–, tranquilízate y cuéntame, ¿qué te paso?, que por lo que veo fue una vaina bien grande.

—Hermana, hace como una hora, venía pasando, viniendo para acá, frente al parque Ayacucho, antes de llegar al Concejo Municipal y después de haber pasado la entrada del cine "La Glaciere" y la embotelladora de la colita "Sifón" y en un rincón que hay por allí, estaba tirao un maletín de lona grandote de color anaranjado.

Ramona hizo una pausa, porque el haber hablado tanto tiempo estando como cansada y falta de aire, se

sintió como ahogada. La hermana aprovechó para darle de tomar del vaso de agua que tenía en la mano que poco antes había llenado con ese fin. Tomó el agua con lentitud, volvió a respirar hondo y continuó:

—Me acerqué, le abrí, pues estaba cerrado con un largo cierre y de vaina no me caí al suelo de la sorpresa.

—¿Qué había en ese maletín, Ramona?

—Pues hermana, eso es lo que no me vas a creé. Ese maletín estaba lleno de billetes de 100, 500 y 1000.

—¿Cómo es la vaina Ramona?

—Te fijas hermana que, como sabía, ni tú misma me ibas a creer eso.

—No. No, un momento, olvídate de mí. Cuéntame la vaina bien contá. –le dijo Rafaela.

—Pues como ya te dije. En el maletín había un realero. Una vaina que no había visto nunca.

—¿Y dónde está ese maletín hermana? –preguntó Rafaela después de haberse repuesto de aquella respuesta inesperada.

—Ya te dije hermana que no me vas a creé.

—¡Cónchale, Ramona, déjate de vainas y háblame completo, me estás desesperando!

Ramona miró y remiró aquel maletín. Al lado del maletín, había unas tablas pequeñas y un periódico abierto, por lo que imaginó que quien lo dejó allí, lo tapó con aquello y por algo, el viento o un animal, quizás un perro, que allí estuvo, aquello tumbó y lo dejó al descubierto. El cuerpo todo se le enfrió; sintió

como desde la punta de los pies le fue subiendo el frío hasta la cabeza y empezó a gotear sudor desde las sienes.

Lentamente, fue retrocediendo, apartándose de aquel hallazgo, sin dejar de mirarle, mientras la mandíbula inferior casi se le caía, tanto que sintió deseos de agarrársela y luego, como si tuviese temor de pegar un grito o ponerse a llorar, se tapó la boca con ambas manos e impulso aquella hacia arriba. Siguió subiendo las manos hasta taparse los ojos, mientras retrocedía, hasta detenerse, cuando pensó estaba al borde de la acera.

Ella no supo por cuanto tiempo, pudo ser mucho, estuvo allí parada, sin reaccionar. Luego, lentamente, como quien espera la realidad que tuvo antes al frente fuese otra, pues aquello sin duda le asustaba, era algo ajeno a ella, una situación para la que no estaba preparada, fue retirando las manos de los ojos, levantó la mirada, de nuevo la volvió hacia el maletín y allí estaba. Miró a su alrededor, en todas direcciones y no vio a nadie. Sólo la soledad le acompañaba en su secreto. Era la una de la tarde y en aquel punto siempre desolado. Sólo ella y aquel inesperado hallazgo, no formaban parte del habitual paisaje.

No hallando que hacer, se retiró de allí, camino hasta la esquina, le dio vuelta a la manzana y regresó al sitio unos 15 o 20 minutos después, en la misma dirección que había seguido antes, y la soledad era la misma y el escenario para nada había cambiado. Allí seguía el maletín.

—¿Y entonces qué hiciste Ramona? –volvió a preguntar Rafaela, ya bastante angustiada por saber el desenlace de aquella historia que debía ser verdad dado que su hermana no era mujer de inventar aquello.

—Pues hermana, al volver al sitio, intentando probar todo y percatarme que allí seguía el maletín y ahora mostrándome los billetes, pues recuerda que lo dejé abierto, tener la seguridad que aquello estaba allí para mí, me volví a sentir paralizada, de nuevo me quedé petrificada, no sé cuánto tiempo.

De repente, viniendo en la dirección de la calle Los telares, se apareció un joven, quien por el vestir, su figura toda, pertenecía a la "gente de bien" de la ciudad. Se acercó al lado izquierdo de Ramona, quien daba desbordadas muestras de asombro mirando fijamente al frente, con la cara tomada por las dos manos e inclinada hacia el discreto rincón aquel. El joven la miró atentamente, también él ligeramente asombrado por la actitud de ella, siguió la dirección de su mirada y vio lo que Ramona miraba. Volvió su mirada sobre la humilde y estupefacta señora, luego hacia el maletín, se rascó ligeramente la cabeza y reaccionó de inmediato. Tomó el maletín, se lo echo al hombro y siguió su camino sin volver la mirada siquiera para percatarse de la reacción de aquella inocente criatura. Ramona, sin salir de su estado, pudo ver al joven accionar e irse en la misma dirección que antes ella traía, hasta que se le perdió al traspasar los límites del Parque Ayacucho.

—¿No sabes quién es ese muchacho? ¿No le viste la cara? –preguntó Rafaela a gritos a su hermana mientras la estremecía como para que reaccionase.

—No hermana, no le vi la cara. Cuando llegó y hasta que se perdió al final del Parque, a pesar que le seguí con la mirada, era la mía, una allá en la orilla de la playa, como quien mira al horizonte y no detalla los barcos que se cruzan.

Calló un breve tiempo, mientras Rafaela la miraba atentamente con muestras de asombro y disgusto. Y luego volvió a hablar:

—Esos reales hermana no estaban allí para mí. Dios sólo me quería de testigo para mostrar como eso no se hizo para uno. A mí me puso Dios allí para que sirviese en beneficio del joven y él no pasase desprevenido. ¡Dios sabe lo que hace! Quien nace barrigón ni que le fajen chiquito. Dios sabe que yo no hubiese sabido qué hacer con esos reales. ¿Quién sabe hermana si hasta fue una tentación del señor para probarme? Si él me hizo pobre debo conformare con seguir siéndolo o incurrir en el pecado de dejarme tentar por el demonio.

Pocos días después se supo, la policía investigaba el paradero de una banda que había atracado un banco en una ciudad vecina y huyó "con rumbo desconocido". Uno de los ladrones portaba el dinero, producto de aquella aventura, en un maletín de lona de color naranja.

Más tarde, en la ciudad, se hacían comentarios como, de la noche a la mañana, la familia dueña de

la farmacia y otros negocios distribuidos en distintos puntos de la ciudad, había logrado solventar la crisis económica que le afectaba, que le impedía cumplir sus compromisos con los acreedores que les nutrían sus inventarios. Sin que nadie supiese cómo habían logrado aquel milagro, lo consiguieron. El mundo pareciera estar hecho hasta para eso, como que cada quien reaccione con naturalidad antes circunstancias imprevistas como esta, en la que Ramona se quedó paralizada y sin poder creerlo. Y las cosas siguieron tal cual como venían. Hay quienes parecieran poder parar el mundo, recoger sus cosas, ordenarlas y luego soltarlo.

El hijo de Ramona tampoco nació pa rico

El hijo de Ramona, años más tarde se graduó de bachiller y después de tanto pensarlo, de cómo hacer para estudiar en Caracas, entusiasmado por muchos de sus amigos, buenos estudiantes como él, se fue y haciendo una cosa aquí otra allá, fue subsistiendo. Hasta se puso de novio con una compañera de estudio. Justo con ella y lo que aprendió en la escuela y más que todo fuera de ella, en eso que llaman la informalidad, encontró la única riqueza que posee.

Siempre, obsesionados por ganarse algo extra y por azar, lo que no es exclusivo del jugador pertinaz y obsesivo, una tarde de sábado de visita en casa de un matrimonio de amigos, también compañeros estudiantes, surgió la idea de hacer un cuadro de caballos en conjunto. El anfitrión era un jugador de caballos casi obsesivo. Solía, los sábados y domingos, estar en el hipódromo apostando y averiguando los secretos para apostar en

taquilla y elaborar sus cuadros. A las primeras horas del lunes compraba las revistas dedicadas al tema y con avidez, toda la semana, hasta el domingo, poco tiempo antes que se efectuase la última carrera de la semana, les revisaba, releía sus propias notas y hacia correcciones. Esa tarea le serviría para cuando estudiase las carreras la próxima semana. Muchos de esos caballos en esa oportunidad volverían a correr. Sus cuadros los elaboraba el domingo en la mañana, cuando ya había agotado sus estudios. Asumía aquello como un verdadero científico que procuraba no dejar cabo suelto.

La idea nació propiamente del anfitrión, mientras la pareja de visita, por cordializar, matar el tiempo y hacer aquello agradable, entre trago y trago, le acompañaba a mirar las carreras y hacer los comentarios habituales en aquellas circunstancias.

—¿Bueno? –dijo el anfitrión, en un momento de entusiasmo, cuando se produjo un cerrado duelo entre dos caballos que pasaron la raya final igualados, según la simple percepción– ¿por qué no hacemos un cuadro de caballos a medias?

Los dos jóvenes visitantes reaccionaron entusiasmados ante aquella propuesta, por la emoción que el anfitrión y su esposa ponían en aquello, más siendo el hombre un aficionado contumaz a aquel juego y por supuesto los efectos del consumo de alcohol.

Además, no fue sino un simple acto de cortesía, recibir con agrado aquella invitación que no implicaba

riesgo ni esfuerzo alguno, de una pareja que les estaba brindando un momento agradable. Lo que a su vez abría oportunidades para nuevos encuentros como aquellos.

Era sábado en la tarde y tomando en cuenta que posiblemente no se verían al día siguiente, acordaron elaborar el cuadro en ese momento para salir luego a sellarlo en una agencia cercana al edificio donde estaba ubicado el apartamento de los anfitriones.

—Entonces vamos a elaborarlo ya, más luego es tarde –dijo el anfitrión.

Inmediatamente se armó de bolígrafo, el papel necesario y la revista donde aparecían los detalles de cada carrera. Los caballos competidores, sus jinetes, peso que soportarían los ejemplares en competencia y una ligera reseña de sus últimas carreras y entrenamientos, detalles que, fundamentaban a los autores de la misma, establecer su orden de favoritos y de guía a los apostadores.

—Aquí tienen –dijo el anfitrión, mientras extendía una de sus manos y entregaba el papel donde había anotado los datos convenidos previamente, entre él y su compañera.

—Observen, en cada carrera, de la primera a la quinta, nosotros hemos escogido un caballo. Ustedes pueden escoger los que quieran para reforzar cada carrera y particularmente el de la sexta. En esta, la cosa es muy difícil, hay como cinco caballos que podrían ganar, por eso no escogimos ninguno, dejándoselo a

ustedes y la suerte. Es de esas complicadas. Les marqué en la revista, aparte de lo que ella misma dice, los cinco entre los cuales podrían escoger, dado el historial de cada uno de ellos, su peso y jinete. Si escogen allí dos, mucho mejor.

Lo de "dejándoselo a ustedes y la suerte", surgió porque quien elaboró el proyecto de formulario o cuadro, conocedor de los asuntos de la hípica, seguidor habitual y casi maníaco de las carreras y estudioso de las revistas especializadas, como estas, también veía cinco posibles ganadores y nos daba la oportunidad de escoger uno de ellos, lo que entraba en su lógica, sin ponderar que, no siendo nosotros seguidores de esas revistas, ni estar dispuestos a guiarse por ellas, sino por la intuición u otros valores, lo propio de los no aficionados o ajenos a aquello, pudiéramos hacer una selección diferente, actuar con una "lógica" distinta.

En efecto, el hijo de Ramona y su bella novia, simples estudiantes y ella como él, de menguados recursos, se entusiasmaron, por el estado de ánimo generado en aquel ambiente y no por la idea de ganarse algo, –lo que no estaba en sus planes–. Optaron por atender la invitación de su amigo y anfitrión, pero con otra "lógica".

Ella, fiel a su género, escogió a una yegua de muy corta edad para reforzar al caballo ya seleccionado en la quinta carrera. Debutante en aquello de las carreras de caballos. Según dijo, la escogió por yegua, joven y debutante. La vio linda, ágil y la imaginó corriendo

velozmente al frente de aquellos caballos para que no la alcanzasen y a estos, como rendidos ante ella, conformándose con correr detrás recogiendo sus perfumes. Al anfitrión, experto, quien había anotado ya en esa carrera al caballo que, según él ganaría hasta de punta a punta, como dicen en ese mundo, no le gustó aquella elección por lo que le pidió a la joven optase por otro, en otra carrera, pues en esa, para él no cabía dudas, el suyo sería el ganador; era ese la línea de la semana.

—No, –respondió la joven, que no sabía de eso de líneas ni tampoco estaba en su interés. Quería jugar aquella joven yegua porque le atraía su condición de hembra en medio de aquella mayoría de machos, su corta edad e imaginada belleza. Se imaginó así misma, en medio de aquella cancha, compitiendo, solo por el placer de hacerlo. Se lo tomó como un reto personal y un gesto de solidaridad femenina con la yegua.

Pese a los razonamientos del experto anfitrión, que parecían sensatos y muy razonables, pero ignorando que la joven eso lo asumía de manera ajena a esa lógica y frío pragmatismo, esta mantuvo su decisión de jugarse a la yegua.

Pasaron a la sexta, la complicada, aquella donde los expertos, las revistas especializadas y hasta el mismo anfitrión no hallaban que decisión tomar, salvo anotar a los cinco dadas como posibles ganadores. Los números de ellos, los relativos al peso, la cantidad de carreras en las que habían participado últimamente, los tiempos

empleados en ellas, todas en la misma distancia que ahora correrían y hasta la calidad de los jinetes, indicaban una dura lucha y dificultades para optar como triunfante por alguno de ellos.

Todo eso lo decían las revistas, lo sabía el anfitrión, quien estaba embargado por la misma duda. Por eso no anotó ninguno en esa carrera, en su primera propuesta. Había que escoger por lo menos dos, según el experto, para apostar con el máximo de seguridad, pues anotar los cinco, como con seguridad harían unos cuantos, haría la apuesta muy costosa y ninguno de ellos estaba en condiciones de financiar aquello. Por eso propuso:

—De estos cinco escojan uno, que yo escogeré el otro. De esa manera tenemos cierto margen de seguridad. Claro, quedan por fuera los otros tres, también posibles ganadores, pero yo escogeré al caballo que, según algunos expertos, tiene una muy leve ventaja. Esta selección mía, guiada por una buena información, que incluye la derivada de aquellos hombres de adentro, que trabajan en ese medio, en los establos y las pistas, y la intuición de ustedes, que en esto muchas veces cuenta, pudiera darnos el triunfo en esta difícil carrera.

Esta vez, le toco escoger al hijo de Ramona, quien siempre los favoritismos y las estrellas del espectáculo le producían urticaria. Muy dado a llevar la contraria y desconfiado. Aquello de los cinco favoritos en la sexta carrera le pareció un arreglo, un montaje para distraer la atención y guiar las apuestas por otro lado. Sin ser

experto, pero sabiendo un poco, lo que casi todo el mundo en aquel tiempo sobre las carreras de caballos, se le antojó que esta era la apropiada para que se diese, lo que, en la hípica, se llamaba el "batacazo". Donde ganase uno que nadie esperaba, se caen los favoritismos, el gran negocio de la taquilla y de la casa. O quizás, no hubiese trampa alguna, sino que los jinetes de los favoritos, cuidándose mutuamente, eso que llaman cuidándose mutuamente, advertidos además con insistencia, por sus entrenadores, terminasen dando mucho chance, ventaja, tiempo y espacio a algún osado que de aquella circunstancia se aprovechase.

Pero en verdad, pese el hijo de Ramona, pensó todo aquello, por su habitual desconfianza, en primer término, lo que incluía una posible trampa a los apostadores, optó por otro caballo, de manera definitiva y segura por su nombre. "Serrano" se llamaba el caballo que anotó, el de la trampa.

Según lo que leyó en las revistas, el caballo que escogió había llegado de último en sus recientes tres carreras. Eso sí, era un velocista, de esos que salen desde el primer momento a beberse los vientos y volar sobre la pista. Su jinete, según lo poco que sabía, era uno de los más renombrados y de excelente historial en ese mundo. Todo esto le hizo sospechar que esa era la carrera de la trampa o por lo menos la que terminaría sorprendiendo a todos. Estaba como montado el drama, el escenario, más cuando habían transcurrido varias

semanas, casi un año, que en aquel hipódromo no se daba un "batacazo" prominente y sonado.

Le dijo todo aquello a su amigo, anfitrión y experto quien sacó a relucir sus conocimientos, manejo de la estadística, la habilidad y destreza de los jinetes que, sin dejar de reconocer que saldrían a cuidarse unos de otros, no caerían en esa vieja e infantil trampa. Y sentenció:

—La distancia es larga, a Serrano y su jinete, pueden darle todo el tiempo que quieran y sea necesario para hacer su carrera, pero llegará el momento que, ese lote de cinco, apresurará la marcha y lo cazarán gaspaleando.

De todos modos, el joven, el hijo de Ramona, como su novia se plantó en la yegua, él lo hizo con Serrano y sentencio que ese sería su caballo para la sexta carrera y dijo:

—Amigo mío, si usted quiere, refuerce esa carrera con el caballo de su gusto. Pero mi elección definitiva es Serrano. Además, ¿Por qué no echamos una vaina y nos traemos el hipódromo?

Pero, lo que en definitiva le dio por escoger su caballo, fue su nombre. Se llamaba "Serrano", justo el apellido de Ramona y el maternal suyo.

En efecto, en dos hojas de papel, arrancadas de un cuaderno, el anfitrión elaboró, previo acuerdo con todos, dos proyectos de formularios. El primero de ellos, se correspondió con lo propuesto inicialmente por él. Un caballo en las cuatro primeras carreras, dos en la quinta y dos en la sexta. En las dos últimas, se incluyó

lo propuesto por los jóvenes visitantes; en la quinta la joven y debutante yegua y en la sexta Serrano.

El segundo, se dejó en manos del anfitrión y experto en el asunto de los caballos, su elaboración, sólo con la condición que la joven yegua y Serrano figurasen en él.

El primer cuadro, con cuatro líneas o sea un solo caballo en cada carrera y dos en cada uno de las siguientes, tuvo pues el costo más bajo en ese tipo de apuestas, cuatro bolívares. El segundo, un poco más elevado, el anfitrión hizo otras combinaciones, incluyó otros ejemplares que no aparecían en el primer cuadro. De manera que, en una carrera, de la primera a la quinta, donde en el primer cuadro había uno solo, en este anotó dos y tres distintos. En lo poco que se parecían los dos proyectos de formularios era que, en ambos, aparecían los únicos ejemplares escogidos por la pareja visitante, la joven yegua y Serrano.

Cada quien dio su aporte para cubrir el costo de los dos cuadros y ya comenzando la noche, el anfitrión invitó al hijo de Ramona para le acompañase a la agencia de sellado del 5 y 6, ubicada en la parte de abajo, en el nivel de la calle del edificio de apartamentos donde estaban.

Como solía hacerlo, y el hijo de Ramona bien lo sabía, el anfitrión compró unos ocho formularios de los destinados a ser llenados para formalizar la apuesta. Pues se proponía, no sólo llenar los dos acordados entre ellos cuatro, sino que lo haría con seis más por su cuenta.

Eso era habitual en él, siendo un apostador contumaz en eso de los caballos. Era su manera de cómo llenar los vacíos de su vida y el tiempo que tuviese libre.

Era tanta su afición o manía con aquello que, mientras conducía su vehículo, llevaba sobre el cojín de al lado, las revistas hípicas que habitualmente estudiaba y, esta es la mejor forma para decirlo, pues no era un simple consultante que apelaba a ellas para obtener alguna información que le diese sustento, sino que las analizaba de arriba a abajo y comparaba en detalle cada cosa manejada en una y otra. Mientras la cola de vehículos se detenía, se hacía por demás lenta, por mandato de la luz roja del semáforo o cualquier otra circunstancia, su mano derecha volaba sobre las revistas, agarraba la primera que tocase e inmediatamente se ponía a estudiarla en la página seleccionada por un marcador.

Entonces, elaborar los cuadros o llenar los formularios para él, pese ya lo hubiese hecho previamente en casa, como ahora, en páginas de papel arrancadas a un cuaderno, no era suficiente. Los volvía a analizar uno por uno, quitaba un caballo antes seleccionado y ponía otro distinto o, agregaba como refuerzo uno allá, otro acá, hasta que se sentía satisfecho o agotado y daba por terminada su tarea.

Al terminar su trabajo, no se sabe si por agotamiento o haber quedado absolutamente satisfecho de lo que hizo. Él mismo no sabía responder aquello cuando

alguien le preguntaba, porque manejando tanta información sobre el tema de los caballos del 5 y 6 caraqueño, la que solía contradecirse sutil o radicalmente, terminaba también enredado o influido, sin llegar a la convicción plena por alguna de ella y, eso ya le resultaba un motivo de inconformidad, y le llevaba, a última hora, a tomar decisiones abruptas que contradecían lo que venían pensando o parecía pensar justo en el momento que debía escribir el dato inherente al caballo en el respectivo espacio del formulario.

Se dirigió a la taquilla donde debía sellar sus formularios y pagar el costo de los mismos, no sin antes entregar a su acompañante, las dos hojas relativas a los dos cuadros que jugarían en sociedad. Las que llenaron en su apartamento previo acuerdo.

Luego de cumplir con aquello, regresó al sitio donde había estado sentado llenando los formularios y le esperaba su acompañante y le dijo, mientras le extendía dos formularios ya sellados:

—Toma. Conserva tú los cuadros que jugamos a medias. Quizás esto nos traiga más suerte.

El hijo de Ramona tomó lo que su amigo le entregaba. Sin revisar, les puso entre las hojas de papel que antes había recibido, las dobló y les metió en el bolsillo interior del lado derecho, a la altura del pectoral, de su chaqueta. Al regresar al apartamento del amigo, entregó los formularios sellados a su novia y conservó los papeles en base a los cuales estos se habían

elaborado y sellado. Al hacerle la entrega a la joven, también le dijo:

—Consérvalos tú, mi amor para más suerte.

Preparando el golpe de gracia

Al fin se fue acercando a la mesa con mucha naturalidad, dando la misma sensación de los días anteriores, que estaba allí más por curiosidad que por otra cosa, fingiendo poco interés a lo que sucedía en torno al juego y los traspiés del dado. A cada paso se detenía a saludar a alguien, extendía la mano, daba un apretón y brindaba una amplia sonrisa a quien también se la daba y le sonreía. Mientras se movía, de manera calculada, su joven compañero, le seguía cerca de sus espaldas.

Antes de comenzar a apostar, como lo venía haciendo desde las noches anteriores, perdiendo y ganando módicas cantidades que, para nada afectaban los recursos que portaba y tampoco a la mesa, pero le garantizaba la confianza de todos los allí presentes, empezando por quienes manejaban aquello, a quienes ya le sobraban motivos para descartarlo como un apostador de peligro, de quien había que cuidarse, saludó, uno por

uno a todos aquellos que estaban en la primera fila, sin dejar de hacerlo, dando muestras de afecto y hasta de extremada confianza, como si fuesen amigos del alma y de vieja data, a los tres lanzadores de los dados, con especial énfasis al que tenía más cerca, al "furtivo", lo que pasó desapercibido, pues fue ese un ritual cumplido desde la primera noche que allí se acercó.

Su joven acompañante llevaba en las manos dos maletines de diferentes tamaños que él le había entregado antes de entrar a aquel espacio. Solo bien alumbrado por dos lámparas que pendían del techo, en donde estaba la mesa de juego, mientras el resto casi estaba en penumbra, todo lleno de humo y olor a licor.

—Toma estos dos maletines. Este grande está lleno de dinero. Hay una muy fuerte suma para la apuesta definitiva. No le abras. Este otro, como verás, tiene una botella que finge ser whisky. De ella me servirás cada vez que te lo indique entregándote este vaso.

Cuando le dijo lo último, le mostró un vaso que llevaba en la mano y en el cual se había servido unas dos veces, de las tantas botellas que estaban sobre las distintas mesas esparcidas por aquel salón a disposición de los allí presentes, "por cuenta de la casa".

Estuvo un rato observando a los jugadores, de nuevo a los lanzadores de los dados y registrando el nivel de las apuestas. Puso interés en alguien, a quien allí había visto otras veces, que se le antojaba era también un jugador experto, pero por lo que sabía era un ganadero

de la zona y, entre todos, era quien más fuerte apostaba, pero sabía mantener el equilibrio y al qué jugar, como que los resultados siempre, daban fundamento a esta observación.

Empezó a hablar con el lanzador "furtivo", haciéndole comentarios jocosos acerca del juego y los resultados de sus lanzamientos, los que íntimamente, para cada cierto número de jugada, ya casi sabía de memoria. No podía apostar a ellos, en una carga fuerte, porque el lanzador cambiaría de táctica, la forma de acomodar los dados y fuerza del movimiento inercial para también, cambiar los resultados y la casa en ese caso no perdiese. Pues él y los otros, decidían la forma de lanzar de acuerdo al balance de las apuestas. Y, entonces, había que introducir un cambio inesperado, llegado el momento de la gran decisión.

Así comenzó por apostar tres veces seguidas, sabiendo que perdería. En la cuarta oportunidad que apostó, después de un breve y estudiado descanso, como "para cambiar la suerte", tiempo que invirtió tomándose tres "tragos", una tras otro, con premura, solicitados al joven a su espalda, ganó. Aquello celebró casi infantilmente, tanto que todos alrededor de la mesa sonrieron y aplaudieron, sobre todo el lanzador que tenía cerca, a quien se le acercó y abrazó para seguir ganando su confianza. Eso sí, se cuidó que la apuesta se tradujese en una ganancia discreta, por debajo de lo que hasta ese momento había perdido.

—Caramba hermano, usted me trae suerte, es la primera vez que apuesto cuando lanzas y gané.

—¡Bueno, pa eso estamos aquí, pa que todos ganen! –respondió el lanzador como intentando ganarse la confianza de quien, sin que lo supiese, lo estaba estudiando y casi le tenía bajo control.

Dejó pasar unas dos jugadas sin apostar, mientas se acercó más al "lanzador". Le montó una breve charla, se acercó a él y aprovechando que dejó los dados sobre la mesa, lo que solía hacer con demasiada frecuencia, en un gesto como infantil los tomó y hábilmente cambio uno de ellos por otro de los suyos; uno como aquel, "compuesto" por él. Cuando le llegó de nuevo el turno al lanzador, le dijo sonriente:

—Voy a apostar contando con la suerte que me das.

Esta vez subió sensiblemente su apuesta. El "lanzador" tomó los dados de la mesa, hizo los movimientos habituales, adornándose un poco para llamar la atención y distraer a los apostadores y los lanzó. Ellos hicieron su recorrido, dieron tres, cuatro vueltas y cayeron.

—¡Cónfiro hermano, esta vez perdí! –comentó con una fingida alegría y confusión, mientas hacía gestos en dirección del lanzador.

El lanzador al ver aquellos resultados quedó pensativo, frunció el ceño, mientras el jugador le observó y supo que aquello le había incomodado. Al parecer no era lo que esperaba, no estaba en sus cálculos. Tanto fue así que, en el breve descanso, mientras se cazan las

apuestas por el siguiente lanzamiento, escrutó la mesa con su mirada y luego, solicitando el permiso de los apostadores, la recorrió, desde donde él estaba, hasta el punto de llegada de los dados, pasó la mano, como intentando amansar y estirar el mantel y pareció concluir que, un accidente allí encontrado, alteró el destino que a los dados les había dado.

El apostador ganó sin apostar. Los dados dieron justo el resultado que esperaba. El lanzador hizo esa vez un ritual que practicada cada tres jugadas. De manera que, lanzando los dados, entre estos el que le había puesto de manera furtiva, cada tres veces daría ese mismo resultado. El lanzador no era tan hábil, era perfectamente predecible.

Dentro de tres lanzamientos ejecutados por él, sin tomar en cuenta los que hiciesen los otros y estando entre los dados uno de los furtivamente puesto por el apostador, como acaba de hacer, este podía tener de antemano la certeza lo que ellos dirían.

Era entonces de cuidar cuando sería ese tercer lanzamiento. Lo que significaba esperar con paciencia que los demás lanzadores hiciesen los suyos. Tendría que apostar si no en todas, en una buena cantidad de oportunidades para desechar cualquier sorpresa y esperar agazapado, como cazador furtivo, el momento cuando la presa se hallase totalmente desprevenida. Y en eso momento perder con discreción.

Se alejó de la mesa, dando la sensación que otro asunto llamaba su atención, se puso de espaldas a esta

y de frente a su acompañante, a quien colocó el brazo derecho sobre las espaldas, solicitó y sorbió otro "trago" y luego otro, casi sin descansar y llevándose casi a arrastras al otro, abandonó aquel espacio en dirección a la salida del local donde se hallaba. Ya en las afueras su acompañante le interrogó:

—¿Qué pasó señor Carlos, nos vamos, abandona la partida?

—No amigo mío, es sólo que vengo a tomar aire y quiero que, por ahora, todos ellos, empezando por los lanzadores, borren mi imagen de su memoria por un momento. Vamos a estar aquí unos 10 minutos y luego regresamos, mientras tanto, vamos a echarnos un palo de verdad.

El señor Carlos se preparaba para el golpe de gracia, pensó que, dada la hora, todavía no sólo le quedaba tiempo para aquel descanso, sino también para volver al combate, hacer nuevas cosas y jugadas para preparar el ambiente y justamente por eso se había retirado, a planificar los movimientos de ahora en adelante hasta el final.

Los primeros días, aprovechando que sus auxiliares se ocupaban de todo lo que antes ellos en aquel negocio, dedicaron gran parte de su tiempo a cuidar que la clientela fuese cuidadosamente atendida, tanto en lo relativo a las apuestas de caballos, como en los juegos de dados y barajas que se hacían en el pequeño local anexo. Se convirtieron en relacionistas públicos y se ocuparon esmeradamente de la parte administrativa. Todas las noches, sus auxiliares les rendían cuenta pormenorizada y de acuerdo a ella todo funcionaba hasta mejor que antes. La afluencia de público había aumentado, la cantidad y nivel de las apuestas y también las ganancias de los socios.

Poco tiempo después, habiendo comprobado la eficiencia de sus auxiliares y como estos cumplían con sus labores y la exactitud y pulcritud en el rendir cuentas, optaron por solicitar aquello los fines de semana.

Anteriormente, les habían exigido que, cada noche, hiciesen sus balances y cierres. Para asegurarse que eso hicieran, cualquier noche o día, sin previo aviso, les pedían cuentas de los cierres de los días antes trabajados.

Él y su compañera entraron a participar en aquel negocio con cuentas separadas. De manera que, cada cierto tiempo, usualmente cada semana, al hacer los cierres y balances, separar la ganancia de cada uno de los socios, estas se depositaban en cuentas bancarias personales de cada uno de ellos.

Ella aportó todo lo que tenía ahorrado que era una buena cantidad y lo derivado de la venta de unas cuantas prendas antes compradas por ella o regaladas por sus "amigos", más un jugoso crédito que obtuvo de un banco para aquellos fines. Él, lo que la empresa le liquidó de prestaciones sociales, más lo derivado de la hipoteca de la casa donde ahora vivían. Es decir, uno y otro, invirtieron en aquello todo cuanto cada uno tenía.

En los tres primeros meses obtuvieron significativas y hasta satisfactorias ganancias, tanto que ella ya estaba pagando su crédito y era bastante lo que tenía en cuenta. Él mismo, ya había alcanzado un nivel de ahorro producto de sus ganancias que le permitían hasta liberar la hipoteca, pero prefirió dejarlo para más tarde, cuando sus niveles de ingresos aumentasen que, de acuerdo a como venía sucediendo, muy pronto podrían hacerlo sin afectar para nada sus niveles de ahorro.

De manera que, cuando empezaron a gozar del desahogo que le proporcionaban los "auxiliares", sintiendo el deseo de volver a los viejos tiempos, dulces y encantadoras experiencias que les habían unido y dadas las razones para estar juntos, disponían de un ingreso holgado, más que antes y entonces ¿por qué no volver a los espacios y momentos aquellos?

Transcurrió menos de un año, en ese tiempo, habiendo repetido los primeros días las experiencias anteriores y dado que tendían, por la fe de ambos en aquello, empezaron a descuidar el negocio, provocando el descontento y la protesta del socio, quien un buen día, después de seguirle los pasos durante una semana, al fin pudo localizarles.

—Hermanos, si ustedes están dispuestos a perder lo que han ganado yo no. Sé que se han endeudado y gastado todo lo que han venido ganando en el negocio y este, por la falta de supervisión de ustedes ha entrado en decadencia.

Tanta era su rabia y descontento que dijo todo aquello apenas les enfrentó, ni siquiera tuvo la delicadeza de saludarles y menos preguntarles por sus vidas, pues de ella bien estaba enterado. En el mundo en el cual se movían eran unas celebridades y estaban en los comentarios de todas las reuniones de los amigos y conocidos ocasionales, mayormente de las casas de juego, no sólo por su permanencia en ellas todos los días y a todas horas, sino por las elevadas apuestas que

hacían, mayormente perdidas y el placer que mostraban en todo aquello.

La primera en responder fue la compañera, sintió como si la hubiesen estremecido. En efecto, llevaba unos pocos días reflexionando sobre su conducta y los saldos que venían arrojando sus cuentas. Los ingresos, derivados del negocio del cual era socia y oficialmente cajera, venían en picada, mientras sus egresos por la vida que llevaban, las ya habituales pérdidas, en lo que ya ni siquiera prestaban el más mismo interés en ganar algo, por el solo gozar de lo lúdico y el sentirse montados en los caballos a los que apostaban sin percatarse que hasta el peso por ellos agregado les convertía en perdedores y el moverse de espaldas o acostados de barriga sobre los dados a estos les hacía caer como no debían o no les convenía, porque a ellos sólo les placía la sensación que eso les prodigaba. Es más, llevaba meses que no pagaba el crédito del banco, salvo lo atinente a los intereses, lo que hacía más deprimente y desbalanceado su saldo. Le gustaba el juego, desde antes, pero con extremada moderación, más que todo para tener un motivo que la llevase a esos espacios donde establecía sus contactos y enriquecía sus relaciones. Con él, aprendió a mirar aquello de otra forma, a sentir el placer de jugar, compenetrarse con la emoción que invade al público cuando los caballos se desplazan por la pista, el jinete hunde las espuelas en el costillar del animal y agita el fuete y grita órdenes a este para que apresure su marcha.

O mirar milimétricamente, como en cámara lenta, el correr de los dados sobre la mesa, cuando cree que llegarán hasta allí y darán un resultado por una fuerza extraña que rompe la lentitud de la marcha, desaparece la fatiga que les hará pararse y dan una y dos vueltas más hasta detenerse, no importa cómo, donde ni de que lado, pero sí el escuchar el grito alegre y feliz de los ganadores, los aplausos de estos y hasta las maldiciones de quienes apostaron en contrario.

—Gracias amigo por tomarse la molestia de buscarnos y mostrarse dispuestos a darnos la oportunidad de rectificar. Justo, llevo días meditando sobre todo esto y pienso que es hora de parar y rectificar. Gracias de nuevo.

Las palabras del socio despertaron su ánimo de rectificación. Sus recientes meditaciones las tenía ocultas; no hallaba todavía al compañero en aptitud de reflexionar sobre eso. Parecía demasiado entusiasmado con lo que venían haciendo y sobre sus cuentas o bien no había reparado en ellas o no les prestaba atención alguna. Claro, se dijo así misma, a manera de reprimenda íntima, no se había atrevido a entablar con él una conversación sobre aquello, quizás por temor la rechazase, como quien lo hace con alguien que traiciona unos principios, unos simples compromisos amistosos o entre compinches.

Además, los dos se habían distanciado tanto de la gente, como cerca estaban de quienes con ellos solo compartían las mesas de juego y los salones donde

apostaban y veían las carreras de caballos sin desviar un segundo la "mirada" de las pantallas de los televisores, pese cerrasen los ojos y con las manos entrelazadas, se imaginasen en medio de la pista, en el lomo de los caballos o mirando el corretear de los dados con la lentitud o rapidez que ellos les imprimían. Y, por ese alejarse de la gente, no recibían la influencia ni la advertencia de nadie; estaban en un mundo lleno de gente, por demás bullicioso, pero en medio de una soledad sepulcral.

—En lo que a mí concierne, dada tu actitud, dalo por un hecho, mañana me reintegro a mi responsabilidad en el negocio. La vida que he llevado este tiempo se acabó. Cómo que estaba esperando estas palabras e invitación.

Dijo aquello e inmediatamente puso su mirada y atención sobre el compañero, pues lo que dijo también estaba dirigido a él y, quizás, hasta preferentemente. Era una toma de posición definitiva acerca de su vida, que a él concernía en buena medida e interiormente, mientras decía aquello, daba gracias a Dios y al socio, le hubiesen insuflado en ese momento la fortaleza para decir aquello que, al mismo tiempo, era un llamado al compañero a reflexionar sabiendo este de antemano lo que ella pensaba.

El compañero, pese su convicción que estaba en lo que le era propio, satisfacía sus deseos y sueños y aún a sabiendas que la aparición de repente del socio ante ellos, tenía que ver con su vida y la de su compañera,

se quedó evidentemente por demás sorprendido por lo que dijo esta. Poco interés prestó al reclamo del socio, pese sus palabras le parecieron hoscas y hasta impertinentes porque, según su parecer, lo del negocio no le daba autoridad para invadir su privacidad, pero si a lo manifestado por su compañera. Fue algo como imprevisto; no lo esperaba, pues hasta ese momento, ella no le había dado muestras de inconformidad y preocupación alguna, al contrario, la veía a ella entusiasmada en lo que hacían, sin muestras de preocupación alguna por asuntos de números y cuentas de haberes y deberes. Pensaba que, como él, estaba feliz en lo que hacían y no había asunto intrascendente, menos como ese de las cuentas, que le preocupase.

Por eso se quedó como impávido y, mientas su mirada iba del socio a la compañera, sobre quien se detenía más tiempo, al final, mirando fijamente a esta, empezó a hablar para los dos, midiendo cada una de sus palabras, pues estaba asombrado e inconforme.

—Esto para mi es algo que se me vino de golpe. Era lo que menos me esperaba. –dijo hablando a los dos.

—Con respecto a ti, te diré… –habló señalando a la compañera con el dedo índice de su mano derecha, mientras le miraba de manera reposada–, nunca, hasta este momento, me hubiera esperado esto. Hubiera jurado por las cenizas de mis padres, que estabas contenta y, hasta te hacía feliz, lo que dos hemos estado haciendo. Si estabas inconforme, me acabo de enterar.

—Sí, es cierto lo que dices –le interrumpió ella y continuó–, pero no pases por alto lo que ya dije, sólo recientemente me puse a meditar sobre todo al percatarme que, sin darme cuenta, me estaba empobreciendo y habíamos descuidado la fuente de nuestros ingresos; pues como bien sabes, esta no es el juego y el valor que a este le damos. Se trata de reflexionar, recapacitar para cambiar el rumbo de las cosas y buscar el equilibrio.

—Y como te dije, no veía este fuera el momento para que hablásemos de eso. Pero ya en esto estamos.

Le dejó hablar, pese había sido interrumpido, para estar más seguro de lo que ella diría y para eso organizar mejor su respuesta, pues estaba en un momento de tomar una decisión trascendental, según su parecer, distinto a lo de apostar a un caballo o en una parada de dados, lo que, en su conducta, modo de abordar aquello, lo importante era sentir la emoción de estar en eso y no los resultados. Ahora era distinto, tenía que poner interés en acertar, ganar.

De la gloria al ridículo

—Pues sí primo, aquí donde usted me ve, de cuidador de los carros en el estacionamiento de este próspero negocio, donde se apuestan a las carreras de caballos, a los dados y hasta a la baraja, de martes a domingo, de ganancias cuantiosas, fui de los dueños, socios que le fundaron y, la gran jefa de aquí, se acostaba conmigo, no sólo en la cama, sino sobre el lomo de los caballos que se desplazaban por las pistas de, yo ya no sé cuántos hipódromos, sobre las caras y hasta los filos de los dados y nos excitábamos, ella con el as de bastos y yo con el de oro.

Así habló el Primo a su compañero de trabajo, pues mientras él se encargaba de cuidar los vehículos en el estacionamiento, el otro hacía de portero, ya al anochecer, cuando la clientela se había marchado y sólo estaban adentro quienes trabajaban haciendo las labores propias del cierre de la larga jornada del día.

—¿Cómo es eso Primo, tú fuiste dueño de este negocio? ¿Y qué pasó? ¿Por qué ahora solo eres el cuidador de los carros?

El Primo, por aquella pregunta, volvió a sus recuerdos de aquel día cuando habló con su compañera, quien había desistido de seguir acompañándole en sus correrías, aventuras por las casas de juego, sin reparar en las pérdidas, sólo por el placer que aquello extrañamente les prodigaba y atrapaba y con el socio quien les exigió volviesen como al principio a ocuparse del negocio. Y recordó cómo, al intentar responderles, se percató que dicho lo que tuviese que decir en su defensa y en la de la vida que habían llevado, dada la actitud de ella y la visión que de todo aquello tenía el socio allí presente, se sintió confundido e incapaz de pronunciar un discurso en su defensa. Era confrontar un discurso realista, sustentado en cifras, en pruebas irrefutables, fundamentadas en lo real y hasta cotidiano, con uno lleno de sueños, emociones y hasta de la imaginación pura, que al socio nada dirían; es más, supo que lo que diría, valedero en otras circunstancias, como cuando antes hablaba con ella, metida esta en su mundo y sus sueños, más habiéndose salido por lo que dijo y la fortaleza que en eso demostró y el haberle dicho que llevaba días meditándolo y confrontando todo con la realidad, sería inútil, más estando allí presente el socio a quien lo sabía en capacidad de rebatir con facilidad sus argumentos y, entonces interrumpió el discurso

que había iniciado, se calló por momentos y terminó diciendo:

—Está bien. Solo voy a pedirles me den dos o tres días para pensar, organizar mi cabeza y tomar una decisión. Es fácil para mí, ahorita, tomarla y eso sería romper con ustedes y seguir en lo mío hasta donde pueda. Pero hay mucho de sensatez en lo que dicen y por esto, debo componerme por dentro antes de decidirme por una cosa u otra.

Fue aquello, pese lo impactante, sorpresivo, que le llegó así de repente, cuando de eso nada esperaba, un asunto que resolvió con prontitud. Todo ese tiempo recién pasado que anduvo con ella, la compañera, comprendió que el placer estaba en compartirlo, sentir que la alegría, la emoción se trasladaba de un cuerpo a otro, pues era algo mucho más que eso del espíritu, porque se sentía en cada pedazo de carne del cuerpo y hasta los vellos y los pelos se excitaban y se enredaban con los de ella y quedaban como atrapados en una malla o tarraya de pesca. Entonces seguir solo, hasta encontrar a alguien que sintiese aquello no era fácil, llevaba tiempo, su experiencia se lo decía. Sabía, además, que la compañera era la adecuada, la como mandada a hacer para eso, pero estaba preocupada por sus ingresos, el cómo financiar esa vida y los recursos disminuían bruscamente y él mismo, como en esa llamada de atención, así lo comprendió. Era entonces el momento de una tregua, un *time*, como dicen los

muchachos, un rebobinar, un descanso para tomar fuerza y luego continuar.

— Pues como te conté. A los tres días me presenté aquí y sin mucha cosa, les dije a los dos. Tienen razón, volvamos al trabajo.

Cierto. Como le dijo el Primo a su nuevo compañero de trabajo, se presentó a retomar su puesto de trabajo y en eso estuvo un tiempo, unos seis meses, tiempo durante el cual, siguió conviviendo con su compañera, desempeño con ánimo y eficiencia su responsabilidad de administrador del negocio y este volvió a ser para los tres socios "la mina" que antes había sido. Es más, en ese tiempo aumentó sensiblemente la clientela, el número de apostadores y la cifra de las apuestas.

—Pero como uno dice, "quien nace barrigón ni que le fajen chiquito". Ni un momento, al volver, me sentí bien en aquello, pese mejoró mi situación económica, recuperé mi compañera que por tres días creía haber perdido. Pero no todo es felicidad. Sentía un vacío, algo que me hacía falta y el llamado oculto de las casas de juego, del apostar, aunque perdiese y sentir todo aquello como algo que traspasaba todo mi cuerpo y el de ella y nos fundía. Mis relaciones íntimas con ella se volvieron frías, como gestos, ritos que uno hace sin que en eso crea, por puro convencionalismo o simplemente "darle gusto al cuerpo". No había emoción, sabor en nada de eso.

Por el contrario, ella empezó a encontrar ahora la tranquilidad y el destino que buscaba. ¿Qué había

hecho antes? Pues salir a la calle todas las noches como un cazador en busca de la presa, pero uno que, en cada lance, era la presa misma y en la medida que algo alcanzaba sentía que iba perdiendo mucho. De repente, empezó a percatarse que más que deseada, digna de ser buscada y hasta cazada, a cambio de un cebo intrascendente, necesitaba ser respetada y tomada en cuenta para algo que, pese lo que eso fuese, la hiciese sentir importante, fuerte y segura. Además, al retornar al negocio, empezó a sentirse útil, fuerte y sus cuentas volvieron a mejorar, por lo que podía empezar a planificar el futuro y hasta el dedicarse a cuestiones más útiles que la llenasen a plenitud.

Los meses que pasó con el compañero, entregados los dos al juego, en verdad le resultó divertido, alegre y hasta si se quiere feliz, pero llegó un momento, un instante que, de repente se percibió al borde de un precipicio y mirando allá abajo, en lo hondo, todo oscuro, como que, si nada hubiese, como si fuese a una condena eterna y triste en retribución a lo que estaba haciendo. Se sintió vacía. Además, venía mirando sus cuentas, como el agua que llena un envase perforado en el fondo y sintió como si también empezase a hundirse en la incertidumbre financiera. ¿Qué vendría después?

La vuelta al negocio, le dio tranquilidad y la certeza que una vida feliz, satisfactoria, no tenía por qué no acordarse con aquello, sobre todo por la seguridad que eso le brindaba. El juego y el placer no podía ser

todo, porque ello demandaba un soporte, algo que le diese sustento. Además, como siempre había pensado, había tiempo y espacio para todo, siempre que se actuase de manera comedida, con moderación, sin dejarse arrebatar por los excesos. Y esto lo puso como condición al compañero para que volviesen a unirse como al principio.

—Eso sí, mi amor, vamos a desintoxicarnos. Lo hacemos desde ya y previo acuerdo o buscamos ayuda de un psiquiatra. Pero desde ya, porque sé, eso será parte del tratamiento, vamos a alejarnos de la vida que llevábamos por un tiempo, mientras recuperamos el negocio, nuestra propia salud, nos ganamos de nuevo la confianza del socio, de quienes trabajan para nosotros y recuperamos un poco el equilibrio, despojándonos de la avidez en la que andábamos. Ya tendremos tiempo para planificar hacer lo que sea necesario y placentero sin desligarnos de las obligaciones que se derivan hasta de la misma necesidad de llevar una vida realmente placentera.

El portero habiendo escuchado con el habitual interés de quienes le interesan los asuntos de la vida privada ajena, sintió más curiosidad todavía. Quería saber ahora cómo, después de aquella conversación, pasado el tiempo, el Primo había terminado donde ahora estaba, de empleado del negocio y en el de simple cuidador de los vehículos que a este llegaban. Por eso, cuando su compañero hizo lo que creyó un descanso, aprovechó para preguntarle con ironía:

—¿Pero por lo que veo Primo, usted como la cabra, parece que tiró pal monte?

—Sí amigo mío. Aguanté un tiempo. Hice de todo lo que puedes imaginarte para adaptarme a esa nueva vida. Estar en el trabajo, ver a los otros jugar y no poder hacerlo, era una tragedia. No estar en primera línea, bajo la atención de los demás viéndome arriesgar, sin temor y por la sola emoción sublime que todo eso me produce, no era para mí una vida verdadera.

Hizo un paréntesis para darle salida a un vehículo y continuó:

—Cerrar el negocio y las cuentas diarias, comprobar cuánto mi compañera y yo, en ese día habíamos ganado, para ir luego a casa a aburrirnos, vernos las caras el uno al otro, algún tedioso programa de televisión, sin tener que hablar y añorar los bellos ratos de entonces, se me volvió insoportable y una forma de vivir insustancial e insoportable.

Se detuvo un rato, miró hacia el infinito, en eso estuvo unos segundos y volvió su mirada hacia con quien hablaba y continuó la charla:

—Entonces decidí proponerle volviésemos a aquellas correrías, eso sí, le prometería que, esta vez sí es verdad que seriamos discretos y comedidos. Sin dejarnos embargar por la locura de antes. Que contara conmigo para eso.

Aquel domingo, antes de cerrar y abandonar el negocio, el Primo se apertrechó de dos botellas de buen

licor solicitadas al bar y se las llevó a casa. Era la primera vez que hacía aquello desde "el regreso". Había estado dándole vueltas a la cabeza y las ideas acerca de cómo abordar a la compañera con lo que tenía en mente y concluyó que, la mejor manera de hacerlo, era después de unas copas y un instante de intimidad.

—¿Entonces Primo?

Su compañero de trabajo, el portero del negocio, que le acompañaba en aquel estrecho espacio donde solía guarecerse mientras vigilaba los vehículos de los clientes del negocio, le sacó del estado de meditación en el que entró de repente y le preguntó:

—¿Y qué acordó con su compañera, esa bella y elegante dama que es nuestra jefa?

El primo salió lentamente del estado en que se hallaba, atropellado por todos los recuerdos, improvisó una sonrisa irónica y le dijo:

—Pues viéndome aquí, el estado en cual me hallo y el papel que ahora desempeño, explícate tú mismo. Pon a volar la imaginación.

Tengo todo bajo control

Un largo rato estuvo el señor Carlos con su joven acompañante en las afueras de la casa de juego, desde donde se percibía el ajetreo de los actos de cierre de las "Fiestas Patronales", el movimiento de gente que se movilizaba de un espacio a otro, sobre todo hacia la plaza. Pues en distintos puntos había tarimas para la actuación de orquestas y conjuntos musicales que con sus respectivos cantantes se esmeraban en distraer y deleitar a aquel publico con su música, la del llano. Abundaban las chicas con sus faldas amplias, llenas de flores estampadas, blusas blancas bordeadas de encajes y cada una de ellas con una cayena roja, grande y hermosa atrapada en la oreja derecha. Y los muchachos vestidos de liquilique blanco, el traje tradicional del llanero venezolano y sus sombreros, unos negros, otros blancos y fuete en la mano que no solo sugiere el instrumento para domar y conducir la montura, sino el

don de mando, el poder del macho, del jefe y capataz de la finca y de la vida. Todos iban contentos, garbosos, de ágiles movimientos, amplias sonrisas, enérgicas y alegres voces.

Cada cierta distancia, en lo que fuese, un poste del servicio eléctrico, la pared de una casa, un árbol, se hallaba instalado un parlante que difundía la música procedente de la tarima más próxima.

Disfrutó aquel espectáculo, el tiempo que tenía escrupulosamente calculado, además estaba dentro de sus planes, no tenía premura, debía pensar en cada detalle y sobre todo tranquilizarse, para cuando llegase a la mesa a "dar el golpe definitivo", estuviese calmado y bajo el control de todo. No debía olvidar el detalle de rescatar el dado que furtivamente había mezclado con los del lanzador. Devolverle el suyo para cuidar los detalles y entonces jugarle con sus propias cartas. Hacer eso no le era difícil, sabía bien cómo distinguir uno de otro, para eso se había entrenado gran parte de su vida. Además, su dado, al solo conectarse con él, le enviaría la señal convenida.

Estuvo otro tiempo más observando, disfrutando de todo aquello, de la gente, la música y el ambiente alegre que corría por las calles hasta arrastrado todo por el viento que venía de la sabana abierta. Mientras tanto hablaba con su acompañante compartiendo comentarios sobre todo aquello.

Un breve tiempo después, habiendo pasado la carroza de la reina que sentada en su trono saludaba, pero ya con aires de cansancio por el ajetreo de todos aquellos largos días de fiesta, saludaba a un lado y otro de la calle a la gente que por allí transcurría o disfrutaba todo aquello sentada a las puertas de sus casas. Mientras su acompañante, abrazando el maletín del señor Carlos, le preguntó:

—¿Qué piensa hacer? Ya casi es la hora que den oficialmente por terminadas las fiestas.

Volteó la cara hacia su joven amigo, pues había seguido con la mirada la carroza de la reina hasta que se perdió al voltear en la esquina, le sonrió, dando la sensación de la mayor seguridad y le dijo, mientras le palmeaba la espalda.

—Tranquilo que el equipo gana. Todo está bajo control. En este momento, si alguna duda o recelo pudo haber entre quienes manejan la mesa, ya está disipado.

El acompañante, más que todo ansioso de saber que se proponía su amigo, quien en esos avatares era "un saco de sorpresas", bien lo sabía él, que tantas veces le había acompañado y siempre tenía "las de sorprender" y no lograba descifrar su estrategia de ahora, después de escucharle aquello, le comentó:

—Pero debe apurarse. Ya deben estar organizando el acto de los fuegos artificiales, cuando todo el mundo abandona lo que está haciendo, hasta los jugadores para acercarse a la plaza a disfrutarlo. Los bebedores

allá se van con su bastimento y no hay quien se quede en casa. Si piensa hacer algo tiene que hacerlo ya, no tiene mucho tiempo.

—Tranquilo querido amigo. Tengo todo bajo control. Ya vamos pa' dentro. Tomemos ahora otro palo de verdad. Guarda la botella y saca la otra.

Consumió con prontitud el trago que le brindo su acompañante, le devolvió el vaso, se pasó el dorso del antebrazo de la mano derecha por la boca y dijo:

—Vamos pa dentro. Mantente siempre detrás de mí y no te asombres ni incomodes por lo que haga. Ríe con discreción ante cada gesto mío y mantente dispuesto a ejecutar cada cosa que te diga. Mantén la botella en la mano y el control del maletín con dinero para que me lo des en cuanto te lo pida.

El señor Carlos regreso a aquel local, se dirigió al espacio de las apuestas, se acercó primero a una de las mesas donde estaban dispuestas las botellas para el autoservicio de los clientes, en su desplazamiento tropezó a dos hombres aparentemente sin motivos, desplazándose de un lado a otro como quien pierde el equilibrio, pero de manera discreta, sirvió dos tragos, una para él y otro para su acompañante, a quien se lo ofreció hablándole con la intención de dejarse oír por quienes estaban cerca, en forma que dejaba la sensación que estaba embriagado, sabía que, en su momento, el comentario llegaría a todos, empezando por los lanzadores y todo aquel que algo tuviese que ver con el

control de la mesa de juego. Eso estaba incluido en su plan, hacer creer a todos aquellos que allí estaban, empezando por quienes manejaban la mesa de juego que estaba, por lo menos, ligeramente "pasado de tragos".

Su acompañante, mientras tanto, miraba a todos a quienes tenía cerca, girando de un lado a otro y les sonreía, como celebrando aquello por lo que recibía a cambio sonrisas y gestos de ellos como de aprobación y alegría con lo que hacia aquel señor quien, desde el primer día de las fiestas, había estado presente y mantenido una conducta ejemplar y por demás participativa. Era la suya, según lo percibían, y era eso justo lo que buscaba, en ese momento, una demostración de lo bien que se había sentido y algunos hasta le aplaudían y le saludaban con discretos gritos afectuosos.

Hasta los alrededores de la mesa, al espacio de los jugadores, justo al mismo donde antes había estado, se llegó y por haber estado allí antes tantas veces y sobre todo desde que llegó esa noche, gesto complaciente y afectuoso del "lanzador", quien solicitó, a quien allí estaba en ese momento, se corriese. Al llegar le dio a este un apretón de manos, agradeció a quien le cedió el espacio y volteó para cerciorarse que su acompañante estuviese en su sitio y le dijo a manera de ser escuchado por quienes estaban cerca, con voz de quien se ha pasado de tragos:

—Sírvete un trago y el mío.

Casi arrojó el contenido del vaso hacia el fondo la garganta, tanto que se ahogó y se vio obligado a toser

fuertemente, gesto que fue acompañado de las risas de todos los que allí estaban.

Aprovecho aquello para "devolver", con disimulo al lanzador, el dado que antes había sustituido por uno de los suyos, lo que desbalancearía el juego que aquel venía realizando y hacia previsible a los dos el resultado. Antes de hacer aquello, hubo de esperar que el lanzador, en un gesto ya habitual, pusiese los dados en descanso en la esquina de la mesa que ocupaba, se despojase del sombrero y se pasase las manos por la cabeza, como en gesto de descanso y descarga de las tensiones. La distracción que generó su ahogo también le sirvió para ejecutar su habilidosa maniobra.

Ahora las cosas estaban de su parte y sólo faltaba decidir el momento apropiado para el golpe final, para eso estaba atento a la hora que marcase su reloj, justo cuando faltasen pocos segundos para que, desde la calle se comenzasen a escuchar los estallidos de los cohetes, los fogonazos de los fuegos artificiales que se desparraman en el espacio y mandan sus luces a todas partes, hasta el último rincón, entrasen al salón y con ellos las voces de la gente toda, la de fuera del local y la de adentro acompañando todo aquel jolgorio

Ahora, en las próximas tres jugadas, sería él quien tuviese el control y aquel, el lanzador "furtivo", sin darse cuenta quedaría en sus manos.

Cuando llegó la oportunidad hizo su apuesta, un poco por encima de las que venía haciendo, nadie le

dio importancia a aquello, ni el lanzador, más experto y obligado a percibir esas conductas "extrañas", no le prestó atención, lo vio como un atrevimiento producto de su estado. No era la primera vez que eso presenciaba y además era habitual en la noche de cierre.

El lanzador hizo su habitual rutina; la primera fue esperar la seña que le daba otro de los lanzadores que llevaba el control del juego, para definir lo que haría, sus movimientos y toda la artimaña que ponía en cada lance. El señor Carlos, siguió atentamente todo aquello, sin pasar por alto ningún detalle, parecía registrar cada movimiento en cámara lenta, el movimiento de las manos, el frotar los dados unos contra otros, la forma de lanzarlos, la fuerza inercial de cuando salieron hacia el aire, el caer en la mesa, la ruta que les fue trazada, la altura que ellos alcanzaron en el aire y el comenzar a correr dando sus tropezones, hasta quedar rendidos. Esta vez, volvió a perder. Aunque por todo aquello y la rutina del lanzador, sabía de antemano el resultado. Ahora estaba seguro de lo que vendría en el próximo lanzamiento.

Para no llamar la atención o dejar elemento de sospecha, apostó en los siguientes lanzamientos efectuados por los otros dos lanzadores perdiendo en ambos casos sumas similares a la primera. Mientras tanto daba muestras de estar perdiendo el control por efectos del alcohol, pero no tanto como para generar alarma o preocupación de quienes allí estaban.

Ahora empezó a pedir más de seguido a su acompañante le sirviese tragos de aquella botella que fingía contener alcohol para disipar cualesquier duda y le mirasen como un pobre inocente que había "perdido el control".

Le llegó de nuevo el turno al lanzador "furtivo", se hicieron las apuestas, mientras tanto, el señor Carlos en medio del descontrol y perdida fingida de la razón, empezó a decir cosas contra "la maldita suerte" y pareció que dejaría pasar aquel turno. De repente, en el momento que el lanzador empezó su ritual, se acercó a este, le dijo de manera firme, pero sin perder la cordialidad, como suelen hacerlo los borrachos con los amigos:

—¡Párate un momento! Quiero hacer una última apuesta. Pues sé que mi suerte está contigo.

El lanzador se contuvo; no obstante, hizo un gesto de disgusto, pues ya su contracción y planes estaban listos para lo que debía ser su jugada, tal como estaban las apuestas. Pero reaccionó inmediatamente, recompuso su rostro, puso una alegre sonrisa, dado que le había interrumpido aquel cordial y manso jugador que allí estaba sólo por matar el tiempo. Le hizo un gesto que significó ¡adelante! ¡Haga su apuesta!

Se volteó, pidió a su acompañante por primera vez su gran bolso, lo tomó, lo puso sobre la mesa y en el espacio destinado para aquello vació todo el contenido del mismo que era una abundante cantidad de billetes de la más alta denominación.

Su compañero, ya al tanto de todo aquello, fingió evitar que "cometiese aquella locura", se interpuso entre él y la montaña de billetes y le dijo:

—Señor Carlos, usted me va a perdonar, pero no le voy a permitir que haga eso. Usted no es hombre de hacer esas cosas. Sabe bien que ese dinero es para pagarle a las personas con quien usted ya hizo negocios y no puede quedar arruinado y con su prestigio perdido.

El primero en salir en "defensa" del apostador fue el lanzador, quien le dijo al joven:

—Bueno. ¿por qué te me metes en eso? Es mayor de edad, está jugando, esos reales son de él y eso quiere. Si vas a insistir te mando a sacar de aquí. Pues quien manda es la casa y tu estas saboteando.

Las palabras del lanzador fueron respondidas con un fuerte aplauso de los allí presentes, de lo que el joven se aprovechó para hacerse el derrotado, insolente, como metiéndose en lo que no debía y sin ganas de insistir. Por lo que, fingiendo estar confundido, se mantuvo un breve tiempo en aquella posición y actitud y luego se retiró discretamente y hasta como abrumado por la pena. Volvió a su posición de antes, detrás del señor Carlos, le sirvió otro trago por este solicitado, quien le dio tres palmadas en el hombro derecho a manera de "agradecimiento". No obstante, fingiéndose afectado por la gesta de alcohol, le habló con la lengua enredada y con muestras de disgusto, en alta voz y energía, de manera que todos escuchasen:

—Te voy a agradecer que no te metas en esto. Yo me estoy divirtiendo; esos reales son míos. ¡Agradezco tu compañía, pero más nada!

Vuelta la calma, aceptada la apuesta, sin que la mesa se tomase el trabajo de contar en cuanto consistía, pues gestos como aquel no eran allí extraños y, además, quienes a ella manejaban, sabían en que terminaría todo aquello. No había nada que revisar por ahora. Eso traería retardos innecesarios, la ronda de juegos estaba por terminar porque, de un momento a otro, la fiesta final, la muy esperada, la de los fuegos artificiales, empezaría a llamar la atención de todo el mundo.

Jugamos como nunca, perdimos como siempre

El hijo de Ramona, aquel domingo, se levantó a la hora habitual. Debía prepararse para el examen de teoría económica del día siguiente. Otro de los tantos que, cada 15 días, debía rendir con aquel cura cascarrabias que no daba tregua, no se conformaba con simples respuestas, tomándola mala o buena, según su parecer, sino que repreguntaba, como intentando hallar sensatez en lo que uno dijese y si en verdad algo sabía del asunto y no le estaba repitiendo un caletre, una cosa aprendida de memoria. Y en efecto, así era.

Entre sus compañeros, bastante habían discutido sobre el asunto y escuchado al cura decirlo. A este poco interesaba lo que se dijese, ni siquiera si se repetía de pe a pa, al caletre, de memoria, lo que en sus libros estaba escrito. En este caso era peor y al interrogado estrujaba, lo perseguía como boxeador que acosa a un contrario que retrocede, se va a la esquina, buscando refugio y

donde descansar las piernas. Allá le sigue y pregunta y ante cada respuesta dispara casi de seguido, dos y tres preguntas más. Hasta quedar extenuado y así averigua si, en verdad leyeron suficientemente y entendieron cabalmente lo leído y dicho. Y, entonces, sólo así, se da por satisfecho y en disposición de calificar a quien examina. De nada valía repetirle un discurso, ni siquiera sobre lo escrito por él mismo, había que demostrarle que aquello se manejaba acertadamente, si se había comprendido. No le importaba que se contradijeran sus opiniones e ideas expuestas en clase y en sus libros. Sí eso se hacía demostrando conocer el tema, con sensatez, la necesaria y pertinente rigurosidad, tratándose de unos jóvenes estudiantes.

En eso pensaba mientras estudiaba y confrontaba lo leído con las notas tomadas de los libros del cura y sus charlas en clase sobre el tema. Que para ese momento era las llamadas "leyes del mercado".

Vivía en una casa o quinta llamada "Saudades", de una pareja de españoles de mediana edad, sin hijos, en la calle San Antonio de Bello Monte, en la parte norte del espacio conocido con ese nombre. Al sur de la Avenida Casanova y de Sabana Grande.

Él, y otros tres estudiantes, ocupaban los dos cuartos de la parte alta de la casa y la pareja de españoles, en la parte de abajo. Aquella mañana, sus tres compañeros optaron por irse a estudiar, como de costumbre, en los espacios abiertos de la UCV, eso les permitía acceder

a la biblioteca y al comedor. Él prefirió quedarse en su habitación, pues disponía del material necesario para prepararse, como dos libros del cura, otros dos más que trataban el mismo asunto, sus notas personales, tomadas en la clase y en conversaciones con amigos que conocían el tema y estaba invitado a almorzar por Enrique, su amigo y paisano, estudiante del último año de medicina, quien vivía con su esposa y compañera, de la misma carrera y año, en un pequeñísimo apartamento en la misma calle, a unos 30 metros de distancia.

De manera que, estando tan ocupado y preocupado, no por el examen mismo, sino porque se trataba de un combate contra el cura, un subirse al cuadrilátero contra contra un boxeador muy experimentado, veloz, con un golpe recto incisivo, certero y mayor pegada, se olvidó en las primeras horas del asunto del cuadro y las carreras de caballos.

Además, no siendo aficionado a aquello, era natural que eso sucediese, pese el estado emocional que le embargó la noche anterior por aquella aventura de "jugar" un cuadro de caballos.

Al mediodía, se vistió de manera apropiada para ir a almorzar casa de Enrique, dejó libros y cuadernos de nota sobre la cama y se encaminó hacia allá. En verdad, ya se sentía lo suficientemente preparado y "armado hasta los dientes" para enfrentar al cura. De manera que, de allí en adelante, se dedicaría a distraerse, como hablar largamente con su amigo y esposa, también

paisana suya, recordar los tiempos del liceo y los tantos recuerdos hermosos que todos ellos conservaban de todo aquello. Justamente, después de almorzar, mientras hablaban sobre aquellas cosas, escuchó que, de una vivienda vecina, llegaba un sonido que le pareció la transmisión por la tele de las carreras de caballos.

—Cónfiro Henrique, –dijo al amigo– puedes prender tu televisor para ver las carreras, ya deben estar por comenzar las del 5 y 6.

—Por supuesto que sí, –respondió el aludido– ya estaba por prenderlo, porque yo juego mi cuadrito todos los fines de semana. ¡Quién quita! A lo mejor así salimos de abajo.

Sin proponérselo, simplemente que no se sintió tentado a hacerlo, no le comunicó a su amigo que también había sellado su cuadro. Se limitó a escuchar su comentario y hacer uno jocoso por lo aquel dijo y se dispuso a mirar el televisor que estaba en la misma "salita" que sirvió de comedor.

Estuvo en casa de Enrique y su esposa, justo hasta cuando terminaron las carreras, serían algo menos de la seis de la tarde. A medida que se producían los resultados de las mismas, anotaba el nombre del caballo ganador en un papel que le fue suministrado. Aquello no le decía nada, pues poco conocedor del asunto, había olvidado los nombres de los caballos que suponía estaban anotados en los formularios que habían sellado y tenía en el bolsillo de la chaqueta que usó el día anterior.

Al llegar a la quinta carrera, en donde participaría la muy joven yegua debutante, escogida por su novia, le embargo la emoción y un interés particular, como es fácil comprender. Se dio la partida, el jinete la mantuvo discretamente en un pequeño lote de tres o cuatro caballos detrás de los dos que desde el arranque tomaron la delantera, tomaron la primera curva sin cambios en las posiciones, continuaron con la puja, pese se percibía que, por el accionar de los jinetes, esta se limitaba a mantener las posiciones. Al salir de la segunda curva y entrar en la recta final, los del lote se lanzaron todos, como impulsados por una catapulta, sobre los dos caballos que habían estado punteando y de inmediato los desplazaron de los primeros puestos. Y así avanzaron hasta la meta, cuando faltando unos cien metros, el jinete de la yegua la exigió, aplicándole las espuelas, golpeándola ligeramente con el fuete, lo que la hizo multiplicar la elasticidad de su cuerpo, ampliar sustancialmente sus zancadas, en fin, volverse más veloz, tanto que pareció volar y en breve tiempo se despegó de sus acompañantes y cruzó la meta casi con dos cuerpos de ventaja de su más cercano perseguidor.

Aquello lo celebró con entusiasmo, tanto que Enrique y su esposa, que hasta ese momento sólo habían "pegado" un caballo, con alegría le preguntaron:

—Tú como que jugaste un cuadro y pegaste esa yegua que es un enorme batacazo.

Fue en ese instante, mientras esperaban por la próxima carrera, la última de todas y la del 5 y 6 de ese domingo, cuando contó a sus amigos lo de la noche anterior en casa del experto aficionado a las carreras, las incidencias en la elaboración de los cuadros y particularmente como habían escogido esa yegua y al caballo Serrano que correría en la siguiente.

Mientras tanto, escuchó los comentarios en la televisión acerca del resultado de aquella carrera y las incidencias en las apuestas. Según dijeron, se trataba de "un tajo", un verdadero "batacazo", tanto que, según los números, en las apuestas a ganador, no parecía esa yegua, lo que hacía presumir, casi con certeza, que esa tarde difícilmente hubiera cuadro ganador con seis caballos.

Cuando dieron la partida, en una carrera de larga distancia, de 1500 metros, donde según los entendidos dominan los caballos de largo aliento; esos que corren los primeros mil o mil doscientos metros, pausadamente, guiados por jinetes expertos que bien les conocen, conservando facultades y al mismo tiempo manteniéndose cerca de quienes podrían también tener arrestos y fuerza para lanzarse a toda carrera en los metros finales.

Serrano salió adelante, como había hecho en las carreras anteriores, pero esta vez, el jinete le contuvo para ahorrarle energía y fuerza, a más de la mitad de carrera. Sobrepasados los ochocientos metros, se mantenía adelante, a la misma distancia y en el mismo

ritmo. El jinete, el mismo que antes le había montado, le mantenía relajado y corriendo con libertad sin exigirle apurase el paso. A la altura de los 1000 metros, Serrano, exigido por su jinete, comenzó a apurar el paso discretamente, sin malgastar fuerzas, cuidándolas para el momento crucial, y a poner cada vez más distancia entre él y sus seguidores, como que estos, en su empeño de cuidarse unos a otros, le subestimasen. Los jinetes de los favoritos que le seguían, para quienes el caballo de adelante no les parecía un rival, estaban pendientes de cuidarse mutuamente esperando el momento para iniciar el arranque final o que cualquiera de los otros lo hiciese, subestimaron que, Serrano, de manera casi disimulada, pues en ningún momento, el jinete le había exigido un esfuerzo supremo, empezaba a lo que llaman en el medio a "despegarse".

A la altura de los 1200 metros, faltando 300 para el final de la carrera, en el lote de los cinco favoritos comenzó a notarse el habitual "zafarrancho" de aquellas circunstancias. Dos de ellos, como puestos de acuerdo, arrancaron violentamente, más por despegarse del lote que por alcanzar al puntero e inmediatamente, los tres restantes respondieron logrando contener la arrancada, lo que permitió a Serrano, sin aumentar su marcha, no sólo conservar la punta sino la ventaja que traía. A los 1300 metros, faltando sólo 200 para llegar a la meta, al unísono, los 5 caballos del lote de atrás, dieron el arranque final y definitivo, poniendo en juego todas sus

energías y dotes de rematadores, de esos que se lucen en la propia meta. Sus jinetes realizaron las mismas maniobras, afincados en los estribos, colocando casi horizontalmente sus cuerpos con los de los caballos, tanto que sus cabezas alcanzaban los largos cuellos de estos, en una maniobra habitual como para restarle peso y aumentar la velocidad. El jinete de Serrano que, a aquella altura, cuando la carrera se había desarrollado tal como fue planificada con su entrenador y, sabiendo que su caballo estaba en plenitud de condiciones, pues sus dotes de velocista estaban intactas, como que si bien había estado adelante desde el principio, no había sido exigido por sus seguidores, le dio rienda suelta a los instintos de su montura y hasta le excitó con el fuete y las espuelas, asumió la mismo posición de los jinetes que le acosaban y pareció salir disparado hasta legar a la meta con casi 40 metros de ventaja sobre los cinco favoritos que le seguían.

Cuando Serrano cruzó la línea final y fue declarado ganador, habiendo derrotado a cinco favoritos, sus amigos y paisanos le felicitaron y los tres se abrazaron.

—Cónfiro hermano. Ustedes entonces se pudieran haber metido un billete gordo, porque con esos dos resultados, esos dos tajos que pegaron, según lo que estás diciendo, y si los cuatro primeros, los que todo el mundo jugó, son los mismo que anotaron en sus cuadros, entonces lo más seguro es que los dos únicos cuadros con seis sean los de ustedes.

—¡Aló mi amor! ¿supiste lo del resultado del 5 y 6?, –hablaba el hijo de Ramona con su novia por teléfono, desde la residencia donde vivía. Había estado en casa de los amigos hasta las 7 de la noche.

—No, no sé nada de eso –respondió la joven– me pasé todo el día, hasta ahorita, estudiando, pues como sabes mañana tengo exámenes. Pero cuéntame.

Le contó, con todos los detalles que pudo, sobre el resultado de las carreras.

—Ahora mismo, al subir a mi habitación voy a buscar en la chaqueta que cargaba puesta ayer, los cuadros y los originales que están en los papeles que llenamos antes de sellar, para constatar si los cuatro primeros que ganaron son los mismos que anotó nuestro amigo. De lo que estoy seguro que sí, pues como sabes, él juega puro favoritos y en esas 4 carreras ganaron las líneas. Pues los nuestros, tu yegua y Serrano, el caballo que puse, ganaron. Recuerda que tú tienes los originales, consérvalos con celo y no le hagas a nadie ningún comentario.

—Okey, mi amor. Averigua y me dices mañana cundo nos veamos. ¿Cómo estás para tu batalla de mañana con el cura?

—Bien, bastante bien.

—Bueno entonces hasta mañana y que duermas bien.

Subió a su habitación, buscó en la chaqueta los papeles que allí tenía y revisó los dos donde estaban anotados, carrera por carrera, los caballos que habían

acordado jugar. Comparó esas notas con las que tomó en casa de Enrique, en la medida que finalizaban las carreras y concluyó que los dos cuadros habían pegado los seis ganadores, pese que entre uno y otro había diferencias, pues el amigo experto y aficionado a los caballos, hizo distintas combinaciones.

Se sintió contento, feliz, pues sin duda se habían ganado un dineral. Por aquello, recordó la anécdota que le había contado su madre de aquel maletín lleno de dinero que la fortuna puso en su camino y no supo aprovechar. En la mañana, después de salir de aquel rollo que significaba todo examen con el cura, llamaría a su amigo de algún teléfono de la UCV para hablar del asunto y planificar lo que harían para el cobro de los cuadros.

Por los momentos, olvidado del cura, cosa nada habitual, habiendo un examen de por medio con este, comenzó a meditar sobre el significado y todo lo que había alrededor de ese premio. Habitualmente, para los caballos con seis ganadores, se destinan unos tres millones de bolívares, pensó. Hizo la conversión en dólares, tomando en cuenta el cambio oficial de Bs. 4.30 por cada divisa norteamericana, lo que le dio casi un total de 700 mil dólares. Y entonces, siendo ellos cuatro, a cada uno correspondería unos 750 mil bolívares o 175 mil dólares. Claro, como se trataba de dos parejas, a cada una le correspondería 350 mil dólares.

Siguió pensando en lo que esas cantidades significaban y recordó que Alfonso Carrasquel, el famoso grande

liga venezolano, de los Medias Blancas de Chicago, entonces cobraba 35 mil dólares por temporada y el gran Ted Williams, la más grande estrella del béisbol de entonces y de los Medias Rojas de Boston, el mejor pagado de los peloteros del mundo, 100 mil dólares. Hasta pensó que, a la mañana siguiente, hablaría con su novia para casarse. ¿Para qué esperar más?

A la mañana siguiente, en el camino a la UCV, dispuesto y seguro para el enfrentamiento que tendría con el cura, compró el diario en el kiosco de la esquina, miró el segundo cuerpo del mismo, el dedicado al deporte y los espectáculos y leyó el titular, de grandes dimensiones, donde se destacaba "Se cayó la estadística, en las carreras, no hubo cuadro con seis".

Dio aquello como una apreciación del redactor del diario, a partir de la contundencia de los dos "tajos" habidos, más sabiendo lo que él cargaba en el bolsillo, dobló el diario, lo metió en el maletín que portaba y siguió su camino.

A media mañana, habiendo salido de aquel enfrentamiento a sangre y fuego con el cura, se acercó a una cabina telefónica y llamó al amigo, el experto en la hípica, a su trabajo.

—No, lo siento, no puedo ponérselo al teléfono porque hoy no vino a su trabajo.

Fue la respuesta que le dio quien le atendió en la oficina y, de ella, imaginó a su amigo "enratonado", por haber pasado buena parte de la noche celebrando. Por

eso, buscó de nuevo en su libreta telefónica y esta vez llamó a su casa. Le atendió su esposa, quien los lunes en la mañana estaba libre, pues comenzaba su trabajo de docente a las dos de la tarde hasta las ocho de la noche.

—¡Buen día querida hermana! ¡Te imagino feliz, aunque golpeada, por la celebración de anoche!

—¡Carámbale! Quien parece feliz eres tú. ¿Y a qué se debe tanta felicidad? ¿Se podría saber?

Aquella respuesta y la naturalidad de su amiga, le rebajó los ánimos y le llevó automáticamente al comentario que había leído en el diario, según el cual, como decía el titular y la nota interior, el escrutinio no arrojó ningún cuadro con seis y, en consecuencia, pagarían los de cinco y cuatro, que eran una buena cantidad.

Pese eso, todavía se atrevió, no sin timidez y un poco de desencanto, a preguntarle a la amiga:

—¿Oswaldo no te ha dicho nada? ¿No estuvieron ustedes anoche celebrando?

—¿Celebrando qué cosa? Oswaldo, ayer tarde, después de finalizadas las carreras de caballo, se sintió mal, al parecer le dio un fuerte dolor de cabeza, pienso que por dos o tres tragos de ron que se tomó mientras veía las carreras, se acostó y pese se despertó temprano, todavía no se ha levantado. Por los efectos del dolor de cabeza, se siente como deprimido y por eso tampoco fue al trabajo.

—¿Puedes ponérmelo al teléfono?

—Espera un momento, mientras voy al cuarto a ver que dice.

Esperó un breve rato, mientras volvió a tomar del bolsillo de la chaqueta, la misma que usó el sábado, los papeles y formularios de los caballos y cuando empezaba a desplegarlos, la amiga volvió al teléfono.

—Oswaldo te manda a decir que ahora no te puede atender porque se siente muy mal, pero también que revises los formularios y te vengas esta tarde a casa, como a las tres, que él te estará esperando.

—Okey, pero él no te ha dicha nada en particular.

—Bueno, nada que me llame la atención, que no sea lo que te acabo de decir y el quejarse desde esta mañana del dolor de cabeza.

A las primeras horas de la tarde fue a la pensión de la novia y le pidió los cuadros sellados que le había entregado. Buscó donde sentarse en uno de aquellos sofás que en el recibidor había y revisar por primera vez los formularios sellados del 5 y 6 que ahora tenía en la mano.

Miró uno y otro. Los volvió a mirar con asombro. Revisó y revisó. Comparó cada uno con la respectiva copia en el papel original, lo convenido con el amigo, una y otra vez y la boca se le fue abriendo, se quedó pasmado un largo rato, con la misma expresión de Ramona ante el maletín anaranjado. Tanta fue su turbación que, quienes pasaban a su lado, se le quedaban viendo, más cuando con furia dijo, mientras lanzaba aquellos papeles al suelo.

—¡Maldito sea el coño de la madre!

Y cuando dijo aquello no se dirigía a su amigo, sino como a la "bendita providencia", que le puso a él, el hijo de Ramona, unos cuantos años después, en la misma actitud de su madre, quedarse viendo el maletín y ver como aquella fortuna se esfumaba.

La novia, enterado de todo, optó por consolarle y pedirle se tranquilase, pues "eran cosas del destino que se valió de esos habituales procederes de Oswaldo cuando se trataba de jugar a los caballos".

Lo único que pudo recoger, para usar como fuente para hablar con Oswaldo, fue los papeles que andaban por el suelo correteando por el impulso de los vientos.

—Oswaldo explícame. ¿Qué paso? Aquí tengo los papeles de los cuadros; en los dos tenemos los seis caballos, con la yegüita y Serrano. Y en los formularios que sellaste, esos animales no aparecen.

—Coño hermano, en verdad no sé qué decirte. Desde ayer tarde, cuando la yegüita esa que escogió tu novia y, para más vainas, cuando Serrano cruzó la línea de llegada, aparte del otro caballo, línea mía , que quité en todos los cuadros, me entró un dolor de cabeza que todavía me tiene loco. Por perder esa fortuna, que tiré al Guaire y la pena por el enorme embarque, la vaina que les eché a ustedes y hasta a mí y mi mujer. Por eso, solo pegamos tres caballos solamente.

—Hermano. Te ruego que me perdones. Yo, por mis análisis y los de las revistas, no le vi a esos dos ejemplares

chance alguno y por eso, al instante de llenar los formularios, los eliminé.

—Sí, eso lo sé ahora, pero no me dijiste nada. No respetaste nuestra decisión. Sobre todo, un asunto que ya habíamos discutido y por lo que decidimos contribuir para sellar esos cuadros. Mi compañera y yo, tu bien lo sabes, no intervenimos en esa jugada con números, encuestas, tiempos ni nada de eso que tú le das tanto valor, sino por la emoción de jugar, el vínculo que en la intimidad establecimos con esos animales y por eso nos emocionamos.

—Sí lo sé –respondió esta vez Oswaldo con pena y hasta temor.

— Entonces, si eso lo sabías, por qué al elaborar los cuadros definitivos no me dijiste nada. Yo te lo hubiera impedido. Porque sólo jugábamos si esos dos caballos entraban en el cuadro y esto no hubiera pasado.

Dijo aquello último y sin despedirse salió tan pronto como pudo de la casa del experto en asuntos de caballo, quien quedó atrapado en su dolor de cabeza.

El hijo de Ramona vio que aquella fortuna que, el domingo en la noche tenía en sus manos, observaba y contaba, repartía entre los socios y comparaba con lo ganado por Alfonso Carrasquel y Ted Williams, se le había esfumado. Continuaría como antes, como si todo aquello había sido sólo un sueño que lo desvió de su obsesión. La lucha con el cura a quien aquel lunes ganó sin dificultad, tanto que este, después de dar por

terminado el examen y para despedirle, le felicitó y abrazó, un gesto inusual y hasta extraño. No obstante, por un tiempo, cargó aquello como un peso en la cabeza, quizás como herencia de Ramona, cuando vio a aquel joven aparecer de la nada y llevarse el maletín.

El inquietante desenlace se aproxima

Los ánimos se calmaron alrededor de la mesa. Las apuestas fueron confirmadas y el maletín del señor Carlos se mantuvo en el sitio asignado a los apostadores, y su contenido vuelto a introducir en él. El lanzador "furtivo" comenzó con su ritual habitual.

Observó como con detenimiento, cada uno de los dados, más que todo para llamar la atención de los apostadores y darle aquello un aire de dignidad y grandeza. Quería como siempre, más que todo, sabiendo que ese sería el último lanzamiento en aquellas fiestas y ante tanta concurrencia. Además, se sabía, en aquel momento, como quizás ningún otro en esa temporada de fiestas, observado con detenimiento por todos los que allí estaban.

Luego volverían los días habituales de la modorra, los escasos apostadores y hasta la ausencia de todos. Tanto que de los tres lanzadores que esas noches hubo,

sobrarían hasta el próximo año. Tendrían que emigrar tras otras fiestas o dedicarse en el pueblo a otras cosas y, en verdad, ellos eran como muy especializados, tanto que no sabían ni querían hacer más nada que no fuese estar al pie de una mesa de dados.

Mientras el lanzador hacía sus preparativos y gestos, alrededor de la mesa y en todo aquel espacio, en la gente que allí estaba, atraída ahora en particular por la aparente fuerte apuesta del señor Carlos, lo que parecía como un cierre dramático, se hizo un silencio denso, tanto que los únicos ruidos que se escuchaban eran los producidos por los vasos de apostadores que a estos chocaban a manera de desearse suerte y despedida, en aquella última jugada de la feria. Después, saldrían a la calle a observar los fogonazos, las impresionantes, inesperadas y majestuosas figuras que emergían de cada estallido y expansión del fuego. Y ante aquello todo bello, colorido e iluminado las voces de admiración y alegría, completarían lo hermoso y alegre del espectáculo y después de cada bella figura que se expande, desgaja y se difunde por todo el espacio, hasta disolverse, aparecerá otra más sorprendente y hasta quizás más bella, en cada punto de aquel amplio espacio llanero de casas de una sola planta que hacen al cielo más grande y abierto. Y abundarán los gestos de admiración y los aplausos. Y la alegría y felicidad se prenderían en todos, hasta en quienes no tuvieron suerte alrededor de la mesa de dados.

Al fin, después de lo que pareció una angustiante espera, el último lanzamiento de los dados en aquel concurrido espacio, salió de las manos del lanzador. El señor Carlos que no quitaba la vista ni un instante de las manos de este, tanto que perseguía y captaba cada movimiento de ellas, unidas y separadas, como lo venía haciendo desde la primera noche de apuestas dentro de las fiestas patronales en aquel pueblo, después de aquello y ver cómo y por dónde corrían los dados, dijo para sí mismo, sin pronunciar palabra pero mostrando un ligero gesto de satisfacción que todos, incluyendo su amigo que estaba a su espalda y lo tres lanzadores, no percibieron, por estar concentrados en lo que transcurría en la mesa: "lo siento amigo, pese tus mañas, el creer te la sabes todas, vas a poner ahora en la mesa, los dados tal como yo, desde lejos, dispuse".

Los dados parecían correr en cámara lenta, dada la angustia que agobiaba a los allí presentes. Por tratarse de la última jugada, saber el resultado, sentirse ganadores y algo importante, estar afuera antes que comenzasen a lanzar los fuegos artificiales. Para el señor Carlos, era un verlos cara a cara, cada punto grabado en ellas. El 1, el 5, el 6 de cada dado los miraba. Los dados corrían tal como lo esperaba, en el orden y la velocidad estudiada. Todo estaba en la forma como salían de las manos del lanzador, la fuerza inercial por este puesta, las irregularidades de la mesa y el paño que esta cubría, las voces, en ese momento calladas y los cuerpos tensos,

pero como inertes, les dejaban correr como el lanzador quiso. Ya estaban por parar y viendo la cara de cada uno de ellos, faltando sólo dos vueltas, ya sabía que, al pararse, darían la suma a la que había apostado. Habían ya dado la penúltima vuelta, iniciaban la última, ya sin fuerzas para seguir corriendo y al filo del límite que sabían él y el lanzador hasta donde llegarían….

La pirotecnia se anticipó

Cuando los dados, vistos en cámara lenta por la mirada acuciosa del señor Carlos y hasta detenidos por la expectativas de los todos allí presentes, incluyendo el lanzador, quien se jugaba el prestigio y una buena ganancia por la "generosidad" de la casa, daban su última vuelta, estando todos ellos como detenidos en los filos, el fósforo encendido, lanzado por el joven fumador que junto a su compañero habían organizado las cajas que contenían los distintos tipos de fuegos artificiales que ya empezaban a ser llevados hacia los sitios donde serían encendidos, fue descendiendo y también como en cámara lenta, cayó justo en una de las cajas rotas.

Los apostadores, observadores, lanzadores, manejadores de la mesa de dados vieron primero, a través de las ventanas y la amplia puerta de vidrio que daba a la calle, como la sala se llenó violentamente de luces de todos los colores. La mesa y los dados quedaron más

iluminados que antes, pero ahora de todos los colores inimaginables.

En el depósito de los fuegos artificiales, las cajas comenzaron a estallar, una por una y, de repente, lo hicieron todas, desde las más apartadas del centro de la explosión hasta aquella pequeña construcción donde ellas estaban depositadas y organizadas en columnas de acuerdo a su carácter, volaron por los aires y, con los materiales de ella, se fueron envueltos los pequeños fragmentos de los humanos que allí estaban. El pueblo se llenó de luces de todos los colores, como si de repente un sol extraño multicolor alumbrase todo aquello y detrás de ellas, se vino un potente ruido que se repetía en la medida que las cajas más lejanas al centro de la explosión estallaban.

Por la distancia que había entre la casa de juego y el depósito de los fuegos artificiales, cuando detrás de las luces llegó la onda explosiva, hubo un leve movimiento con la suficiente fuerza para estremecer suavemente la mesa en el sentido contrario que los dados corrían.

El señor Carlos, experto en aquellos menesteres de movimientos que vienen del fondo de la tierra, habiéndose acostumbrado en su niñez a percibirlos cotidianamente, sobre todo a los mediodías, en aquella tierra suya temblorosa, sintió en la planta de los pies, primero que nadie, el temblor. Inmediatamente se asustó, no por el temblor, que era para él una cosa de niños y algo que formaba parte de su existencia cotidiana, sin saber

a ciencia cierta qué pasaba y pensando en un insignificante temblor, sino por el destino que eso pudiera darle a los dados y a su apuesta. Había calculado y controlado todos los factores, pero aquello introducía un elemento nuevo y extraño en aquella circunstancia. Sus cálculos y su arriesgada apuesta estaban sujetos a la normalidad de allí y de todos esos días, un temblor ponía un ingrediente nuevo y un riesgo a que fallasen sus cálculos.

Se volteó con rapidez buscando el rostro de su amigo, también, por lo mismo, experto en aquellos menesteres y preguntó:

—¿No sentiste un temblor?

—Sí, –le respondió el joven– acaba de templar, me entró por la punta de los pies y, cómo es hábito en nosotros, busqué las lámparas y vi que oscilaron levemente.

Todo aquello, como la explosión, las luces que entraban a la sala, se iban y volvían a entrar, los casi imperceptibles temblores de la tierra, esos que se sentían por los pies, acontecían a gran velocidad, tanto que nadie, salvo el señor Carlos, se dio cuenta que los dados, que se habían detenido en los bordes, por el movimiento leve de la tierra, imperceptible para quienes no estuviesen como acondicionados por la cultura, experiencia y el vivir cotidiano del señor Carlos y su acompañante, y la propia onda explosiva que allí entró sigilosamente, oscilaron de manera imperceptible y luego corrieron en reverso, terminando dando un resultado, una suma,

que aquel no esperaba y si el lanzador "furtivo". Pero, aun así, este comprendió que aquel inesperado acontecimiento le había ayudado. No se explicaba cómo, pese todo el cuido que había puesto en su lanzamiento, los dados parecieron querer dejarlo mal, menos mal que alguien, no supo quién, quizás la patrona, cuyas fiestas se celebraban, puso las cosas a su favor. De lo contrario, su prestigio entre los dueños de casas de juego, empezando por aquel para quien ahora estaba trabajando, hubiese caído por el suelo.

Los dos, el señor Carlos y el lanzador, más atentos al movimiento de los dados que lo que acontecía en la calle y a lo lejos, que la mayoría entendió como el inicio adelantado del encendido oficial de los fuegos artificiales, pese lo extraño de aquella explosión, como si todos los fuegos los hubiesen encendido al mismo tiempo y en un sólo punto, se percataron que el resultado había sido extraño. El lanzador no entendió, como los dados corriendo en la dirección, la fuerza y la maña como los lanzó, de repente, ya casi detenidos, oscilaron y regresaron para quedarse plantados, dando la suma que él esperaba y daba a la casa ganadora sobre la mayor apuesta. El señor Carlos supo a ciencia cierta, desde que percibió el leve temblor del suelo, que los dados se devolverían, y darían una suma, distinta a la que debían dar y a la que él había apostado, de no haber sucedido aquello.

Las luces parpadearon, de inmediato se activaron las de emergencia por demás necesarias e indispensables en

aquella casa de juegos. Los manejadores de la mesa y los apostadores tomaron notas de los resultados. Mientras los primeros se movilizaron, alejándose y alejando discretamente a todos de la mesa para evitar cualquier confusión.

El señor Carlos perdió una enorme cantidad de dinero en aquella apuesta. Pero además perdió su tiempo y el trabajo para llegar allí. Menos mal que, hombre experimentado y advertido para cualquier contingencia, algo sustancial mantuvo en la reserva. Como para adelantarle a los ganaderos con quienes había negociado lo acordado, pues había que mantener el prestigio y el respeto dado que "el mundo da muchas vueltas".

—Nunca, –dijo él a su joven amigo, cuando se retiraban y caminaban por la calle del pueblo, después que aquellas luces todas se apagaron y el último fuego artificial se encendió, con destino al sitio donde se había producido el estallido a unos dos kilómetros y medio de allí, de la casa de juego, para observar el desastre y hasta condolerse por las víctimas, los que allí murieron y solidarizarse con el dolor del pueblo todo– te cierres todas las salidas, más si no estás en tu casa y en tu medio. Algo guardé también para regresar, derrotado, pero vivo. ¡Habrá que volver a empezar!

Y por no cerrarse todas las salidas y cuidar el más mínimo detalle, porque alguna vez volvería y esas noticias corren muy ligero y lejos, antes de abandonar el local de juego, vuelta allí la "normalidad", constatados

los resultados, como en un gesto de emoción y un poco teatral, tomó los dados, les frotó, besó y los lanzó sobre la mesa con suma discreción en dirección al lanzador, a quien dio un fuerte abrazo antes de retirarse, más que todo por saber qué había pasado afuera y cómo estaba todo aquello.

El nuevo Papaíto

Aquel mes de junio había sido por demás lluvioso. La sabana toda estaba inundada. La mar alta, las olas agitadas entraban en la laguna con mayor abundancia y esta se desperdigaba por la sabana, usualmente amplia y seca. El río, de monte a monte, desbordado, corría por ella y en esta, sus aguas se mezclaban con las que venían de la laguna, donde se generaba un lugar, un espacio que era el mar y el río al mismo tiempo.

Uno donde se juntaban para hacerse el amor, como si se hubiesen encontrado allí para acariciarse, compartir sus cosas y el calor de uno se trasladase al otro y hallasen un punto intermedio que les diese placer y hasta el color, sabor, aroma y densidad, fuesen lo mismo para los dos. Una pareja que se acopla para dar origen a una nueva vida y donde convivirían mientras durase el tiempo de lluvias. Ofrecerían, al unísono, sus características; las cosas de él y las de ella, en abundancia y generosidad

a la gente humilde que, en aquellos espacios cercanos, vecinos, como el barrio, convivía. Los habitantes del río, peces, cangrejos, culebras, camarones y todos los frutos caídos a sus aguas desde los árboles a lo largo de las orillas, arrastrados por la corriente y hasta llevados allí por la curiosidad que también en los animales y frutos cunde, se iban a la laguna y a la sabana inundada, donde se encontraban, como en una competencia o exhibición por los mismos motivos y razones con todo y todos de lo que venía del mar y se saludaban, conocían y hasta se retaban a algunas competencias de supervivencia, energía, habilidad y preferencia entre ellos mismos y en los humanos. Con su agua que no era dulce ni salada, donde las especies animales y vegetales, de un espacio y otro, la hallaban propicia para convivir por un largo tiempo, hasta cuando comenzasen amainar las lluvias, descender los niveles, acentuarse alguna condición del agua, por exceso de la dulce o la salada y con ello cada quien, a recogerse y volver a sus normales espacios y formas de convivencia, la sabana se convertía en un espacio ideal para la convivencia de los diferentes. Y allí estarían juntas y juntos por un tiempo o temporada, hasta el tener que despedirse, aquellos que hubiesen subsistido ¡hasta la próxima! Si no en nosotros y con nosotros con nuestros descendientes o de la misma especie. Y entonces la sabana volvería a quedar despejada, arenosa y salitrosa.

Por la abundancia de lluvias, los vientos casi huracanados que soplaban del norte de manera insistente,

día y noche, los árboles que caían o alguna rama que ellos desprendían, hasta carcomidos por el tiempo, el agua misma, el sol y las polillas, o despegados de sus bases, pues simplemente estaban hundidos en aquella tierra casi siempre cenagosa por la proximidad del río y del mar, muchos de los endebles postes de madera cayeron o perdieron su debida compostura, verticalidad y con ello, las líneas del servicio eléctrico se caían y rodaban por la tierra. La emergencia era doble, las casas se quedaron sin luz y los cables rodando por el suelo y cargados de energía representaban un peligro, más si el suelo, mayormente, estaba cubierto de agua y en medio de abundantes pozos transitaba la gente, usualmente descalza o con alpargatas que poco servían para la protección ante aquel grave peligro.

En los pozos de agua, donde reposaban cables pelados o al descubierto por los efectos naturales como el sol, agua y hasta los cortocircuitos, se producían explosiones y chispazos enormes que generaban desazón y angustia.

La gente llevaba días alarmada por aquello y a diario, comisiones del barrio se instalaban en las puertas de la planta eléctrica y hasta en las de la Gobernación misma, demandando una pronta solución y entre el "estamos en eso y ya pronto enviaremos comisiones a resolverles el problema", se iba el tiempo y aumentaba la angustia.

Una mañana, cuando apenas la lluvia todavía era lánguida y dispersa, anuncio del chaparrón que caería a

partir del mediodía, en la esquina de los "Dos Corrales", aparecieron dos hombres, uno de ellos, visto de lejos, desde el punto mismo donde comenzaba propiamente el barrio, el de la esquina que abría el camino a la sabana y donde estaba la pila de agua, era, aquel que sustituyó a "Papaíto", el conocido Juan Lucero, quien desde que comenzó todo aquello se había desaparecido, hasta para cobrar el servicio; por supuesto tampoco había de este que cobrar. Esta vez, Lucero y su acompañante, no venían con el equipo habitual, como el mapire en el que portaban tenazas, cables, destornilladores, alicates y la manea para subir a los postes. Solo llevaban el casco con la insignia de la empresa eléctrica y ahora cada uno de ellos portaba una libreta y un lápiz. Observaban, conversaban entre ellos y hacían sus anotaciones acerca de los daños y evaluaban, la gente imaginó que todo aquella era para al fin, iniciar las debidas reparaciones y posteriores correcciones.

Como siempre fue habitual, cuando por ese espacio mismo se asomaba algún cura, una comparsa o uno de ellos, en emergencia como la de ahora, la gente comenzó a salir de sus casas, precedidos por los muchachos dando la bienvenida a unos extraños visitantes, pero más que todo a enterarse de lo que aquella visita esperada significaba, ofrecía y podía comportar para cada uno de ellos.

Allí, aparte de la abundante solidaridad, el demasiado bondadoso mar y un río, en su parte final, en la

desembocadura, que en buena medida hacía alardes por competir con aquel y, en épocas, como esta de las lluvias, solía casi igualarlo, porque venía cargado de frutas desde allá de las faldas del Turimiquire, la gente necesitaba muchas cosas y una de esas era saber con prontitud qué pasaba más allá de aquella esquina, necesidad que aumentaba con los días sin luz y ya habían pasado unos cuantos que esta no llegaba o andaba desparramándose por los pozos y los charcos donde los cables carcomidos explotaban.

—¡Caramba Juan Lucero! Dichosos los ojos que te ven.

Aquello lo gritaron, como en un ensayado coro, casi todos quienes se adelantaron hasta la semicurva del camino, justo en la entrada al barrio, a darle la bienvenida y, más que todo a escuchar de sus labios, que eran los mismos de la empresa, por lo menos una esperanza sobre aquella como desgracia que les abatía. Desde los tiempos del último terremoto y, pese las tantas inundaciones provocadas por el río y la laguna, que les gustaba encontrarse aprovechándose de la abundante lluvia, no habían pasado tantas dificultades. Cuando el último terremoto, mar y río se encontraron en el centro mismo de la ciudad y llegaron a las faldas del cerro donde está montado el Castillo.

En las calles del barrio, cuando Juan Lucero hizo su aparición, además de la falta de luz, el agua llegaba a los tobillos, había que ingeniárselas para que no inundase

las casas, pese las naturales maromas que se hacían al construirlas, guiándose por aquellos ancestrales avisos. Todos andaban descalzos y cuando alguien tenía necesidad o deseo de salir del barrio, llevaba las medias y los zapatos en las manos y los hombres los pantalones arremangados hasta la rodilla, hasta más allá de los "Tres Corrales", donde empezaba el cemento de las calles. A los pequeños, aunque ya caminasen, se les llevaba cargados hasta donde hubiese espacio seco por donde caminar.

—¿Y a qué iba a ví? Todo esto que aquí pasa, está pasando en muchas partes de los alrededores de la ciudad. Lo que ahora hago aquí, ya lo hice en otras partes. Estamos haciendo el control de los daños, pa empezá las reparaciones. Esto lleva días.

Uno de aquellos, después de oídas y respondidas muchas de las preguntas relacionadas con el asunto de la luz, de repente preguntó:

— A propósito Juan Lucero, ¿Qué es de Papaíto?

A los allí presentes, en principio, la pregunta les pareció extraña. Desviaba a todos del interés que tenían en aquello tan urgente, como cuando iniciarían las reparaciones y volverían a gozar del servicio. Además, Papaíto, en ese instante y en aquellas condiciones, había dejado de ser lo que para ellos fue y lo que en un momento soñaron que fuese. Ya ellos empezaban a olvidarle, no tanto porque hubiese dejado de ir al barrio, sino porque la misma decepción, quizás como que, si

hubiese hecho lo que de él esperaban, que comprase la empresa, esto de ahora no estuviese sucediendo. Pero también por lo que estuvieron oyendo durante largo tiempo y todos los días, como aquel que fue un excelente servidor, se dedicó hacer con su tiempo y su fortuna. Tanto que, en lugar de fortalecer la empresa de la luz, de tanto beneficio para ellos, había vuelto prósperos y hasta celebres los burdeles que en los alrededores de la ciudad existían.

Por largo tiempo, hasta que la gente se cansó de aquello y nadie quiso escuchar y tampoco llevar la noticia porque a nadie interesaba, se habló de las proezas y gracias de Papaíto. De sus idas a las islas extranjeras vecinas, acompañado de cortes de mujeres y amigos vividores que le hacían la rueda, le celebraban lo que hacía y luego se encargaban que, al regreso, en la ciudad, todo aquello se supiese.

Por eso, cuando quienes rodeaban a Juan Lucero dentro de aquel pozo de agua que les llegaba más arriba de los tobillos, siendo aún de mañana y apenas caía una ligera llovizna, escucharon aquella pregunta, si algún interés le prestaron, fue porque les pareció un fastidio o una que a nadie interesaba y les sacaba, aunque fuese por momento, del tema que allí les tenía reunidos. Y eso incomodó.

—¿Papaíto? –a su vez preguntó Juan Lucero, a quien le había interrogado, pero más dirigiéndose a todos, pese había notado la reacción de la gente, su

indiferencia por aquella pregunta. Él bien sabía que, ya en esos espacios, como este donde ahora estaba, nadie se acordaba y hasta ni se quería acordar del personaje. Por eso, cuando hizo la pregunta, como respuesta inicial, calló un rato, miró en redondo a todos con la intención de atraerlos y les dijo:

—Dentro de dos días, cuando terminemos de hacer esta revisión, la empresa evalúe los resultados y decida hacer lo que hay que hacer, van a recibir una sorpresa. Volverán a saber de Papaíto.

Si era eso lo que se proponía Juan Lucero, al hablar de aquella manera, llamar la atención, crear un estado de tensión y hasta interés en Papaíto, lo logró. Pues los presentes empezaron a mirarse unos a otros, y hasta hacerse conjeturas. Algunos preguntaron, querían saber más. Juan Lucero, no soltó prenda, y dijo:

—Esperen, muy pronto, recibirán la grata sorpresa de saber de él, del nuevo Papaíto.

Aquello creó ahora nuevas expectativas, puso de moda, de repente, otra vez a quien fue el vigilante acucioso de los postes, los cables y la luz. El mismo que aguantaba los recibos de quien no tenía para pagar al momento. El mismo que todos desearon se convirtiese en dueño de la empresa para mejorarla y ofreciera un mejor servicio, más humano, así como lo fue él. Y volvieron sobre sus recuerdos gratos, su figura alegre de hombre servicial, sobre todo por aquello de "El nuevo Papaíto".

Y entonces, a partir de ese momento, mientras esperaban que los agentes de la empresa volviesen a hacer las reparaciones, que no fue cuando dijo Juan Lucero sino varios días después, sólo se la pasaban en un hablar de "El nuevo Papaíto".

El camino de los desafortunados

Las lluvias siguieron cayendo abundantes los días después de la inspección que Juan Lucero y su acompañante hicieron alrededor del barrio. La calle de tierra que lo unía a partir los "Tres Corrales", con la que venía desde allá del centro de la ciudad, toda de tierra, estaba llena de huecos y zanjas que el agua misma abría, toda inundada y también llena de barro. Moscas y mosquitos inundaban el espacio. Los pocos carros que por allí pasaban en tiempos de sequía, con rumbo generalmente a la desembocadura del río, dejaron de hacerlo. Solo burros, arriados por vendedores de frutas y verduras por allí transcurrían. Los postes seguían tirados en el suelo, sumergidos en el agua o inclinados fuertemente y los cables seguían ahora como dormidos en el aire o dentro del agua, porque ya les habían cortado la corriente y, por lo menos, ya no se producían chispazos ni existía el peligro de las calles anegadas y electrizadas, pero sin luz

en los postes ni en las casas. Se podía entonces caminar descalzo con la certeza que en ninguno de aquellos pozos se corría el peligro de electrocutarse y sin necesidad de andar dando saltos de un punto seco a otro o a una piedra puesta allí por alguien como puente, a menos que el caminante llevase puestos los zapatos porque iba al centro a alguna diligencia. Y en efecto, por las irregularidades del terreno, en alguna parte emergía un promontorio de tierra y otro más allá y la gente con troncos de árboles secos encontrados por allí tirados, como de matas de coco, algún mueble ya destruido, alguna columna que de una casa fue, una vieja e inútil lámina de zinc, las ruinas de algún vehículo, en fin, un relleno de escombros, con lo que fuese útil, construía tantos puentes como fuese necesario.

¡Al fin! Justo cuando las lluvias habían cesado, no porque hubiese pasado la temporada, sino porque las nubes se quedaron secas y estaban ahora todo el día aprovechando la "solamentazón" para beber y llenarse y luego descargar al suelo aun húmedo. Se aparecieron varios hombres y unos camiones que traían lo necesario para enderezar los postes y reponer aquellos que ya no servían. Esta vez tuvieron el cuidado de hacerles bases de concreto para que las lluvias no los volviesen a sacar de su sitio.

Eran otros hombres. Allí no había ninguno conocido, de ellos nadie sabía cuándo volvería la luz, ni de los cables que siguieron en el suelo, pese los postes se

iban levantando. Los habían mandado sólo a hacer este trabajo de acuerdo a un plano que cargaban y miraban de vez en cuando expandiéndolo sobre la plataforma de cualquiera de los camiones.

Cuando todos los postes estuvieron en su sitio y hasta pusieron alguno donde antes no hubo, volvieron los camiones con cables nuevos y todo lo necesario para restablecer el servicio. A los pocos días, los faroles de los postes volvieron a encender.

Era ese un servicio que el Concejo Municipal pagaba a la empresa. Volvió Juan Lucero al frente de una cuadrilla de hombres que revisó e hizo las correcciones y ajustes en las líneas que bajarían de los postes hasta las casas.

—¿Bueno Juan Lucero, te vas y vas a dejar las cosas así? ¿No nos vas a poné la luz?

—Ponerle la luz no me corresponde a mí. Eso les corresponde a otros. Yo ya hice mi trabajo que era restablecé las líneas, poner luz en los postes y ya eso está hecho. Esta noche todos estos postes tendrán luz.

Dijo aquello y continuó:

—Lo de poné la luz en las casas de ustedes, es otra cosa. Esperen hasta mañana que otra gente vendrá a hacé eso. Eso sí, les recomiendo revisen sus instalaciones y bombillos para que no vayan a tené problemas.

Si algo aprendió aquella gente es a esperar con paciencia; si así no hubiese sido el mundo viviese en permanente guerra. Las pocas que hay dan sustento a lo

anterior, dado que el desequilibrio, la injusticia son tan notorios y abundantes como para que el planeta todo estuviese en una sola y misma guerra.

Por esa paciencia, en el barrio, se volvió a la espera, mientras de noche, cuando la luz del sol se iba, llegaba la de los postes y hasta se podía caminar con seguridad sin temor a caer en algunos de los pocos pozos de agua que habían en la calle, uno aquí, otro más allá, distribuidos como de manera estudiada para cazar a algún descuidado, esperando el reinicio de las lluvias, cuando las nubes estuviesen preñadas de tanto robarle agua al río y a la mar con la complicidad del sol para unirse otra vez todos ellos, como lo habían estado antes. Y en esa espera, con paciencia, en la misma esquina se aparecieron tres hombres vestidos como lo estaban Juan Lucero y sus acompañantes la vez anterior, por lo que el primero que les vio a lo lejos, supo que eran de la empresa eléctrica, cada uno llevaba puesta una gorra que dificultaba mirarles el rostro.

Dos desplegaron las patas de una mesa portátil y la instalaron en la acera, que era esta sólo como un pedazo, la única que por allí había, debajo de las matas de cují, colocaron dos sillas también portátiles que, junto con la mesa, habían traído guindando de los hombros. Cada uno de ellos, de sendos cartapacios, sacaron unos arrumes de papeles, libretas y lápices "Mongol" con sus puntas ya afiladas.

El tercero recorrió el barrio, casa por casa y no dejó de hablar con todo aquel que se le atravesaba por el medio, difundiendo el siguiente mensaje:

—Cada dueño de casa, que haya tenido antes el servicio eléctrico, debe acercarse, con el último recibo de pago en la mano, a la mesa donde están aquellos dos señores para que hagan su solicitud de reinstalación. Quienes nunca han tenido el servicio y hora quieren tenerlo, también deben hacer su solicitud. Quien no lo solicite se quedará sin el servicio.

La gente primero comenzó a aglutinarse alrededor de la mesa, sin percatarse quienes eran aquellos tres hombres que, en buena medida, ocultaban sus rostros bajo las viseras de las gorras que portaban; era una reacción habitual entre quienes cualquier insignificante accidente alteraba sus vidas y, no habiendo mucho que hacer, demandaba su atención. A aquel barrio poca gente acudía en aquellos días de lluvia y esa sola presencia despertaba la atención y generaba un rebulicio. Por eso allí se aglomeró el barrio todo, no sólo los dueños o responsables de casa, sino todos, incluyendo, hasta de primeros, a niños y muchachos. Uno de los hombres visitantes tomó la palabra y les dijo:

—Nada de aglomerarse aquí. Hagan su cola por orden de llegada. Eso sí, sólo se mete en la cola el dueño de cada casa o el quien lo represente, con los papeles que les dijimos en las manos. Los demás sobran.

—¡Hagan la cola a partir de aquí hacia allá! Dijo eso mientras marcaba una profunda raya en el suelo salitroso, húmedo y extendía la mano, indicando el orden que debía seguir la cola.

Cuando le hicieron seña al primero de la cola que se acercase a la mesa, este, un pescador de avanzada edad, de esos que por costumbre bajan la cejas, fruncen el ceño para mirar mejor, pues así ellas tapan la iluminación del sol, que siempre llevan pegada, aunque sea de noche, se percató que uno de los hombres sentados en la mesa era "Papaíto". Era difícil reconocerlo porque estaba un poco gordo y se había vuelto blanco.

Estaba como muy bien vestido para estar en aquello y como él le recordaba. Lucía un rostro muy rejuvenecido, bien afeitado, unas gafas oscuras de esas de montura dorada, una cuidada dentadura, reloj de pulsera llamativo. En fin, era un hombre distinto al de antes, a aquel que se confundía con cualquiera de ellos.

—Hermano –preguntó todavía con duda– ¿Tú no eres Papaíto?

—¡El mismo que viste y calza! –recibió como pronta respuesta de su interlocutor.

De inmediato, sin más, Papaíto, sin la afabilidad de antes, quizás por la premura o el nuevo rol que habría de desempeñar que imponía un proceder distinto, un alejamiento, pidió a quien le había hablado le mostrase el último recibo de pago, el cual, por lo que había acontecido, debía ser de unos tres meses atrás, porque

Juan Lucero no aceptaba nadie se le retrasase en el pago. Con aquel gesto, marcó distancia. Era "el mismo que viste y calza", pero era otro, ahora distante.

El señor le extendió el documento de pago que le solicitaban y sin percatarse, asumió la conducta que le demandaba el antes amigo y cordial electricista. Papaíto hizo que su acompañante lo buscase en los papeles que tenían para constatar la veracidad de aquello y habiendo cumplido aquel trámite, le dijo:

—Bien. Usted pagó el último recibo, pero una parte, debe el aumento que es tres veces eso. Más tres meses con la nueva tarifa.

El aludido intentó protestar y Papaíto con prontitud le interrumpió y agregó:

—Nada va a ganá con protestá. Lo único sería que no le pongamos la luz. Por las reparaciones la empresa tuvo que invertí un realero y eso hay que pagarlo. Desde ese mes, la luz está aumentada al triple. Además, de ahí hasta aquí, debe tres meses más. Si no hubo luz eso no es culpa de la empresa.

Volvió el señor al intento de protesta y esta vez le dijo, pero más bien a manera de súplica:

—Pero ¿cómo me vas a cobrá, además de ese aumento, una luz que no tuve?

El representante de la empresa eléctrica, que era Papaíto, pero al mismo tiempo otro, sin alterarse, con paciencia, pero con rigidez y hasta de manera impersonal, le respondió:

—Ya le dije que eso no es culpa de la empresa. La empresa no le dijo al cielo que lloviera y menos que ocasionara este desastre y pérdida que alguien debe pagá.

Calló un rato y continuó:

—Debe pagar lo que le he dicho. Si lo hace ahora, entonces tendrás derecho a solicitar la reinstalación del servicio. Pero además de lo que ya le dije, tendría que pagar un depósito de tres meses.

Todo aquello lo había venido diciendo en voz alta, de manera que quienes estaban de primeros en la cola escuchasen, supiesen a qué atenerse y comunicárselo a los más apartados. Era él, Papaíto, aunque ahora fuese otro, el apropiado para llevar aquel mensaje, para eso lo escogieron, quizás por eso mismo, las cosas trascurrieron con la debida lentitud.

—Pero escuche –agregó como quien estaba prometiendo un regalo– usted puede pagar una parte ahora, no menos de la mitad de la deuda y el resto cuando le toque pagar el recibo del mes que viene. Así, le lleno la solicitud de reinstalación que usted firma, paga y yo, después de atenderlos a todos, le pongo la luz en su casa.

Una señora, ya bastante entrada en años de las primeras en la cola, escuchando todo aquello, se acercó y pregunto, como el primero:

— ¿Pero tú eres Papaíto? ¿Compraste la empresa eléctrica para hacernos esto? ¿Ahora eres otro? ¿No aquel que nos tendía la mano?

—Señora –empezó a responderle Papaíto– soy y no soy. Fui uno y ahora soy otro. Soy el mismo que vivió un sueño. Pero no soy el dueño de la empresa. Solo soy lo que fui porque derrotado volví obligado a hacer el trabajo de antes. Todo aquello fue un sueño que acabó. He despertado. Y si vuelvo a ser exactamente el mismo de antes me despiden y además aprendí que, los ricos lo son porque no son tontos como yo. Ahora para subsistir debo ser otro, fingir volverme cómplice y además obediente, lo que para nada, como antes me agrada. Eso sí, volveré a jugar la lotería, revisaré cuidadosamente los números, las cuentas, escogeré mejor las compañías y haré más luminosos los caminos para no perderme en ellos.

ÍNDICE

Papaíto se ganó la lotería y se fue a celebrar con sus amigos / 11
El difícil arte de la predicción / 15
¿Y que pasó con Papaíto? / 19
¡Papaíto se ganó el premio gordo de la lotería! / 23
El Primo, pierda o gane se goza / 25
El señor Carlos y los fuegos artificiales / 29
Los dados: ciencia y método / 37
Papaíto toma una gran decisión / 41
El nuevo amor del Primo / 47
Aquí falta un realero / 53
La medida exacta de la sorpresa / 63
La juventud no tiene remedio / 67
La nueva vida del Primo / 73
Ensayando la puesta en escena / 89
¿Y cómo hizo eso Papaíto? / 95
Juan Lucero es el que sabe el cuento / 101
Jugador no invierte, apuesta / 111
El consejo del contador / 121
Ramona fue pa villa / 131
El hijo de Ramona tampoco nació pa rico / 141
Preparando el golpe de gracia / 153

El éxito viene sin garantías / 159
De la gloria al ridículo / 167
Tengo todo bajo control / 175
Jugamos como nunca, perdimos
como siempre / 185
El inquietante desenlace se aproxima / 201
La pirotecnia se anticipó / 205
El nuevo Papaíto / 211
El camino de los desafortunados / 221

Los Perdedores
Digital
Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas – Venezuela

Los perdedores

Cuatro historias narradas en paralelo sin relación entre ellas, en distintos tiempos históricos, en localidades sin definir, con personajes e historias que comparten un mismo destino. Con gran habilidad y fuerza narrativa Eligio Damas sabe desarrollar y presentarnos cuatro visiones distintas de los juegos de azar y las apuestas. Desde trastornados ludópatas, profesionales estafadores de los dados hasta fieles creyentes en la lotería e ingenuos jugadores, todos condenados por la fatalidad. Ninguna historia está narrada linealmente, a través de la ruptura y el fragmento el autor nos conduce al destino inevitable de todo apostador: perderlo todo.

ELIGIO DAMAS (Cumaná, 1938)

Docente, escritor y dirigente gremial. Realizó estudios en el Instituto de mejoramiento profesional del magisterio donde egresó como profesor de Historia en el año 1975. Ejerció la docencia en educación media por más de treinta años. Primero en el liceo Cristóbal Colón (Pto. La Cruz, Edo. Anzoátegui) y luego en la Escuela Básica República de Chile (Barcelona, Edo. Anzoátegui), donde se retiró como director de la institución. Presidente de la junta calificadora de docentes de la Gobernación del Edo Anzoátegui y dirigente gremial del magisterio en la Federación Venezolana de maestros y del Colegio de Profesores de Venezuela. Ha escrito cuatro novelas y algunos cuentos. Publicó *El crimen más grande del mundo*, novela ganadora del premio Ipasme del año 2010. Frecuente autor de artículos y ensayos en diversos medios digitales.

Gobierno Bolivariano de Venezuela
Ministerio del Poder Popular para la Cultura
[2022 - 2030]